

MUJERES Y FEMINISMO
EN LA ARGENTINA

LEONOR CALVERA

MUJERES Y FEMINISMO
EN LA ARGENTINA

GRUPO EDITOR LATINOAMERICANO

12-11
C35
1990

Colección CONTROVERSA
212.225
1ª edición
ISBN 950-694-117-3

INTRODUCCION

Casi concluía la década del 60 cuando unas pocas mujeres decidimos fundar UFA. Eramos fuertes y voluntariosas, y no vacilamos en remontar prejuicios y convencionalismos al nuclearnos para una acción conjunta. Procurábamos encontrar explicaciones al cercenamiento que la sociedad hacía de nuestras ansias de "tener alas ligeras / bajo el cielo volar". Queríamos cambiar esas condiciones.

Buscamos replantear las relaciones entre los sexos porque, sencillamente, no nos conformaba ser ciudadanas de segunda clase. Aspirábamos a elevar nuestra situación, a que se la respetara. Queríamos que las mujeres fueran personas con apertura hacia la totalidad del horizonte humano.

Esta es la historia de UFA: sus comienzos, sus avatares internos, sus repercusiones en el exterior. Pero, como mi modo de aprehender un fenómeno es a través de la investigación de sus raíces, de su cotejo con el pasado, esto es, tratando de ubicarlo dentro de un decurso, esa historia comienza mucho antes, en otras tierras, donde comenzó a labrarse la huerta de la hermandad. Luego el escenario se traslada definitivamente a la Argentina, a su pasado. El de las heroicas mujeres del siglo XIX y principios del actual, que marcaron la impronta inicial del feminismo.

© 1990 by Leonor Calvera.

© 1990 de la primera edición, by Grupo Editor Latinoamericano S.R.L., Laprida 1183, 1º, (1425) Buenos Aires, Argentina. Teléfono 961-9135.

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso y hecho en la Argentina. Printed and made in Argentina.

Colaboraron en la preparación de este libro:

Diseño de tapa: Pablo Barragán. Composición tipográfica: Lino-tipia San Martín. Armado e impresión interior: Del Carril Impresores. Impresión de tapa: Imprenta de los Buenos Ayres S.A. Películas de tapa: Fotocromos Rodiel. Encuadernación: Proa S.R.L. Se utilizó para el interior papel Obra Editorial de 80 gs. y para la tapa cartulina grano fino de 240 gs. provistos por Copagra S.A.

Desde UFA —la segunda ola de feminismo en nuestro país— hasta ahora, han pasado veinte años. Muchas cosas han ocurrido durante esas dos décadas. Algunas por influencia de UFA; otras, la mayoría, no. También es distinta la manera de comprender el feminismo, de vivirlo: el acento ha cambiado de lugar. En base a la experiencia propia y ajena, de la que procuro dar cuenta, esbozo algunas precisiones. Espero que ellas contribuyan a descorrer el velo de ignorancia que todavía cubre al feminismo. Espero que ayuden a quienes están gestando la tercera ola de esta causa planetaria.

En esta sociedad competitiva y vertiginosa, no quiero olvidar el cultivo de las buenas cualidades, entre las que se halla la gratitud. Por ello, vaya mi reconocimiento a las que antes hubieron de brindar sus esfuerzos al feminismo tanto como a quienes día a día continúan la labor de dignificación de la mujer. Asimismo, me siento obligada por anticipado con todas aquellas que habrán de dar lo mejor de sí en la modelación de un mundo más igualitario.

Pero, sobre todo, quiero agradecer muy especialmente a quienes creyeron una vez en mí y continúan haciéndolo: Alicia D'Amico y Nelly Bugallo. Su colaboración para proporcionarme material, sugerencias, apoyo, recuerdos, hizo posible este libro. Gracias a ellas —como a tantísimas otras— sigue viva la llama de la esperanza y la solidaridad.

Fines de otoño de 1990

CAPÍTULO I

¿COMO SURGIO EL FEMINISMO?

El individualismo, comenzado a germinar en medio de la euforia vital y perturbadora del Renacimiento, hubo de afianzarse posteriormente a través de la recreación del mundo mediante el intelecto. Este, entregado a la tarea de dar cuenta de sí mismo a través de construcciones imponentes, rompe la inmutable serenidad de lo clásico, en favor de la fugacidad del instante.

Desmoronado el andamiaje de un universo homogéneo, rota la unidad religiosa, quebrada la unanimidad frente al mundo, la singularidad estalla por todas partes: en los personajes de la picaresca, en los esplendores de Rubens, en la locura del Quijote, en los caracteres de Shakespeare, en los diarios y obras confesionales femeninas. No hay cánones universalistas: la imagen del mundo es múltiple e infinitas sus posibilidades de transformación al pasar a través del prisma de las sensibilidades individuales. Cada persona capta la realidad a su manera, la recrea y deforma. Como en las telas de Velázquez, la realidad se enriquece con el cuño de la acción interreflejante.

El hombre, en lo que tiene de corporal y concreto, ingresa en la historia. Las revoluciones van a procurar sustituir la sociedad basada en prerrogativas por otra

nueva, fundada en la igualdad de todos. Privilegios y ventajas ya no definirán al hombre, que habrá de obtener una calidad reciente: la de ciudadano.

Los hombres emergerán como parte responsable —legalmente responsables— de los destinos de la nación porque son libres, iguales y fraternos. Sin embargo, en ese mismo momento se le niega a un grupo mayoritario de seres humanos, las mujeres, el ejercicio de la ciudadanía. Contra esto no tardan en alzarse voces de protesta, la de Condorcet entre otros.

Olympe de Gouges publica en el otoño de 1791 una "Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana", simétrica a la de los "Derechos del hombre". Decía en ella: "...Considerando que la ignorancia, el olvido o la desestimación de los derechos de la mujer son las únicas causas de las calamidades públicas y de la corrupción de los gobiernos, éstas han decidido exponer en una declaración solemne los derechos naturales, inalienables y sagrados de la mujer, con el fin de que dicha declaración, constantemente presente en la mente de todos los miembros del cuerpo social, les recuerde de continuo sus deberes y obligaciones".

A pesar de que documentos como el anterior llevaron a que le cortaran la cabeza a Olympe, la base del feminismo había sido puesta.

Sin embargo, recién recibirá su nombre alrededor de 1830 cuando un socialista utópico, Fourier, acuñe esa palabra para expresar la rebelión contra el equilibrio social asimétrico que una y otra vez se manifestara a lo largo de la historia. Fourier, como Montesquieu, como Stuart Mill, insiste en los derechos de la mujer a recibir instrucción. Desde este ángulo, se le otorgaba una mayor dimensión al papel de la maternidad, extendiendo la función biológica a los estratos últimos de la responsabilidad. El molde materno debía ser óptimo para dar forma a los ciudadanos que regirían el futuro de las naciones. Cada uno tenía que ser único e irrepetible, competitivo pero plenamente responsable de sus derechos y deberes.

Los comienzos del feminismo

Los nuevos métodos de producción que trae la Revolución Industrial modifican las relaciones entre los hombres. El universo se des-sacraliza. El ámbito hogareño se divide del ámbito laboral. Mujeres y niños ingresan en los niveles más bajos del trabajo remunerado. Se crean nuevos oficios y ocupaciones.

A impulso de las necesidades impuestas por las técnicas especializadas, el conocimiento, hasta entonces restringido a minorías, abre las compuertas de la generalización. El maquinismo es un dragón que impone ritmos y exigencias variadas. La educación desciende de las alturas eclesiásticas y se seculariza. Los valores se trasladan de los teocéntricos a los centrados en el hombre, en cada hombre.

En el marco de las conquistas del individuo, surgen los movimientos reivindicativos y emancipatorios. El de las mujeres no tendrá inicialmente una especificidad propia. En Francia, la emancipación femenina y la emancipación obrera aparecen inextricablemente unidas desde las teorías de los socialistas utópicos. En Estados Unidos e Inglaterra, la lucha por los derechos de la mujer se enraza en los comienzos con el movimiento abolicionista, luego con las ligas de templanza.

Las condiciones históricas de posibilidad parecen servir, en parte, a la descripción de los motivos por los cuales surgen las luchas feministas, dado que lo hacen de consuno con otros movimientos. La coincidencia en ciertos puntos programáticos, unida a la imagen velada que tiene la mujer de sí y que precisa el aval masculino para catapultarse, conspiran para lanzar a las mujeres a una lucha propia. Por ello, confundirá la libertad de los negros o las emancipaciones proletarias con sus propios

objetivos. No obstante, no habrá de transcurrir demasiado tiempo antes que cunda el desencanto de comprender que sus demandas, sus inquietudes, ellas mismas, no son respetadas sino en la medida que colaboran en la obtención de metas prioritariamente masculinas, con métodos masculinos, en un mundo de hombres.

Desprendidas del movimiento obrero o antiesclavista, algunas mujeres van a suscribir las ideas trazadas por Mary Wollstonecraft (1759-1797) en su obra *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792). El acento recae ahora en ellas mismas. Aspiran a ser ciudadanas, a ser tratadas con respecto y a gozar de las mismas posibilidades que el varón. Encuentros, conversaciones, intercambios entre las mujeres, acaban finalmente por cristalizar en dos jornadas memorables sobre los derechos de la mujer.

Durante dos días, el 19 y el 20 de julio de 1848, trescientas mujeres se reunieron en Seneca Falls y aprobaron lo que puede considerarse las bases de un nuevo enfoque sobre las relaciones humanas. Se trata de la "Declaración de sentimientos", con sus doce "Resoluciones" adjuntas. Verdad y dolor se mezclan en esta inculpación a un sistema que las margina:

"Consideramos que estas verdades son evidentes: que todos los varones y mujeres han sido creados iguales; que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los que se encuentran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad...

"La historia de la humanidad es la historia de las repetidas injurias y usurpaciones por parte del varón respecto de la mujer, las cuales tenían como objeto inmediato establecer una tiranía absoluta sobre ella...

"El varón ha obligado a la mujer a someterse a sus leyes, en cuya formación no tuvo voz...

"El varón ha convertido a la mujer casada, a los ojos de la ley, en una persona civilmente muerta...

"El varón ha monopolizado casi todos los empleos lucrativos y en aquellos que le permite ejercer, la mujer no recibe más que una remuneración misérrima. Le cierran todos los caminos a la fortuna y a la fama, los que considera más honrosos para él. No se la admite como especialista en teología, medicina o leyes.

"Le ha negado la oportunidad de recibir una educación adecuada...

"Tanto en la Iglesia como en el Estado no se le permite que ocupe más que una posición subordinada, pretendiendo tener una autoridad apostólica que la excluye de todo ministerio y, salvo en muy contadas excepciones, de toda participación pública en los asuntos de la Iglesia.

"El varón ha creado un falso sentimiento público al darle al mundo un código diferente de moral para varones y mujeres, de acuerdo al cual las transgresiones morales que excluyen a las mujeres de la sociedad, no son sólo toleradas en el varón sino que incluso carecen de importancia.

"El varón ha procurado, por cuantos medios tuvo a su alcance, destruir la confianza de la mujer en sus propias capacidades, disminuir el respeto por sí misma y hacerle aceptar el vivir una vida de dependencia y servidumbre."

Es por demás asombrosa la actualidad de estos fragmentos de la "Declaración", que dan cabida a quejas subjetivas elevadas al rango de verdad histórica. Al mismo tiempo, diseñan un programa de acción del que no está ausente ningún dominio existencial.

Unidas para pensar en su condición, las mujeres de 1848 tornaron posible para las de su generación y las futuras, saber que su rebeldía y su asombrada pena ante el agobio desmesurado de la situación femenina no era

clamor personal en el desierto, voz sin eco en las arenas. En Seneca Falls se dio el impulso inicial, la articulación primaria a un movimiento que no habría de cesar, aun cuando conociera desmayos, detenciones, cambios de rumbo y divisiones internas.

El derecho al voto

La Convención de Seneca Falls, silenciada posteriormente como otras manifestaciones femeninas, significó un inmenso esfuerzo de pensamiento totalizante. Por ello mismo, no incluyó en un primer momento el derecho al sufragio, ya que se temía que la brega se parcializara, anulando la magnitud de otras reivindicaciones.

Sin embargo, abolida la esclavitud y finalizada la Guerra Civil norteamericana, que exigió la activa participación femenina en todos los frentes, se produce el desencanto de la 15ª Enmienda, en cuyo texto se lee: "El derecho al voto para los ciudadanos de los Estados Unidos no debe ser negado o limitado en los Estados o en ningún Estado a causa de raza, color o condiciones de inferioridad". Las mujeres, una vez más, quedaban fuera de los derechos de ciudadanía: estaban muy cerca y, a la par, radicalmente lejos.

El amplio programa feminista sufrió entonces una reducción drástica. Se centró en el punto que convertiría a las mujeres en ciudadanas: el derecho a votar y ser votadas. La mujer ausente de las urnas —resultante, no causa de opresión— cobró valor simbólico, expresivo de postergaciones milenarias. Conseguir el voto se convirtió entonces en un desafío a las capacidades femeninas, en prueba de hasta dónde podían ejercer una acción sobre el cuerpo social.

Cincuenta años de lucha de las feministas inglesas llegaron a su término el 28 de mayo de 1917 cuando se votó el proyecto de ley de sufragio femenino, obteniendo 364 votos a favor y 22 en contra. Sus hermanas de América del Norte habrían de tardar todavía tres años en conseguirlo.

A favor de la rapidez de las comunicaciones, las amplias rutas comerciales entre los pueblos, el extenso intercambio cultural entre las naciones y un mismo tronco de necesidades, las luchas de las feministas inglesas y norteamericanas siguen derroteros similares en otras partes del mundo. Un tiempo original de replanteos generales, de reivindicaciones amplias, es seguido de un enfoque centrado en un tema único: la consecución del voto. Así, Finlandia, el primer país europeo que equiparara en el voto a varones y mujeres, lo otorga en 1907; Noruega en 1913, y Dinamarca en 1915. Habrá que esperar a 1923 hasta que la mujer acceda a las urnas en Austria, Hungría, Letonia, Polonia, Lituania, Estonia y Checoslovaquia, y hasta 1945 para que voten las italianas y las francesas.

En nuestro país, el derecho a votar también estuvo precedido de un largo período de brega y desencantos. Asimismo, significó cerrar un abanico de propuestas generales para concentrar todos los esfuerzos en ese sólo tema. Como en los demás países, hubo igualmente una fuerte oposición, avances y retrocesos —que analizaremos más adelante—, hasta que finalmente se logró en 1947.

La magnitud de los esfuerzos desplegados en todas partes para que se reconociera la ciudadanía a las mujeres —campañas, energías, imaginación, dinero, talento— da proporcionalmente la dimensión de la subalternización femenina.

Primera ola del feminismo en Argentina

La Argentina, heredera del patrimonio cultural europeo, fundamentalmente el español, aparece desde los inicios signada por una merma de la presencia femenina. Dice Julio Mafud: "Las ideas, la religión, las doctrinas, fueron contrabandeadas a América por los hombres. Fueron invernadas y desarrolladas por éstos. Todos los conceptos y las vivencias de la conquista son masculinos. El hombre venía, conquistaba o destruía, convertía o esclavizaba, se quedaba o partía. La mujer inexistía. La mujer que estaba vivía terrenalmente umbilicada al sexo y al cuerpo. Era la condición más violenta que le imponía el conquistador, entre otras. Y, sobre todo, estaba soterrada en la tierra que pisoteaba"¹.

Junto al padre primero, y al marido y los hijos después, la mujer levanta ese país que está surgiendo. Aunque no se reconocen sus aportes, aunque se la ignora y desprecia, se le pide la vida en el mantenimiento del hogar, en la crianza de los hijos, incluso en la guerra.

Por supuesto, también en el trabajo. Desde el comienzo, las mujeres se insertan en la pirámide laboral en los escalones más bajos. El Censo Nacional de 1869, ordenado por Sarmiento, da cuenta de que las mujeres trabajan de costureras, lavanderas, planchadoras, cigarreras, panaderas. En las conclusiones finales afirma: "Esto significa que la mitad de la población mujeril adulta espera con incertidumbre el sustento del jornal, muchas veces difícil y precario".

Los últimos años del siglo XIX y las primeras décadas del presente, ven colmadas las fábricas y talleres con

¹ Julio Mafud: *Psicología de la viveza criolla*. Buenos Aires, 1965.

una amplia población femenina —y, también, infantil. La sociedad crecía con el esfuerzo no reconocido y peor pagado de varones, mujeres y niños.

No es de extrañar que acabaran por estallar huelgas en uno y otro punto. La primera de la que se tiene referencia tuvo lugar en enero de 1888: una huelga de domésticas por la imposición de la libreta de conchabo. Le seguirán luego las costureras de Tucumán, las fosforeras, las lavanderas, dentro de un marco general de intensa actividad huelguística por aumento de salarios, incorporación de personal despedido, modificación del horario de trabajo, etc. Las trabajadoras telefónicas, las empleadas de comercio, se irán organizando en sindicatos.

La diferencia de clases, muy acentuada, escindía a las mujeres. De un lado, la gran masa de mujeres que sumaban a sus ocupaciones de amas de casa las del trabajo asalariado mal pago. Del otro, las damas prolíficas y decorativas que acompañaban a su marido a Europa, "pero convenientemente rodeadas de niños y servidumbre, como para que a menudo tuvieran que quedarse en el hotel mientras él se dedicaba al teatro, la literatura y las amistades costosas", como alguna vez dijo Fryda Schultz de Mantovani.

Alentadas por el pensamiento de la Ilustración, se van alzando paulatinamente numerosas voces que claman por poner el acento en la educación de la mujer, responsabilizando a la ignorancia por la situación subalterna del sexo femenino. Asimismo, se invoca la razón de familia para exigir mejores niveles de educación para ellas: correa de trasmisión de los valores sociales, por el rol sobredimensionado de madre, la mujer se convierte en pieza clave del mejoramiento de la sociedad.

La maestra Juana Manso advertía, ya en 1850, que "el concurso de la mujer es indispensable para la educación del pueblo, porque sin su ayuda no se realizó nin-

guna empresa loable para la humanidad". Ella, junto con Juana Manuela Gorriti, entre otras, insistieron en la necesidad de la educación obligatoria para la mujer, así como también para que no se le cerraran las puertas de la Universidad.

En ese sentido, la prédica no sería vana. En 1889 juró la primera médica argentina Cecilia Grierson, y unos años después recibió el primer título de abogada María Angélica Barrera en la Universidad Nacional de La Plata. La fuerza de los prejuicios contra la mujer, las trabas que se le ponen a su libre desenvolvimiento, quedan rotundamente puestas de manifiesto cuando nos enteramos que Cecilia Grierson debió luchar durante tres años contra todo tipo de inconvenientes y burocracias para que le permitieran ejercer su profesión.

En medio de las turbulencias del crecimiento de la nación, las mujeres, unidas a los varones en las luchas socialistas y anarquistas, comienzan a organizarse para pedir lo que en justicia les corresponde. En 1890, los trabajadores del Club Vorwärts, apoyando las resoluciones del Congreso Obrero de París de 1889, piden "lo mismo por la misma actividad". En 1900 el Partido Socialista Obrero Argentino convoca a las mujeres para pedir juntas mejoras en las condiciones de trabajo.

Precisamente las pésimas condiciones reservadas a la mano de obra femenina que, según el censo de 1914, se elevaba al 22 por ciento de la población trabajadora, hizo que la punta de lanza de las reivindicaciones feministas partiera del análisis económico facilitado primero por el anarquismo y luego por el socialismo.

Fenia Chertkoff, que desde las páginas de *La Vanguardia* se ocupa especialmente del tema laboral en su columna titulada "El trabajo de las mujeres y de los niños", funda en 1902 la "Unión Gremial Femenina", junto a Magdalena Roseti. Su labor inmediata es una

campaña de agitación a favor de un día de descanso semanal para las cocineras y la presentación de una demanda por la ley de la silla. En esta última la acompaña la "Federación de Dependientes de Comercio".

El "Centro Socialista Feminista", por su parte, le brinda amplio apoyo al proyecto de ley de protección al trabajo de las mujeres y los niños en las fábricas, presentado en 1903 por una de sus miembros, la señora de Coni —proyecto elevado por el doctor Palacios y sancionado en 1907 como ley 5291.

Proliferan las agrupaciones y centros feministas, perfilándose una doble circulación: la que toma a la mujer como integrante de la fuerza de trabajo y busca mejorar su situación existencial y otra, más clasista, que pone el acento en el logro de los derechos políticos.

Se suceden así el "Centro de Universitarias Argentinas", fundado por Sara Justo —primera doctora argentina en odontología— y el "Centro Feminista", con la dirección de Elvira Rawson de Dellepiane. En 1911 esta agrupación se transforma en el "Centro Juana Manuela Gorriti", nombre que recibe en honor de las mujeres de la Independencia. Surge también la "Liga Feminista Nacional de la República Argentina", bajo la dirección de María Abella de Ramírez, agrupación afiliada a la "Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer".

La doctora Julieta Lanteri Renshaw se convierte en la figura más destacada del "Primer Centro Feminista del Libre Pensamiento". Más adelante, aprovechando el alboroto que ocasiona su pedido de ciudadanía a las autoridades —puesto que el derecho de optar a la ciudadanía les estaba vedado a las mujeres— se lanza a la creación del "Partido Feminista Nacional". En las elecciones de 1920, 1924 y 1926, ella será la única candidata de este partido no oficial.

Tan batalladora como Julieta Lanteri, la doctora Elvira Rawson de Dellepiane funda en 1919 la "Asociación

por los Derechos de la Mujer". En su inauguración demuestra que su sentido de la justicia se une a la impaciencia al declarar: "Nosotras, en una tierra pródiga y libre, hemos soportado mansamente las cadenas con que códigos y prejuicios limitan nuestra acción y humillan nuestra dignidad de seres conscientes".

En el año 1906 se celebra el "Primer Congreso Internacional del Libre Pensamiento", una de cuyas organizadoras fue la doctora Alicia Moreau de Justo. Allí, María Abella de Ramírez presenta un "Programa mínimo de reivindicaciones femeninas". Estas iban de la igualdad de educación para ambos sexos hasta la necesidad de reglamentar el libre divorcio sin averiguación de causa. Asimismo, pedía la igualdad de los hijos ante la ley y el ejercicio de la patria potestad indistinta para ambos progenitores.

El Centenario de la Revolución de Mayo hubo de servir de pretexto para organizar dos congresos. Uno, a cargo de modosas y poco esclarecidas señoras, que recibe el nombre de "Congreso Patriótico y Exposición del Centenario", representa a las fuerzas conservadoras. La conclusión a que arriban, entre otras, es la de que pertenece al orden natural que las mujeres carezcan de derechos cívicos.

El segundo, que incluso debía hacer frente a esa mentalidad retardataria de algunas mujeres, fue organizado por la "Asociación de Universitarias Argentinas" y un grupo de militantes. Llevó el nombre de "Primer Congreso Feminista Internacional de la República Argentina". Las ponencias presentadas abarcaron una amplia gama de temas que se extendió de los trabajos científicos presentados a la activa preocupación por las modificaciones legales, que incluían el divorcio, la igualdad de salarios por igual trabajo para ambos sexos, la ley de la silla y el acceso femenino a las urnas electorales. La tendencia moderada del feminismo dio su apoyo incondicional al Congreso.

En la Argentina de la inmigración, la del buen aporte de sangre europea que permitió que el país pasara de un millón y medio de habitantes en 1869 a casi ocho millones de personas en 1914, una Argentina de reacomodamiento de clases, de luchas por el capital y contra el capital, de búsqueda de definiciones propias, de pobreza y hacinamiento, el comercio sexual floreció como nunca antes. Buenos Aires se convirtió en uno de los principales puertos para el mercado de prostitutas. Proliferaron redes y organizaciones comerciales. La víctima era castigada y se dejaba libre al victimario.

En procura de erradicar esa institución, no por antigua menos condenable, la doctora Petrona Eyle fundó y sostuvo durante mucho tiempo la "Liga contra la trata de blancas". No clamaba sola contra esa injusticia. El esfuerzo conjunto da como resultado que el Parlamento sancione la ley 9143, que va a ser conocida como Ley Palacios, en la cual se procura atenuar la prostitución y, a la vez proteger a las trabajadoras.

El "Centro Socialista Feminista" contaba también entre sus prédicas constantes la propaganda contra la prostitución y la trata de blancas. En esa tarea colaboró la "Unión Feminista Nacional". Este organismo excedía largamente ese único punto. Desprendido del socialismo, agrupaba a diversas comisiones y asociaciones dependientes de aquél. Sus cinco puntos programáticos decían lo siguiente:

"1º) cooperar en todo lo que signifique el perfeccionamiento físico, intelectual y moral de la mujer; apoyar toda obra que tienda a capacitarla en su acción social;

"2º) trabajar con la emancipación de la mujer en la familia y en la sociedad; en consecuencia, iniciará y propiciará movimientos tendientes a modificar las leyes que traban a la mujer en su acción

individual, colocándola en situación inferior al hombre;

"3º) cooperar en toda obra que contribuya a facilitar y mejorar el trabajo femenino; por lo tanto se preocupará de la reglamentación del trabajo en la industria y en el comercio y de la elevación de los salarios del trabajo femenino, basándose en el principio «a igual trabajo, igual remuneración»;

"4º) tender a centralizar los esfuerzos hechos en favor de la emancipación femenina propiciando la organización de una federación de centros; y

"5º) propender a la formación de comités en el interior de la República que respondan a los mismos fines. Mantendrá con tal motivo relaciones con asociaciones extranjeras de igual índole."

El "Primer Congreso Americano del Niño", celebrado en 1913, y el "Primer Congreso Internacional, en 1916, unen, como la "Liga para los Derechos de la Mujer y el Niño", fundada en 1911, al conjunto madre-menor de edad. Se tratan tópicos como el trabajo infantil y el materno, el reposo de las obreras embarazadas, la protección a la maternidad, la educación. Pero los sujetos principales —la mujer y el niño— no aparecen representados por testimonios propios en el foro donde se debate su situación. De todas maneras, el tema fue tratado con seriedad y se pusieron en él muchos afanes. Tantos que llevaría, años después, a que se atenuara en cierta medida la condición de explotación de las obreras y los niños a través de una legislación apropiada.

Reflejo de las costumbres, normalizadora de las relaciones, la ley constituye el espejo que nos devuelve una imagen de la mujer disminuida en su condición de persona integral. En nuestro Código Civil de 1869, la mujer

aparecía definitivamente subalternizada. Heredera del derecho romano, la legislación seguía a éste con fidelidad respecto a la mujer, quien aparecía definida por sus incapacidades: no podía tener bienes propios, ni siquiera los conseguidos por su trabajo personal; no podía suscribir documentos públicos en calidad de testigo; no podía querellar ante los tribunales. En cambio, sí le cabían las generales de la ley en lo atinente a lo penal.

El doctor Luis María Drago en 1902, el doctor Alfredo Palacios en 1909, el doctor del Valle Iberlucea en 1918 —los tres, grandes paladines de la causa de la mujer—, elevaron al Congreso sendos proyectos de reforma al Código para mejorar la situación femenina. La propuesta del doctor del Valle Iberlucea era, lisa y llanamente, la equiparación de varón y mujer. De más está decir que no prosperaron.

En 1924 Mario Bravo y Juan B. Justo presentan su anteproyecto de ley que va a ser conocido en 1926 como ley 11.357. Por defectos de técnica legislativa, la ley 11.357 limitó la equiparación de varón y mujer que se había propuesto, manteniendo además una importante diferencia de legislación entre la casada y la soltera.

Sin embargo, el gran avance lo constituyó el art. 3, inc. 2, que le concedía a la mujer el derecho de ejercer profesión, empleo, comercio e industria honestos, administrando y disponiendo libremente del producido de esas ocupaciones.

Una década más tarde se obtienen, entre otras mejoras, los derechos de las empleadas en trance de ser madres, el seguro de maternidad y el régimen de licencia, sin importar el estado civil de la mujer.

Desde 1906 en que comenzó a publicarse *La Voz de la Mujer*, de virulenta crítica al patriarcado —incluso a los varones del anarquismo de cuyo seno había salido—, hasta la aparición de *Vida Femenina - Revista de la mujer*

inteligente, dirigida por María L. Berrondo, folletos, hojas sueltas, artículos en diarios, revistas y periódicos fueron recogiendo la intensa actividad de las mujeres.

Sea en *La Aljaba*, primer periódico feminista comenzado a publicarse en 1830, al que le sucede, veinte años después, *La Camelia*; sea en *La Flor del Aire*, *La Educación* o *La Siempreviva*; sea en la *Tribuna Feminista*, dirigida en 1917 por Carolina Muzzilli o en *Nuestra causa*, a cargo desde 1919 de la doctora Alicia Moreau de Justo, los testimonios escritos reflejan los estadios de las bregas feministas. Sus pequeños avances, sus detenciones, sus proyectos, sus alegrías, sus muchas frustraciones han quedado allí documentados. También los nombres que se destacaron en este largo itinerario hacia el logro de un lugar digno bajo el sol, que todavía no ha concluido.

A mediados de la década del 20 la efervescencia feminista entra en cuarto menguante. El desánimo cunde en los espíritus, que veían todavía muy lejanas las metas que se habían propuesto. Por muy otras razones, en el resto del mundo ocurría lo mismo.

En 1930 el gobierno, libremente elegido en las urnas, que preside el doctor Hipólito Yrigoyen, es derrocado por un golpe militar encabezado por el general Uriburu. La revolución marca un cambio importante en las costumbres, en la sensibilidad social. Es época de crisis y de recomposiciones.

En los estratos más bajos, las obreras y empleadas carecen de todo respaldo sindical, siendo muy rudimentaria su formación. Las profesiones continúan reservadas casi excluyentemente a los varones.

La energía de las mujeres de clase media se canaliza hacia los logros personales. Florecen el teatro, la literatura, el arte en general. Aunque la inquietud por los derechos políticos permanece flotando en el aire, las circunstancias históricas no parecen apropiadas para acciones conjuntas de gran aliento.

Las señoras de perfil aristocrático fundan la asociación de "Damas Patricias" que, como el "Comité Argentino Pro-voto de la Mujer", presidido por Carmela Horne de Burmeister —convertido luego en la "Asociación Argentina del Sufragio Femenino"— tienen por meta exclusiva la obtención del derecho al voto, sin ninguna otra mira significativa. De todos modos, logran boletas de adhesión en número de cien mil. La coyuntura social impone un prolongado período de oscuridad.

En 1945 las viejas militantes unen nuevamente sus esfuerzos. Los grandes planes, los proyectos reivindicatorios totalizadores han sido dejados atrás. Ahora el interés único, urgente, es conseguir que se reconozca la calidad de ciudadana de la mujer otorgándole el derecho a elegir autoridades. La "Asociación Pro Sufragio Femenino" trabaja activamente para alcanzar esa meta. También lo hacen la "Asamblea Nacional de Mujeres", la sesión femenina de la Unión Democrática, la "Federación de Mujeres Universitarias".

En el seno de esos grupos y de otros, como la "Liga de Educación Política de la Casa del Pueblo", se debate seriamente, sin embargo, la posibilidad de rechazar el voto si no es otorgado por ley del Congreso Nacional. Coinciden, asimismo, en la necesidad previa de normalizar las instituciones políticas. El punto de reunión obligado para esos debates es la sede de la revista *Sur*. Su fundadora, Victoria Ocampo (1890-1979), figura destacada de nuestras letras y activa militante de "UMA" (Unión de Mujeres Argentinas) desde 1936, declara sin ambages que lo que se busca es justicia, no favores. Pero que esa justicia se pide a "quienes corresponda. Las argentinas no pueden aceptar el voto sino de manos que no lleven armas"². Y en un discurso ante la "Asam-

² Victoria Ocampo: "La mujer y el voto", en *La Vanguardia*, del 11-9-45.

blea Nacional de Mujeres" explicita: "Creo que la mujer argentina consciente, al no aceptar dócilmente ni siquiera la idea del voto por decreto, del voto recibido de manos del gobierno de facto, ha votado por primera vez en la historia de la vida política argentina. Y ha sabido votar sin equivocarse".

Llegado el momento de la promulgación de la ley 13.010, las mujeres no respondieron a su incitación y aceptaron, felizmente, el sufragio.

Victoria Ocampo, primera mujer que accedió a un puesto en la Academia Argentina de Letras, fina sensibilidad alerta al fenómeno del arte, aun cuando rebelde a la marginación soportada por la mujer, no pudo dejar de anteponer sus odios políticos a la alegría de la obtención de un fin, específicamente femenino, por el que ella tanto había luchado. Su actitud, como la de muchas otras antes y después, tipifica un aspecto de la colonización masculina al privilegiar los intereses inmediatos de su clase social en desmedro del beneficio permanente de su género.

Eva Perón y las mujeres

(Con el voto) "las mujeres del mundo tenemos que conquistar todos nuestros derechos... o mejor dicho el gran derecho de ser simplemente *mujeres* y poder cumplir así, en forma total y absoluta, la misión que como mujeres debemos cumplir en la humanidad"³. Así hablaba Eva Perón (1919-1952), la mujer a través de cuyo intermedio las argentinas obtuvieron en 1947 el derecho a acceder a las urnas, votando por primera vez en 1951. ¿Cuál era

³ Eva Perón: *La razón de mi vida*. Buenos Aires, 1951. El destacado figura en el original. (Todas las citas siguientes, salvo aclaración en contrario, pertenecen a dicha obra.)

la misión que las mujeres debían cumplir? ¿Qué quería decir con "ser simplemente *mujeres*"?

La misión era vasta e inobjetable, aunque ambigua: "Nada más que ganar el derecho de crear, junto al hombre, una humanidad mejor". Porque hasta ahora, la mujer se ha definido por su no participación en la toma de decisiones:

"Nosotras estamos ausentes en los gobiernos.

"Estamos ausentes en los parlamentos.

"En las organizaciones internacionales.

"No estamos ni en el Vaticano ni en el Kremlin.

"Ni en los Estados mayores de los imperialismos.

"Ni en las «comisiones de la energía atómica».

"Ni en los grandes consorcios.

"Ni en la masonería, ni en las sociedades secretas.

"No estamos en ninguno de los grandes centros que constituyen un poder en el mundo."

El reino de la mujer es la casa, pero esa labor encomiable para la que se pide toda clase de sacrificios, está totalmente desvalorizada, fuera de cualquier retribución económica:

"La madre de familia está al margen de todas las previsiones. Es el único trabajador del mundo que no conoce salario, ni garantía de respeto, ni límite de jornadas, ni domingo, ni vacaciones, ni descanso alguno, ni indemnización por despido, ni huelgas de ninguna clase..."

Entonces habría que pensar en un salario para el ama de casa, pero, por el momento, eso no entra en las previsiones del gobierno peronista: no suena aún esa hora. Mientras tanto, busca la capacitación de la mujer. Contradictoriamente, quiere verla salir a lo público, prepararla para obrar junto al varón.

A través de la "Fundación" que lleva su nombre, Eva Perón crea el *Hogar de la Empleada*, colabora para que el plan quinquenal socio-económico del gobierno tome a

las mujeres en consideración, consigue para la trabajadora una legislación que la ampare en el trabajo y obtiene la igualdad jurídica ante la ley de los cónyuges en los derechos de familia que integran la Constitución Nacional de 1949.

Pero quizá lo más original y significativo haya sido la creación del Partido Peronista Femenino —el primer partido político oficial de mujeres de que se tenga noticia. Y, junto con ello, su nucleamiento en “unidades básicas”. Estos centros políticos del partido, que venían a sustituir a los viejos y desacreditados comités, prontamente dejaron atrás su función cultural para convertirse en lugares de ayuda y acción social. Las unidades básicas crecieron y se expandieron; las había en cada provincia, en cada localidad, en cada barrio. En ellas, las mujeres cumplieron un rol fundamental para convertirlos en los nervios y la sangre del movimiento peronista.

Eva Perón aseguraba haber sido impulsada a la acción, al campo de las luchas, por los sentimientos. Para ella el sentimiento, sobre todo el sentimiento del amor, era lo que define la naturaleza de la mujer, lo que la hace ser “simplemente mujer”. La pregunta que surge entonces es: ¿a qué clase de amor se refiere?

En ese punto, Eva Perón retoma la moda del siglo, el amor como subordinación electiva de la mujer. Porque, afirma, “el hombre puede vivir exclusivamente para sí mismo. La mujer, no. Si una mujer vive para sí misma, yo creo que no es mujer o no puede decirse que viva”. Y extiende así el concepto: “Yo pienso que tal vez ningún movimiento feminista alcanzará en el mundo gloria y eternidad si no se entrega a la causa del hombre”.

Postergarse en bien de una causa masculina: no otra cosa se les pidió a las mujeres desde los comienzos de la civilización, que coinciden con los comienzos del patriarcalismo. Renunciar a vivir desde sí por amor a un hom-

bre. La Evita defensora de los derechos femeninos, la batalladora por la dignidad de las trabajadoras, quiebra longitudinalmente su discurso para darle paso a las palabras de la señora María Eva Duarte de Perón. El partidismo la hace abdicar de su capacidad para discernir la verdadera autonomía de la mujer, aquella que debe partir de sí misma. En cambio, la encierra definitivamente en una situación de minusvalía psicológica, definiéndola por su dependencia afectiva. De esta manera la mujer queda condenada, como lo quiere su ejemplo, a ser siempre un gorrión a quien un cóndor masculino tal vez le enseñe a remontarse a las alturas.

Eva Perón murió a los 33 años —edad plena de connotaciones y simbolismos. Figura controvertida, murió a poco de haber renunciado a la vicepresidencia de la Nación, en medio de odios pero fundamentalmente de la gloria y el cariño de un pueblo que la amaba. Murió después de recoger la fructífera cosecha de los granos que sembrara el feminismo. Su vida y sus trabajos quedaron trasfigurados por la muerte en una figura de leyenda.

A casi cuarenta años de su deceso, vastas masas populares todavía se sienten fascinadas, enormemente atraídas por Evita, a quien continúan rindiéndole culto. Sin embargo, su sombra debiera iluminarse con la potente luz del análisis. De lo contrario, se corre el riesgo de que las mujeres, una vez más, abandonen expresarse desde una independencia centrada en sí mismas y claven la punta del compás en la niebla de mitos antiguos y seductores.

CAPÍTULO II

UFA

Así cuenta María Luisa Bemberg el comienzo de la ola feminista de la década del 70: "Todo partió de un reportaje aparecido en un importante medio con motivo del lanzamiento de mi primera película. En esa nota me declaré abiertamente feminista y preocupada por la postergación de la mujer en todas las áreas: política, científica, técnica, económica y artística. Al poco tiempo recibí varias llamadas telefónicas y cartas de mujeres que manifestaban compartir mis inquietudes"¹.

La película que María Luisa acababa de ver filmada era su guión de *Crónica de una señora*, y entre las mujeres que se acercaron a ella se encontraba una condesa italiana radicada en nuestro país: Gabriela Christeller.

El conocimiento de ambas fue más que fecundo: por transmisión personal, por persuasiones directas, interesaron a otras personas en la formación de un grupo de trabajo. A poco andar, me uní a ellas. Desde las viejas paredes del "Café Tortoni", la mirada atenta, irónica y

¹ Inés Cano: "El movimiento feminista argentino en la década del 70", en *Todo es Historia*, N° 183, agosto de 1982.

comprensiva de un retrato de Alfonsina Storni presidía esos encuentros.

Buscamos un nombre para reconocernos como grupo. Jugamos con varias propuestas. Sabíamos que debía superarse el temor de autodenominarnos "feministas", que retomábamos una antorcha que había sido encendida casi ciento cincuenta años antes, que debíamos continuar la obra que empezaron las pioneras argentinas de mediados del siglo pasado y principios de éste. Como homenaje a esas mujeres —muchos de cuyos nombres han sido entregados al olvido— recuperaríamos el genérico de "unión feminista". Porque queríamos que tuviera características nacionales, la denominamos "argentina". Claro está, no se nos escapaba la carga significativa y humorística que habría de desprenderse de su sigla: UFA. ¡Ufa! La interjección era elocuente respecto al hartazgo que nos producía la situación de la mujer, la nuestra. A partir de ese rezongo, de esa bronca, de esa desesperación, íbamos a construir una esperanza. La Unión Feminista Argentina había nacido.

Deslumbrante, caótica, visionaria, ser en poesía, la generosidad de Gabriela nos facilitó un local situado en el barrio de Chacarita. Allí se reunían también las integrantes del grupo "Muchacha". Compartir el mismo lugar no significaba compartir las mismas ideas: su punto de partida —político— no era el nuestro. Después de cierto tiempo, quienes lo componían se perdieron en los meandros de la ciudad.

El otoño derramaba oro, plata, cobre, a través de los árboles porteños. Bajo su follaje, día tras día caminábamos las cuadras que nos llevaban a UFA. Íbamos, en principio, a comentar los textos que, desde 1967, no cesaban de producir las feministas norteamericanas.

Poco más o menos todas habíamos leído la obra anticipatoria de Virginia Woolf, los análisis de Simone

de Beauvoir en *El segundo sexo*, el extenso y minucioso estudio de Betty Friedan en *La mística de la femineidad*. Alguna que otra había podido juzgar, a través de los datos antropológicos proporcionados por Margaret Mead en *Male and female*, el papel decisivo que juega la cultura en la aparición de cualidades tradicionalmente asociadas al sexo biológico. Pero el material que teníamos entre manos tenía un tono nuevo, completamente distinto a los anteriores.

En panfletos, en hojas sueltas, en boletines, las norteamericanas iban esbozando los grandes lineamientos del nuevo feminismo, consignando su historia pasada y presente. En papeles mimeografiados, en páginas escritas a máquina y luego fotocopiadas, asoman testimonios dolorosos, profundamente sentidos, que reproducen, como una galería de espejos, los nuestros. El signo que los anima es de una vitalidad largamente contenida. Artículos, pequeñas antologías, encuestas mínimas sobre temas tales como la anticoncepción, sirven de guía y propaganda en esta etapa que va diseñando los contornos especiales del movimiento.

A mitad de camino entre el boletín y la hoja suelta y la decantación del libro, la revista ofrece condiciones óptimas para exponer ideas, hacer propaganda y unirse colectivamente en una tarea común. Así lo entendieron las norteamericanas, que recogieron parte de ese valioso material —que circulaba sin copyright— en las *Notes from the First Year*. Poco más de dos años después se publicaría lo más importante de esa producción con el título de *Notes from the Second Year: Major Writings of the Radical Feminists*.

El periplo comenzado con el papel dactilografiado y el panfleto hecho a mimeógrafo y continuado con la publicación de revistas, llega a su expresión más plena en la edición de libros. *Sexual Politics*, de Kate Millet; *The Dialectic of Sex*, de Shulamith Firestone, y *Sisterhood is Powerful* como cristalización colectiva, nos pusieron en contacto con lo mejor de ese pensamiento renovador,

urticante, controvertible, que nos invitaba a recorrer el largo puente de la hermandad.

UFA se ampliaba. Amas de casa, profesionales, mujeres de distintos partidos políticos y distinta extracción social nos reuníamos a discutir el material que María Luisa y Gabriela, viajeras impenitentes, nos traían casi en el momento de aparecer. Nos sentíamos formando parte del mismo cuerpo, el mismo organismo, que nuestras hermanas del Norte. Una misma sangre, una misma rebeldía, un mismo deseo de reconstrucción nos igualaba.

1970. Quedaba atrás una década que había culminado en el mayo del '68 francés con la brutal represión de jóvenes y obreros. Estos jóvenes, elevados a la categoría de clase a través de Marcuse, no habían encontrado respuestas valederas a su yo profundo. El teórico les recordó que la sociedad de consumo ha privilegiado el principio de eficacia en detrimento de la fantasía. En consecuencia, creyeron que lo mejor era llevar la imaginación al poder y querer un poder reformado. Pero querían que esa transformación se hiciera de inmediato. La más antigua, primaria y desdichada forma de imponerse, la violencia, no tardó en ganarlos: sustituyeron la protesta por la agresión.

La nueva década se abre con un marco inusual de violencia, que se expande por los países occidentales bajo forma de revolución política. La moda es el cambio mediante una acción rápida. El hecho violento, provocado o padecido, busca redimirse por la justificación moral del valor y la justicia.

A comienzos de la década del 70 la sociedad argentina pasaba por una fase de grandes excitaciones, cambios y cuestionamientos. Las esperanzas políticas se centraban en el regreso de Juan Domingo Perón. Derrotado en 1955 por la Revolución Libertadora, degradado de su jerarquía militar, desde su exilio en España llegó a convertirse en el factótum de la vida política argentina. La izquierda

y la derecha convergían en su persona, atraídas por su carisma excepcional, considerándolo el medio para realizar sus ideales. Y, junto a él, flotaba la imagen resurrecta de Eva Perón, la amada de las clases populares. Evita, la que hubo de llenar un capítulo de la historia local, proyectándose al plano del reconocimiento de más allá de nuestras fronteras. Evita, a cuya intermediación las mujeres le debían haber sido reconocidas como ciudadanas.

El 9 de setiembre de 1947 se sanciona la ley 13.010 por la cual se le concede a la mujer el derecho de votar y ser votada. En 1951 las mujeres votan por primera vez, llevando 24 diputadas y 7 senadoras al Congreso Nacional —cifra sin precedentes en América.

El reconocimiento de la calidad de ciudadana de la mujer se reveló muy pronto como hartamente insuficiente para compensar su postergación milenaria. Sobre todo, porque se producía cuando, en el mundo entero, se recortaba su radio de acción público, elogiando la "vuelta al hogar" del sexo femenino después de las guerras. Esto, combinado con el flamante culto a lo doméstico —derivado de la ciencia y la técnica aplicadas a los enseres hogareños— y la pseudo emancipación sexual, lograban atrapar a las mujeres en nuevos engranajes de postergación.

De todos modos, en nuestro país hubieron de conseguirse importantes avances legislativos. El primero, de 1957, lo constituyó la ratificación por decreto-ley de la Convención Interamericana suscripta en Bogotá en 1948. Se aprobaba así la integración de los derechos civiles de la mujer en el ordenamiento jurídico. El segundo avance fue la Reforma Borda de 1968. La ley 17.711 introduce la decisión trascendente de suprimir las incapacidades que afectaban a la casada en el campo patrimonial.

Más de la mitad de los años transcurridos después de 1950 la Argentina se encontró bajo regímenes militares. En 1970, bajo la presidencia del general Levingston, estaba latente la necesidad de retornar al libre juego de las instituciones políticas. Sin embargo la democracia, siempre elusiva en estas tierras, debía aguardar todavía tres años para concretarse. Mientras tanto, el anhelado regreso de Juan Perón alimentaba toda clase de expectativas.

Dentro de ese margen de discusiones políticas, de replanteos ideológicos, de espera tensa estremecida de violencia, se insertó el crecimiento de UFA.

La concienciación

Obreras, profesionales de clase media, amas de casa, estudiantes, se acercaban a UFA con su bagaje de interrogantes, sus frustraciones, su urgencia para modificar la realidad. Tal como afirma uno de sus papeles estatutarios, UFA las agrupaba "sin discriminación económico-social; sin discriminación político-ideológica; sin discriminación generacional", porque "considera que la lucha por la liberación de la mujer debe tener por base a las mujeres mismas" contra un adversario declarado: "el sexismo". Y, aclaraba, "esto no hace automáticamente de cada varón nuestro adversario ni de cada mujer nuestra aliada". El objetivo último era tratar "de recuperar para las mujeres la «humanidad» que les es sistemáticamente robada".

Nuestra mentora, Nelly Bugallo, nos guiaba en el estudio de los textos, en el análisis de las situaciones,

en la profundización teórica. ¡Cuánto fervor, cuánta entrega a las ideas! También, ¡cuánta impaciencia! Bugallo sugería, desbrozaba prejuicios, señalaba rutas de reflexión. Más a menudo que no, permanecíamos en la contemplación de la mano que indicaba antes que seguir la dirección a donde apuntaba —distracción que sigue ensombreciendo el razonamiento de muchos grupos y mujeres. Bugallo se enojaba, reñíamos, continuábamos. Triunfaba la horizontalidad que nos habíamos propuesto como práctica antijerárquica, como ensayo o intento de convivencia igualitaria y participativa.

En pos de los frutos que habían conseguido las norteamericanas con la técnica de la *consciousness-raising*, entre la duda y la admiración decidimos implantarla en UFA. La traducimos con un neologismo: *concienciación*. Atentas a que el lenguaje remite directamente al entramado de creencias y conceptos básicos y tácticos —que en nuestra sociedad son androcéntricos— procuramos introducir un significado no autoritario, no impositivo, para definir esta técnica que se había convertido en otros países en el instrumento principal del movimiento de la mujer. La traducción literal, "elevación de la conciencia", resultaba demasiado vaga. "Concientizar", de neto corte izquierdista, implicaba un movimiento de afuera hacia adentro, de dictar lo que la otra debía encontrar en su propio interior. "Concienciar", en cambio, se adecuaba perfectamente al método casi mayéutico que se proponía. Lograba describir ajustadamente el proceso de sacar de sí, de dar nacimiento a la propia identidad.

El método, muy sencillo, constaba de tres etapas básicas. Proponer al grupo un tema determinado sobre el cual exponer testimonios personales. Relacionar luego los testimonios personales para extraer una raíz común, una generalización, para evaluar el grado de opresión de las pautas culturales internalizadas. Y, por último, proponer los cambios probables e incorporarlos a cada uno de los estratos individuales: emocional, psicológico, etcétera.

A través de esta concienciación se buscaba asimismo que cada mujer, al comprender que para crecer necesitaba modificar el entorno, se transformara en elemento de cambio rompiendo la soledad de su sexo. La solidaridad con otras mujeres era el vehículo entre ella y las transformaciones a practicar.

Los tópicos recorrían una amplia gama: ¿cómo vivimos la propia edad? ¿Cumplimos las metas que nos proponemos? ¿Con quién vivimos y por qué? ¿Cómo nos sentimos respecto a los ingresos económicos propios y de la persona con la que vivimos? Veamos algunas respuestas².

Sobre el tema "¿Qué expectativas tenemos respecto a nuestros hijos?":

—Yo quería que fueran varones —contesta una madre de dos niños—. ¿Por qué? Con el nacimiento del segundo dije: soy madre de hombres. Me parecía que el mundo era de ellos. Los iba a educar en función de la humanidad. Todo el idealismo de la madre joven. Pensaba que ellos iban a servir a la humanidad porque eran varones. No hubiese sabido para qué y cómo educar a mujeres. Ahora, con el tiempo, pienso todo lo contrario. Ahora me puse a revisar toda mi conducta con mis hijos. A revisar el mito del héroe.

—Me vendieron una imagen de los hombres, de chica —dice una segunda madre—. Toda la cultura la hizo el varón. Cuando me tocó vivir personalmente la relación descubrí al varón como trampa. No sé cómo hablarles, todo es falseado. Se finge camaradería en el mejor de los casos, pero es falsa. ¿Qué hacer con todo lo que se va viendo?

—Ahora estoy como defraudada con mi hijo —apunta una tercera—. Le di mucho. Le cuento cosas, intentó compartir con él pero es como si lo que yo hiciese o me gustase no fuera importante para él. Sólo es importante

² Las citas de los documentos de UFA, o producidos allí, han sido tomadas de los originales reservados por Alicia D'Amico.

lo que hace su padre. Se sostienen. Todo lo que yo amo o todo lo que fui y soy y le doy es inútil: él no puede identificarse conmigo. Tengo decepción.

—Yo sirvo, estoy a disposición para todo —afirma una cuarta—, adaptando mis horarios a los de ellos siempre y no hay respuesta, no hay reciprocidad. Tengo que esperar en la mesa con todo, que se enfría si no les es cómodo venir a comer, pero si mi marido se sienta a comer y a mí me llaman por teléfono, hace un escándalo que me aturde; dice: hay que mantener un horario... etc.

Luego de varios testimonios más, el grupo extrajo como conclusión que no se sabía cómo educar a los hijos para seguir sintiéndose respetada. Todas se sentían responsables de la familia, pero agregaron: "estamos cansadas de ser responsables a solas". Tenían necesidad de reubicarse, de reacomodarse en la vida. Querían integrar el ser-madre con el querer-ser-persona.

Respecto al tema "Vestimenta y maquillaje", extraemos algunos comentarios sueltos:

—Quiero poder ser a pesar de la ropa.

—Es un problema económico y un desgaste de energías.

—El maquillaje es para dar seguridad. Sin maquillaje me siento insegura.

—El medio me critica: no exploto mi cuerpo.

—Cuando estoy deprimida quiero estar super-bien.

—Me siento segura cuando estoy bien vestida y maquillada.

—A la gente le gusta que esté bien arreglada.

—Uso lo que usan las demás.

—Maquillarse es embadurnarse.

—Siento al maquillaje como algo que me separa de los otros. A la persona maquillada no la puedo vivir como una igual.

En el tema "Temores y miedos", las participantes concluyeron que:

—Los miedos más importantes son el miedo a la muerte —propia o de los demás—; el temor al abandono,

a la soledad; el temor al fracaso, a que toda la vida esté completamente errada.

El miedo aparece como miedo a lo indefinido. Las mujeres son más miedosas que los varones porque tienen más tiempo para imaginar situaciones indefinidas. Esto último tendría por causa que las mujeres están restringidas en la acción, "protegidas por una especie de caparazón que las aísla de la realidad".

Dado que, para la sociedad, la mujer no es nada en tanto no esté justificada por la presencia de un varón que le dé identidad, es perfectamente comprensible el temor al abandono.

En las situaciones en que no existe otro individuo que juegue el papel del valiente, del que no tiene miedo y afronta las cosas, la mujer cumple perfectamente ese rol.

En cuanto al miedo físico al otro, a la fuerza del varón, se coincidió en sostener que ese miedo obliga a la hipocresía.

Lentamente, los grupos de concienciación iban dando buenos resultados personales. Las mujeres comprobaban un mayor conocimiento de sí mismas, una mayor comprensión de las situaciones en que estaban inmersas. En algunas, despertaba la solidaridad de la condición; en otras, la preocupación por modificar su conducta, en concordancia con el descubrimiento de sí.

—Aunque me siento todavía bloqueada y no encuentro conocimientos nuevos, sin embargo, frente a las situaciones, reacciono de otra manera.

—Para mí la realidad es tan fuerte que no puedo actuar según lo que sé y lo que veo. Descubro un montón de cosas pero no puedo ejercerlas.

—Yo antes me creía la única oprimida, me dejaba engañar por la imagen de las otras. Ahora veo cualquier tipo de opresión de la mujer; veo entre líneas.

—A partir de la concienciación, se empieza a caminar desde el conocimiento de una misma.

—Yo no llegué al feminismo: siempre fui feminista. Cuando me acerqué por un aviso no descubrí cosas nuevas: confirmé lo que yo sentía.

—Sí, me siento más fuerte, al menos para rebatirle a mi marido. Ahora lo veo a mi altura, no más allá. Con los otros varones también, no les tengo tanto pánico, le puedo decir cosas. Siempre había una distancia entre el hombre y yo, y por eso —tal vez— en mi matrimonio traté inconscientemente de reequilibrarlo aportando yo mucho más en posición social y bienes. Pero resulta que para él fue como si nada; manejó todo con el predominio masculino clásico. Ahora, en cambio, no. Finalmente no con nada material sino con mi nueva conciencia logro poner las bases de un equilibrio y me puedo manejar más de igual a igual.

No obstante, la concienciación también suscitaba resistencias. Las más comunes resultaron ser la glorificación del sexo masculino, la falsa identificación con los valores sostenidos por el poder del varón y la distancia de cada mujer con su propio sexo. Esto las hacía ubicarse en una franja nebulosa en la cual se hallaban tan alejadas de las otras mujeres como del sexo opuesto. Todos esos aspectos: la pseudo neutralidad de la cultura, la postergación del punto de vista propio, el incorporarse al punto de vista ajeno, aparecen resumidos en los resultados de una concienciación:

—Hemos visto que una de las formas de resistirnos a la concienciación es enfocar el tema como si se tratara de algo que nada tiene que ver con nosotras. Y esto se da en realidad porque el asunto a tratar nos toca tan de cerca y lo sentimos de manera tan visceral que, por esto mismo, nos resulta difícil de ver.

Nos ha pasado estar enfocando durante dos o tres reuniones un tema que se refería a pueblos oprimidos y hemos estado tan ciegas que no pudimos sacar nuestra

perspectiva. Nos hemos dado cuenta de que lo que habíamos hecho, todo el tiempo, era dispersión. Y lo manejamos muy bien, haciéndonos creer a nosotras mismas que lo que hacíamos era concienciación. Este engaño consistía en tratar sólo la faz política, alejándonos del tema central. En ese análisis descuidamos todo aspecto subjetivo, emocional, nuestro. Tratamos el problema existencial de una compañera como los machos hubieran tratado el problema de la mujer: sin identificación alguna con ella. Lo positivo es haber descubierto todo esto, ganando un paso más.

Sin pausa, crecía la maravillosa aventura de recorrer nuestro propio interior, de descubrir sus ruinas, de emprender su reconstrucción. UFA se constituyó en un espacio privilegiado, donde brillaba la fraternidad.

Alicia D'Amico, con su ojo de águila fotográfico, nos recordaba que, históricamente, la mujer ha estado condicionada para ser vista, no para ver. Que ver es un hecho político, que no existen imágenes inocentes, que verse es reconocerse. La antropóloga Safina Newbery, serenamente, nos invitaba a recorrer las culturas mal llamadas primitivas para descubrir allí, en sus primeros estadios, condicionamientos sexuales diversos, a la par que nos recordaba el respeto que siempre se le ha de guardar a toda manifestación cultural humana, por diversa que sea. Patricia Fauring aportaba, desde su casi adolescencia, la pausa reflexiva de la formación en matemática. Y otras ponían pasión o interés, críticas o propuestas. Cada una daba lo mejor de sí. Mabel, Victoria, Ofelia, Ladys, Malena, Banchi, Marta, algunas de las más constantes entre decenas de compañeras más: muchas obreras, intelectuales otras, de alta burguesía unas pocas; hasta las había con proceso político abierto.

Nombres sin apellido algunos, nombres de quienes a veces sólo pasaban transitoriamente. Nombres de muje-

res cuyos testimonios iban poniendo los pilares de una nueva manera de ver el mundo.

El proceso de toma de conciencia debía desembocar en la acción. Una acción individual, de edificación del propio interior y de las conductas y otra, colectiva.

Como en tantos otros aspectos, fueron las más desprotegidas, las de menores recursos, quienes avanzaron rápidamente en ambos sentidos —quizá porque tenían menos beneficios secundarios que perder. Procuraron modificar los roles en el seno familiar en busca de una mayor estima y respeto, de un aumento del espacio de libertad y fueron ellas las primeras en salir a la calle con volanteadas y campañas sobre diversos aspectos de la problemática femenina. Asimismo, partió de ellas la sugerencia de establecer contactos más estrechos, de movilizarnos solidariamente con las mujeres carenciadas de los sectores populares.

Entre estas acciones y la concienciación, iba cobrando cuerpo la teoría política de la relación de poder entre los sexos. En ella, el varón ocupa un doble lugar: el propio y el neutro de quien dicta las normas, hace la cultura y enseña lo público, en tanto la mujer está confinada a la naturaleza, a la inmovilidad invisible de los roles privados, al cercenamiento de sus posibilidades expresivas.

En compensación por el lugar subalterno que ocupa, se glorifica a la mujer: es la madre abnegada, la florvirgen. Sin embargo, esta "feminolatría" acaba por convertirse en una trampa más, al culpabilizar a la mujer de carne, hueso y sangre por no estar a la altura del ideal.

En la interrelación social, la mujer no tiene identidad propia, sino que ésta se halla constituida por el reverso de las cualidades del varón: es un espejo vuelto del revés. En principio, el único dato confiable con que cuenta son las verdades de su propio cuerpo. Por ello, las integrantes de UFA ponían un énfasis especial en la sexualidad, largamente reprimida y condicionada a la hegemonía del deseo masculino.

Pasaron dos años en esta labor lenta, de pocos avances visibles, de reflexión y módicas acciones. Con una secreta alegría decíamos que nuestra tarea era de catacumbas. De todos modos, habíamos ido ganando un prestigio subterráneo.

Los medios de comunicación sólo nos concedían lugar para el ataque. Si, azarosamente, se nos llamaba a declarar nuestra posición, se pedía que fueran mujeres conocidas. Por esa razón, María Luisa Bemberg, la más requerida por los medios, quedó identificada con la dirección de UFA —lo cual causaba internamente un gran malestar porque atentaba contra nuestra propuesta de horizontalidad y no se reconocía el trabajo teórico o práctico de las mujeres sin prestigio social.

Nuestro lenguaje se fue popularizando. Si bien no caímos en la ingenuidad de remitir todo al texto, como si la clave se hallase en la escritura —como pretende la escuela francesa—, tampoco dejábamos de darle la importancia que tiene el lenguaje como cadena de transmisión de valores. Comprobábamos el sexismo hasta en la etimología de las palabras que, al emplearlas, nos llevaban a torcer nuestras percepciones. Como los poetas, padecíamos su insuficiencia. Esa rigidez del lenguaje no nos facilitaba expresar los mil matices del percibir, el pensar, el sentir, el conocer desde la óptica de la mujer.

Inventamos o traducimos giros expresivos: la mujer-objeto, la doble tarea, la labor invisible, la infraestructura doméstica. Rápidamente se folklorizaron, recorriendo el tejido social por los hilos de la transmisión verbal.

Otros grupos feministas

Mientras tanto, habían surgido dos grupos de feminismo. Uno era "Nueva Mujer", con Mirta Henault e Isabel Languía. Su trayectoria fue breve, aunque alcanzó a publicar *Las mujeres dicen basta*, recopilación de textos, y *La mitología de la femineidad*, de Jorge Gissi. El otro grupo fue el "Movimiento de Liberación Femenina", dirigido por María Elena Oddone.

Por varios motivos, las integrantes de esos grupos no habían adherido a UFA. La propia Oddone contesta así a la pregunta de por qué no había integrado UFA que le formula una periodista:

"—¿Y para qué lo iba a hacer? Ya tenía un grupo, tres o cuatro mujeres. Es una cuestión personal. Bueno, hubo personas con quienes no simpaticé. Motivos personales y no políticos. Pero empezamos a trabajar juntas, volantes para el Día de la Madre, conferencias, etc..."³

Aunque UFA estuviera más influida por el feminismo radicalizado norteamericano que "Nueva Mujer" o que la inclinación de Oddone hacia los análisis existencialistas de Simone de Beauvoir, era innegable que existía una legítima y fluida red de comunicación, a pesar de algunas diferencias de enfoques. Por entonces, la mirada que tendíamos sobre el mundo femenino era eminentemente de simpatía. Aunque no exenta de crítica: "los grupos no siempre tienen una posición firme y, en algunos casos, las integrantes son ambiciosas y de espíritu trepador, basado en la revancha personal", aseguran las conclusiones de una concienciación de UFA.

³ Reportaje publicado en *Alfonsina*, N° 4, 26 de enero de 1984.

El final de una etapa

El ambiente argentino se iba enrareciendo. El asesinato de Aramburu, que marcó el comienzo de una escalada guerrillera sin precedentes, la toma del poder por el general Lanusse, quien habría de convocar a elecciones en 1973, el partidismo desaforado que ganó las calles, se conjugaban para que el oxígeno que se respiraba se cargara de inseguridad y miedos.

De todos modos, las puertas de nuestra casa estaban abiertas a todas. Sin importar la raza, la religión o, lo que en ese tiempo tenía suma importancia, el color de las ideas políticas, cada mujer tenía entre nosotras un lugar. Su historia dolorosa o tierna, de esclava o de princesa, de felicidad o desgracia, era un espejo donde nos inclinábamos a mirarnos a la vez que ofrecíamos nuestra vida como reflejo de las pautas culturales condicionantes.

A la casa llegaban mujeres de toda condición social, ideas de todo el espectro político. Una vez más por intermedio de Gabriela, nos llegó el pensamiento de una mujer de otras tierras, una italiana llamada Carla Lonzi.

Los escritos de Carla y de su grupo "Rivolta Femminile" estaban agrupados en un libro con un título muy especial: *Sputiamo su Hegel*. Su tono ácido y exasperado nos conmovió. Logramos que se tradujera y publicara aquí⁴. Lo estudiamos detenidamente. La descripción de las relaciones mujer-varón, el cuestionamiento de Carla a los sistemas de pensamiento, a la cultura toda, eran descarnados, feroces, desapacibles, inquietantes. Quería partir de cero absoluto, sin asumir que éramos el resultado de siglos de cultura. El nihilismo de Carla nos

⁴ Carla Lonzi: *Escupamos sobre Hegel*, Buenos Aires, 1975.

removió las entrañas, nos sedujo intelectualmente. Por último, lo rechazamos: nuestro punto de partida quería ser la humildad de aceptarnos y, desde ahí, ser artífices de nuestro futuro.

La dotación de UFA oscilaba entre las cincuenta y sesenta mujeres. Sin embargo, cuando iba algún personaje conocido —Castilla del Pino, por ejemplo— a dar una charla o una conferencia, lográbamos reunir entre ciento veinte y ciento cincuenta mujeres. Si la audiencia era mixta, casi sin equivocación podíamos predecir que, al concluir la charla, algún varón tomaría la palabra y hablaría de las mujeres, en nombre de las mujeres, y que las mujeres, una vez más, aceptarían la mudez pública. De todos modos, insistíamos en esos debates porque resultaba un buen medio de atraer gente. Dado que lo cultural tiene prestigio por sí, podían acercarse a las feministas sin temor de que las confundieran con una de ellas. Porque el organismo social del patriarcado ya había comenzado a desarrollar algunas de las técnicas ofensivas que tan excelente resultado le dieron a lo largo de los tiempos para mantener la situación desvalorizada de la mujer.

Como sucediera con nuestras precursoras, como sucede actualmente, se desencadenó una contraofensiva a nuestra labor casi silenciosa. Por una parte, esa estrategia tendía a alejar a las mujeres del feminismo. Se decía que eran "guerrilleras", "amargadas", que todas tenían conductas lesbianas, que sus reivindicaciones eran trasnochadas. La derecha nos acusaba de extremistas y contestatarias, y la izquierda de elitistas y burguesas. Por otra parte, se tendía a desanimar a las feministas atacándolas personalmente, burlándose, sabotando sus opiniones, polemizando constantemente sin dejarles explicar sus teorías, estimulando las rivalidades internas. O creando un cerco de indiferencia a su alrededor.

Habíamos sostenido que nuestro adversario era el sexismo, esto es, la distribución de roles en función del sexo, que le dificulta a la mujer las posibilidades para ejercer cualquier tarea independiente, desde el logro de la subsistencia económica hasta el derecho a pensar como ser autodeterminado. Habíamos dicho que “esto no hace automáticamente de cada varón nuestro adversario ni de cada mujer nuestra aliada”. Pero los medios de comunicación tradujeron el estar a favor de nosotras mismas como que estábamos contra el hombre —una acusación que indudablemente es efectiva porque se sigue empleando.

Habíamos concordado con Carol Hanisch en la magnífica fórmula de que “lo personal es político”. Esto es, que nada, desde lavarnos los dientes hasta criar los hijos escapa a la ideología política. Antes bien, lo invisible sostiene y completa lo que emerge como público. Esto fue entendido como que las feministas querían llevar el contenido de su vida privada a los altos estratos de la política.

Habíamos insistido que se nos ha escamoteado nuestra sexualidad. La traducción fue que las feministas eran promiscuas, que estaban por el libertinaje sexual. Se preguntaban qué queríamos, pero no estaban dispuestos a escuchar nuestra respuesta. Se preguntaban quiénes éramos, pero no se dirigían a nosotras en busca de contestación: no nos permitían expresar nuestras penas o nuestras seguridades, nuestras críticas y nuestros proyectos.

A cada argumentación, a cada paso que dábamos, se le oponía un frente de resistencia declarado o más o menos sutil. La lista de malentendidos sería inacabable. Los prejuicios nuevos pasaban a servir de alimento de los viejos preconceptos. Y ya se sabe que es más fácil —como decía Einstein— desintegrar un átomo que desintegrar un prejuicio.

En la base de la concienciación se hallaba el presupuesto ético de hacer concordar el sentir, el pensar y el obrar. Como en el psicoanálisis, el instrumento privilegiado para ello lo constituía la palabra.

Esta técnica, florecida en otras latitudes, no acababa de adaptarse a nuestro suelo. En el recorrido del nivel emocional-existencial a la comprensión de la realidad para su eventual modificación, el acento estaba puesto en lo verbal. Sin embargo, la palabra no parecía tener para nosotras un peso decisivo. Acostumbradas, como casi todos los latinos, al uso poco cauto de la expresión, la mayoría se mostraban muy capaces de una catarsis sentimental, sin que ello las comprometiera posteriormente.

Claro está, tampoco había demasiadas posibilidades para concretar acciones colectivas, lo cual llevaba a una suerte de queja constante. Al no haber respuestas absolutas sino una generación de convicciones de acuerdo al grado de autoconciencia de cada cual —también de valentía— la posibilidad de acciones conjuntas disminuía considerablemente, excepto en relación a unos puntos específicos. En el contexto en que nos desenvolvíamos, esos puntos, por otra parte, no podían ser más que mínimos.

El feminismo se genera en el seno del patriarcado, de cuyo umbral de tolerancia depende para desarrollarse. Y ese umbral se había vuelto muy angosto. Al acrecentarse los riesgos en el exterior, la concienciación quedaba trabada en la revisión de esquemas anteriores, sin posibilidad de lanzarse hacia el futuro. Nos quedábamos en los errores, sin el ensayo de transformación. Teníamos múltiples proyectos y pocas fuerzas para llevarlos a cabo. Sin olvidar que muchas mujeres, acostumbradas

a percibir el mundo a través de la mediación masculina, encontraban difícil comprometerse con ideas y acciones producidas exclusivamente por sus congéneres. Las "cosas de mujeres" no tienen gran valor ni siquiera para otras mujeres. En consecuencia, preferían dedicarse a instituciones que, a sus ojos, estuvieran legitimadas por la presencia del varón.

Por ende, la incorporación de nuevas mujeres no se hacía dentro de un panorama de conquistas significativas o conocimientos previos. Esto nos obligaba a repetir las mismas frases, a disipar las mismas dudas e interrogantes, a tropezar con los mismos prejuicios. Era un permanente recomenzar que nos agotaba la paciencia y las energías, produciendo algunos abandonos.

Asimismo, a ese desgranamiento se sumó también el de quienes retrocedían al asomarse al abismo interior y ver allí reflejado el peso íntegro de la historia que nos inferiorizaba. Preferían correr un velo de negación antes que enfrentarse con el enemigo que moraba en ellas mismas.

"Se ha llegado a la convicción —dicen las conclusiones de una concienciación— de que a todas nos afectan las deserciones, pero que ésta es una realidad que debemos afrontar, dado que ser integrante de un movimiento como el feminista es estar a la vanguardia de un cúmulo de ideas que chocan con nuestro medio. El análisis efectuado de las causas de las deserciones dice que las mujeres se van por la imposibilidad física de llevar su vida en el mundo y ser parte de UFA. La deserción personal es no admitir las últimas consecuencias del feminismo y no estar decididas a vivirlas".

Un país con escaso desarrollo de las instituciones intermedias, poco habituado a trabajos colectivos, no podía dejar de incidir en nuestra propia acción grupal. Además, el cuestionamiento del poder y el liderazgo nos

llevaba a una horizontalidad que conspiraba contra la toma de decisiones. A fuer de sinceridad, no fueron estos factores menores en la especie de parálisis que nos sobrevino en nuestra evolución pública.

Tampoco fue ajeno el temor a la crítica de nuestras compañeras. Existía una sensibilidad muy especial para ver en la otra conductas inapropiadas —tal vez como herencia trasfigurada de la rivalidad entre mujeres. A pesar del cuidado que poníamos, con más frecuencia que no, nuestra conducta era censurada sin recibir la merced del perdón.

En el sentido de los enfrentamientos, la marea de partidismo que nos circundaba no dejó de golpear fuertemente en el interior del grupo: reprodujimos viejos antagonismos tradicionales e inventamos otros. Los análisis tomaban cada vez menos a la mujer como eje y se desplazaban hacia esquemas de clase.

Era inevitable que este clima interno, que ya no era el de la alegría del encuentro, hiciera cundir el desánimo y obligara a replantearse posiciones. ¿Cuál sería el mejor rumbo a tomar? ¿Profundizar la introspección y el autoexamen, contra viento y marea? ¿Concentrarse en problemas concretos? ¿Dar una mayor articulación teórica al feminismo?

Delimitábamos con lucidez los escollos con que habíamos tropezado: cómo manejar a nivel masivo una teoría intimista sin traicionarla; cómo articular un reclutamiento permanente paralelo a la profundización de la conciencia; cómo evitar la jerarquización y, por ende, el calco de estructuras de poder sin paralizarnos; cómo reunir sin dogmatizar. Y también vimos el peligro exterior: la distorsión de los avances que pudiéramos lograr, las reformas parciales vueltas por el patriarcado contranostros mismas.

Por el momento, no teníamos respuestas. Tuvimos la certeza de que se acercaba el final de una etapa. Sobre todo porque criterios irreconciliables respecto al pago del alquiler nos había dejado sin local. La alternativa, las

reuniones en casas privadas, causaban enormes molestias de todo tipo al perderse la neutralidad de un ámbito común. Sin un lugar físico estable, sin recursos económicos, se tornaba más que problemático cualquier nucleamiento.

“Aunque sin especificar nombres, se considera que un tercio de las que actúan en UFA van a continuar y que no se perderá la idea feminista. Es la aceptación del feminismo como idea, dándole crédito al feminismo aunque cualquiera de nosotras cambie o falle. La conciencia grupal está evidenciada en el sentirse parte de una idea y en que parte de una va a continuar”.

Este testimonio de UFA del 4 de setiembre de 1973 fue profético: la llama encendida no habría de apagarse.

CAPÍTULO III

EL GENERO MUJER

Los cimientos de UFA eran sólidos. El tiempo y la actuación de sus antiguas integrantes confirmarían que esa labor —que en algún momento pensamos lanzada a los vientos de la incompreensión— hubo de germinar en múltiples sentidos.

Tanto para las que se fueron a fines de 1973 como para quienes se quedaron, UFA se constituyó en un hito insoslayable. Y, sin exageraciones, también lo fue para la sociedad argentina, como habrían de demostrarlo los veinte años transcurridos desde entonces.

Las que se quedaron fueron, sobre todo, las integrantes de reciente adhesión. Deslumbradas por el horizonte que el feminismo abre, creyeron que la falta había sido nuestra si no habíamos llegado a vastas masas populares, si el mundo no se había transformado. Pensaron también que no habíamos captado las particularidades latinoamericanas sino que habíamos trabajado sobre esquemas extranjerizantes. Querían rescatar la tradición feminista sin darse cuenta que habíamos contribuido a formar esa tradición. De todos modos, sobre la plataforma teórica que habíamos construido, se lanzaron a un puñado de acciones públicas sin mayores consecuencias, hasta que

el advenimiento de la dictadura militar produjo la extinción de UFA en 1976.

De las que partieron en 1973 hubo quienes lo hicieron, lleno el corazón de agradecimiento por la hermandad que habían percibido, por la claridad que iluminó sus vidas, a tratar de conciliar el mundo que podría ser con la realidad de lo que era.

Otras, habiendo adquirido una mayor afirmación de sí mismas, cobraron el impulso suficiente para abocarse a realizaciones personales. La tarea grupal es dura, áspera, sin reconocimientos exteriores, anónima. Y el desarrollo personal suele ir más veloz que el de un conjunto. Por ello, en busca de la retroalimentación que implica el juicio ajeno, se dedicaron a expandir su fantasía y su creatividad bajo diversas formas.

Pero el tránsito por UFA no fue vano: todas las acciones de uno u otro modo llevaron la impronta del punto de vista del feminismo. Como quiere la parábola Zen, antes de la concienciación los árboles son árboles y los ríos, ríos. Durante el período de concienciación los árboles son ríos y los ríos, árboles. Más tarde, tal vez no haya más remedio que admitir que los árboles son árboles y los ríos, ríos, pero su percepción será diferente porque habremos aprendido que llamar árboles a los árboles y ríos a los ríos no es más que una convención que puede modificarse.

Unas pocas nos retiramos de UFA porque sentíamos que era imprescindible profundizar la elaboración teórica. Habíamos visto en el proceso de concienciación que, entre el testimonio personal y la extracción de una raíz común de la primera etapa, y el posible cambio y su reversión en cada conducta personal se extendía un hiato, una laguna que pedía ser completada.

En ese territorio se filtraban las dudas respecto a la prioridad de una lucha de clases para una efectiva eman-

cipación de la mujer. A pesar de las especulaciones de Bachofen, de Alejandra Kollontai e incluso, parcialmente, del mismo Marx; a pesar de la condición de la mujer en los países socialistas, se hacía depender —sin análisis particularizados— la autonomía femenina de una revolución clasista. Pero los esquemas teóricos que servían para describir las formas de postergación femenina dentro de ciertos enmarcamientos socioeconómicos, demostraban perder validez cuando se pretendía utilizarlos para una aprehensión global del problema —psicología incluida.

La mujer no es una clase, ni una raza, ni una casta. No es un grupo minoritario o explotado opuesto a otro mayoritario y explotador. La mujer no tiene un adversario físico declarado porque ama y convive con quien la posterga y la oprime y, a la vez, contradictoriamente, la idolatra. ¿Cómo encuadrar este problema de la mujer que, según Freud, es un enigma?

El primer paso, entonces, era plantear correctamente la cuestión, indagando qué había ocurrido a lo largo de la historia con las mujeres. Si se descubría un relegamiento permanente, indagar cómo se reflejaba éste actualmente, cómo condicionaba el estar y el ser de la mujer en el mundo. Y, por supuesto, el último paso consistiría en averiguar cómo cambiar las condiciones que fueran negativas.

Mascullé yo, a solas, estas inquietudes durante más o menos dos años. Me preocupaba, sobre todo, cómo articular la conciencia adquirida en UFA con la realidad que vivíamos. Y también, cómo sería un mundo probable donde existiera el respeto a la igualdad en la diferencia.

Cierta tarde, a fines de un verano melancólico, llegó a mi puerta Sara Torres. Sara Torres había estado en UFA desde los inicios. Luego formó parte del "Grupo de Política Sexual", compuesto por varias agrupaciones y personas independientes y UFA, a poco de producirse en ésta

el éxodo interno. Más tarde se contó entre las componentes de la campaña por la derogación del decreto-ley del 28 de febrero de 1974, por el cual se prohibía la difusión, información y venta de anticonceptivos. Después se unió a la Coordinadora para el Congreso del Año Internacional de la Mujer (1975).

Sara Torres se había movido como el mercurio, atenta a cualquier indicio de ascua reivindicatoria. Y siguió haciéndolo en los difíciles tiempos que corrieron entre 1976 y 1983. Sara siguió alentando, promoviendo, relacionando. Nunca faltó su colaboración para que brotara un grupo o no se perdiera el entusiasmo. Aún hoy, Sara Torres sigue en la vanguardia, ocupando un lugar insustituible.

Como a muchas otras a quienes fue a buscar en su exilio individualista, Sara vino a verme en el '76 con la propuesta de que escribiera un libro. Me aseguró que debía ser yo quien encarara la tarea de una elaboración teórica. Me prestó libros, me estimuló la curiosidad. Sin afirmar nada, continué dándole vueltas a las preguntas que me venían acompañando. Tardaría casi otro año más antes de abocarme de lleno a buscar las respuestas a esos interrogantes. A esta decisión no le fue extraño el apoyo de dos amigas entrañables: María Enriqueta MacLean y María Luisa Bemberg.

El desarrollo del proyecto

La primera etapa consistió en repasar lo último que se había escrito sobre la mujer. Luego vendría el ordenar. Ordenar los datos históricos que teníamos —y sumarles los que no teníamos—; ordenar lo que las ciencias —antropología, psicología, biología— podrían aportarnos. En

tercer lugar, habría que elaborar todo ese material y deducir las constantes que hubiera. Por último, habría que trazar probables desarrollos. El plan se movía entre una historia de la mujer y una estrategia para las mujeres.

Resuelta la metodología del proyecto, comencé. Fuera de la producción masculina, que repetía en diversos tonos los mismos juicios de siempre sobre el sexo femenino, se destacaba un puñado de escritos, salidos de la pluma de mujeres, cuyo estudio habíamos emprendido en UFA.

Ante todo, *Un cuarto propio*, publicado en fecha tan temprana como 1928. En esta obra de Virginia Woolf, mediante sutiles comparaciones, se establece la hipótesis de que hubiera sido imposible que Shakespeare hubiese desarrollado su talento de haber sido mujer. En principio, porque no hubiese gozado de un cuarto propio.

Tener un ámbito propio significa disfrutar de privacidad dentro de lo doméstico. Carecer de él es vivir la paradoja de lo privado sin privacidad. Pero llegar a ser dueña de un cuarto implica tener dinero, independencia, autonomía —algo de lo que carecían tanto las señoras de los tiempos isabelinos como muchas actuales.

En la prosa de una gran escritora, con precisos toques de humor, *Un cuarto propio* —como otras producciones de Virginia Woolf, por ejemplo, *Tres guineas*— presenta las limitaciones que aquejan a la creadora tanto como a la mujer corriente.

En 1949 se publicó en Francia el estudio más completo y detallado que se hubiera hecho de la condición femenina: *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir.

Sin embargo, una falla estructural malogra la ambición de la empresa. Desde su título mismo, las cosas están planteadas con un tácito reconocimiento a la existencia de un sexo hegemónico, que da sentido y legitima: el masculino. Por otra parte, define a las mujeres, no

como personas integrales sino desde aquello que les ha sido siempre escamoteado: lo sexual. La sospecha que suscita el título se confirma a lo largo del libro: mediante los instrumentos que le pide prestado al materialismo dialéctico, Simone de Beauvoir encierra a la mujer, vía su alteridad, en un determinismo biológico que le ha sido letal, en múltiples sentidos, a lo largo de la historia.

Deudora de Briffault y Helen Deutsch tanto como de Bachofen y Alejandra Kollontai, la impresión general que da su libro es que vacila constantemente en llevar hasta las últimas consecuencias sus propios planteos, restringiendo el alcance de sus análisis. El resultado es que se detiene cada vez que está por efectuar una crítica de fondo a los valores sempiternos del patriarcado. Vale decir, cuando está por adentrarse en el reconocimiento de la mujer como sujeto único, retrocede hasta volver a rescatar la complementariedad varón-mujer, poco acorde con su profesado existencialismo.

No obstante, la extensión de sus reflexiones, la sutileza de sus observaciones y la sagacidad de muchos de sus conceptos, expresados en fórmulas lapidarias que fueron infinitamente citadas, abrieron una brecha de importancia en los enfoques misóginos tradicionales.

El mismo año que el anterior, 1949, vio la luz la obra de Margaret Mead, *Male and female*. Esta obra tiene la ventaja de aportar un trabajo de campo de primera mano. A través de los datos de la antropología demuestra cuán poco influye lo biológico y cuánto lo cultural en las cualidades que se creen innatas de cada sexo.

En la parte del libro dedicada a la cultura norteamericana pone asimismo de manifiesto la importancia de lo educativo en la conformación de estereotipos sexuales. En la actualidad, esa codificación clausura a la mujer en el confinamiento de una célula familiar restringida al marido y a los hijos. Lo cual cercena sus potencialidades. El desarrollo de esas potencialidades en ambos sexos cons-

tituye precisamente la preocupación que origina las críticas que la antropóloga le dirige a la sociedad contemporánea.

Betty Friedan, en *La mística de la femineidad*, retoma esos planteos quince años después. Sobre la base de las respuestas a un cuestionario enviado a doscientas ex compañeras del Smith College, Friedan da credenciales al "problema que no tiene nombre". Ubica a éste como el esfuerzo de conciliación entre una identidad femenina y el estereotipo que la contradice. "Había una extraña separación entre la realidad de nuestra vida de mujeres y la imagen a la que tratábamos de conformarnos, esa imagen que terminé por llamar la de «mujer mistificada»", dice Friedan en su libro. Como Laing, concluye que el yo dividido a que fuerza la sociedad conduce a un estado esquizoide.

Sexual Politics, de Kate Millet —aparecido en 1970—, es el primero de una trilogía fundamental de libros feministas que echarían las bases de la nueva ola de feminismo.

En *Sexual Politics*, Kate Millet se apoya en la izquierda freudiana para dejar de lado marxismo y freudismo y preguntarse si puede considerarse la relación entre los sexos desde un prisma político. Frontalmente se responde que si "se considera el término político como una relación de poderes estructurados en los que unas personas son controladas por otras, la afirmación es evidente". El sexo, entonces, más que una categoría biológica es "un *status* con implicancias políticas". Dicho *status* hace que se distribuyan la inteligencia, la fuerza, la eficacia, como atributos masculinos y la ignorancia, la docilidad, la "virtud", la ineficacia, como atributos de la mujer.

Vale decir, forma parte constitutiva del patriarcado el condicionamiento ideológico que diferencia conductas y papeles de acuerdo al sexo. Tales roles se aprenden en el proceso de socialización, cuyos orígenes conjeturales "se frustran siempre por falta de evidencias".

La solución que Kate Millet propone a la opresión de los principios patriarcales consiste en una revolución sexual que terminaría con el patriarcalismo al abolir la ideología de la superioridad masculina. Ni esa revolución, ni los fundamentos de la teoría que sostiene, aparecen desarrollados a lo largo del libro.

La obra de Kate Millet tuvo una resonancia inmediata, comparándose la importancia de *Sexual Politics* para el feminismo con la de *El capital* para el marxismo.

No tan buena fortuna tuvo *The Dialectic of Sex*, publicado cuatro meses después del libro de Kate Millet.

A diferencia de Millet, para quien el freudismo era una fuerza disolutiva, Shulamith Firestone lo rescata considerándolo "de la misma sustancia" que el feminismo, sólo que éste se propone curar lo que aquél diagnostica. Sin perder de vista el hallazgo freudiano de la sexualidad como fuerza vital primera que, al organizarse en la infancia, determina el psiquismo del individuo, Firestone intentará "elaborar una concepción materialista de la historia fundándola en el sexo mismo". Esto es, reconoce la validez del método dialéctico y materialista, que ubica la historia en una perspectiva móvil, alejada de los enfoques metafísicos, pero desdeña su aplicación, limitada a la faz económica.

Para Shulamith Firestone, una utilización correcta del método llevará, tras el período transitorio de la etapa socialista, a un tiempo caracterizado por la autodeterminación —desaparición de clases y estados— y la plena libertad sexual —desaparición de las distinciones de sexo, edad y raza y de las deformaciones psicológicas debidas

a la estructura de poder. De este modo desaparecería la "cultura" conocida, transformándose en real lo concebible.

Shulamith Firestone reconoce en la dialéctica del poder sexual establecida una base biológica, aun cuando, consecuentemente con su teoría, ésta no basta para explicar el devenir histórico, ya que no necesariamente el valor "natural" adviene valor humano.

Así como la obra de Kate Millet es una larga mirada hacia atrás que llega hasta el momento actual, la de Shulamith Firestone es un vislumbre esperanzado de las tinieblas del futuro, basado en el presente.

A diferencia de *Sexual Politics* y *The Dialectic of Sex*, *Sisterhood is Powerful* no es una obra individual sino la magnífica conjunción de un colectivo de mujeres, coordinado por Robin Morgan.

Comienza con una perspectiva histórica que liga la lucha actual de las mujeres a otras similares del pasado. Luego sigue una primera parte que, después de "hacer conocer al enemigo" mediante citas sexistas, señala la importancia general y estremecedora de someter a un "grupo minoritario" que es nada menos que el 51 por ciento de la humanidad. Tras ello, cinco testimonios personales dan cuenta de la opresión en el matrimonio, la carrera médica, la publicidad, la televisión, la armada, el periodismo. El periplo continúa con observaciones y comentarios sobre el "proletariado de las secretarías", las universitarias, las mujeres inscriptas en la ayuda social y en las fábricas, para cerrarse con las posiciones de la Iglesia Católica y la ley respecto al sexo femenino.

La segunda parte del *Sisterhood* encara el tema de la "mujer invisible", esto es, los vehículos de que se vale la represión psicológica y sexual. En la tercera parte se refleja el "cambio de conciencia" desde el enfoque de la mujer negra y la chicana, la estudiante y la mujer china. La cuarta parte toma grandes fragmentos de la realidad

y aplica sobre ellos un bagaje crítico del que emerge una nueva ideología. La quinta parte, "La mano que mueve la roca" —que originalmente debía ser el título del libro—, se divide en dos secciones: una que contiene catorce poemas de valor muy desigual, y la segunda, que reúne documentos históricos —manifiestos y declaraciones de los grupos más representativos del movimiento. Por último, en el "Apéndice" se incluye una serie de bibliografías, listas de filmes, de grupos y noticias sobre las colaboradoras.

En los "Reconocimientos" de esta obra publicada en 1970, Robin Morgan le agradece su cooperación y falta de rivalidad a las autoras de los trabajos así como la de todas aquéllas que hicieron posible la aparición de esta obra estupenda.

Junto con los libros anteriores, repasé un centenar de escritos de menor envergadura, además de las declaraciones, manifiestos, peticiones, de los grupos que jalnaron un siglo y medio de feminismo. Mi estudio de la producción feminista arrojó el saldo de una crítica orientadora. Sin embargo, había que responder algunos interrogantes: ¿Por qué se adscribió una escala de valores siempre perjudicial para la mujer a las diferencias biológicas? ¿Por qué hubo de aislarse las diferencias sexuales, que después de todo no son sino una parte ínfima del patrimonio genético humano, convirtiéndolas en símbolo de la totalidad del individuo? ¿Cómo clasificar a las mujeres a lo largo de la historia? ¿Qué sería un proyecto alternativo que se compatibilizara con la realidad actual? ¿Cuál sería la estrategia a seguir?

En procura de ratificar o corregir los aportes feministas, volví a recorrer los ensayos masculinos sobre la mujer.

Desde los primeros testimonios literario-religiosos, desde la *Epopéya de Gilgamesh* y el *Libro de los muertos*

egipcio, ya aparecen regularizadas las limitaciones y los alcances que la biología supuestamente le impone al sexo femenino.

La literatura tanto como los códigos religiosos y legales adoptan hacia la mujer una misma actitud de falta de estimación, miedo y condena. "La fuente del deshonor es la mujer; la fuente de la lucha es la mujer; la fuente de la existencia humana es la mujer. Evítad, pues, a la mujer", señala el Código de Manú que le reprocha, claramente, la capacidad de dar a luz —reproche reiterado, envidia que se reiterará a lo largo de los siglos.

Más tarde, el ámbito judeo-greco-latino continuará la sistemática desvalorización de la mujer. Su sexualidad —misteriosa para el varón—, su capacidad para engendrar, se convierten en faltas imperdonables a los ojos masculinos. En consecuencia, el área de posibilidades femeninas se fue restringiendo cada vez más a través de normativas impuestas desde los puestos de poder patriarcales. El mandato de San Pablo de que las mujeres callaran en la iglesia, se extendió hasta conseguir silenciarlas casi por completo.

Las voces masculinas, en cambio, surgían en todos los frentes, orquestando un coro que, de grado o por fuerza, procuraba limitarlas a la subalternidad. No es extraño, entonces, que la mayoría de las mujeres acabaran por internalizar ese punto de vista y se creyeran despreciables o inferiores.

Habrà que esperar hasta la Ilustración, cuando se abre paso un concepto distinto sobre educación, para que comenzara a perfilarse una nueva corriente de opinión, favorable a la mujer. De todos modos, los datos históricos de la vida cotidiana siguen mostrando un círculo de encierro, de inferiorizaciones y desprecios.

Porque, que hombres esclarecidos hubieran tomado la defensa de la mujer, no significó que allí acabaran las amarguras ni que la misoginia se hubiera batido en retirada. Por el contrario, ante los avances sociales, la miso-

ginia se escondió tras formas más sutiles, más elaboradas, más adecuadas a la edad de la razón. Una de ellas fue la "feminolatría", el culto exagerado a la amada, la madre o la virgen.

Con toda buena fe, se exalta a la mujer-flor —como Comte—, al ángel del hogar —como Michelet. Obviamente, las mujeres de carne y hueso no podían estar nunca a la altura de esos ideales. Si bien esto aliviaba en cierto sentido su situación en cuanto se las glorificaba, por otra parte también constituía una buena excusa para amonestarlas. Sacudidas entre ser elevadas a un pedestal como diosas lejanas o ser tratadas como esclavas, las mujeres no lograban ser reconocidas como personas.

Si se ponen distintas informaciones una al lado de la otra, esta disposición suele arrojar una suma diferente a la de sus partes unidas. Así, la hermenéutica de los datos con que contaba al comenzar la historia de la mujer empezó a arrojar un extraño destilado.

La mujer no era una raza, ni una casta, ni una clase, ni una religión. Tampoco un grupo. Su problema no podía asimilarse a ningún otro: ni al de los judíos, ni al de los negros —como lo hiciera el sueco Gunnar Myrdal—, ni al de ninguna minoría étnica, religiosa, política. Cada coyuntura histórica hubo de proyectar sus condicionamientos propios dentro de una constante de subordinación. De tal modo, la opresión toma una forma específica en una comunidad primitiva, muy distinta a la que puede encontrarse en el régimen capitalista que abre la Revolución Industrial y que continúa hasta nuestros días. No obstante, en aquella y en las sociedades contemporáneas, se repiten ciertas coordenadas.

En primer lugar, la mujer como alteridad del varón, como ausencia de un sujeto capaz de interpretaciones propias respecto a sus signos —y a los que otros emiten.

La mujer queda entonces, respecto al varón, en una relación de espejo. Desgraciadamente, de un espejo deformante, acordado al modelo de las necesidades masculinas, donde lo femenino como tal se mantiene en una zona de invisibilidad.

En consecuencia, es vista como una criatura a medio camino entre la naturaleza y el espíritu masculino, que funciona como dador de sentido. Dentro de ese esquema, el poder hubo de estar siempre en manos masculinas: si religioso, el sacerdote es varón; si educativo, el pedagogo es varón; si curativo, el sanador —brujo o cirujano— es varón; si gubernativo, el conductor es varón; si económico, el dinero lo tendrá el varón. Por cierto que hubo excepciones, pero confirmaron la regla al ser observadas muy de cerca.

En esta asimetría del poder —y, consiguientemente, del lugar que cada sexo ocupaba en el mundo— se hipertrofió el sentido de pertenencia biológica de la mujer.

Ser hembra, engendrar hijos y criarlos, conspiró para ser una persona, una mujer. De este modo, el varón se quedó con su potencia generadora, más el dominio directo del otro sexo, más el manejo de las instituciones, imprimiéndole su sello exclusivo también a los productos culturales.

La ecuación resulta clara: la conquista de lo genérico humano se hizo en base a la acumulación de atributos masculinos, sin que quedara lugar para la especificidad femenina. Ser macho biológico constituye sólo el principio de un largo ascenso hasta llegar a la cima del género. Y exactamente esto es lo que le fue negado, hurtado, prohibido a la mujer: recorrer la distancia entre su sexo y su género.

Su género se constituyó en el secundario, el de la negación, el reverso del anverso masculino. Su género nunca fue complementario sino en la medida que sirvió de base para que el varón, trepándose allí, se lanzara a la cúspide de su perpetuación. En contraposición, lo auténticamente femenino, el desarrollo de las potencialidades

de la persona mujer, no forma parte de lo humano general, permaneciendo en una zona atemporal, descalificada e invisible. Nosotras hubimos de ser el silencio contra el que se recortó la palabra histórica masculina.

A partir de esa hipótesis, estaba claro el eje alrededor del cual giraría mi trabajo, ya que la mujer no es una casta, ni un grupo, ni una clase, su ser-estar en el mundo sólo podía definirse desde la categoría política de género. Género al que me resistí agregarle "femenino" porque esta adjetivación era reductora, impregnada como estaba de sexismo. Preferí correr riesgos gramaticales, buscando atraer la atención sobre su condición integral y uní dos sustantivos: género mujer.

Desarrollé entonces el tema de cómo se fueron interrelacionando los géneros entre sí y respecto a lo humano general. Desde los mitos de la Gran Madre hasta las modernas teorías psicológicas, desde la forja de los códigos legislativos hasta algunos de los últimos aportes de la sexología, el género mujer aparece en un escorzo reflejo. Sobre esa estructura de poder donde queda eludida la otra-mujer, el varón se erige como sujeto político-histórico hegemónico. Esa estructura disimétrica servirá de modelo para todas las dialécticas fragmentarias posteriores —incluso las de clase.

Sin embargo, *El género mujer* no debía concluir en la desesperanza. Por ello, después de recorrer la elipse del género a lo largo de las edades y a lo ancho del mundo y las instituciones, rescaté a quienes nos precedieron en conseguir estatura humana trascendente. En base a sus aportes, propuse formas alternativas para que el género varón reconociera al yo femenino como sujeto, y juntos resucitaran en una humanidad mejor.

Si bien para ello el varón ha de renunciar a muchos privilegios, la tarea fundamental le corresponde a la mujer. Es ella quien ha de despojarse, de vaciarse en lo

posible de los conceptos hechos sobre su femineidad y ser fiel a la elaboración de su identidad. Ha de partir de la diferencia —desde la real diferencia, no de la impuesta por los roles sociales— y, desde allí, llegar a que se la reconozca como igual. El trato entre los sexos se convertirá así en un diálogo de re-definiciones, de inter-refracciones infinitas, rico y audaz.

Como el movimiento se demuestra andando, no quise que mi obra siguiera los parámetros con que nos han dicho que debemos pensar, ni tampoco las que se consideran vías prestigiadas. Como Elaine Morgan en *Eva al desnudo*, entendía que hasta la ciencia puede tratarse con picardía y humor, que la objetividad no está reñida con la poesía.

Escribí entonces atenta a la verosimilitud histórica, pero sin apartarme de mis percepciones del tiempo —más cíclico que lineal— ni de mi ordenación del espacio.

Me atuve a mi distancia, no a la convencional, para el tratamiento de los temas y organicé las frases no sólo siguiendo el contenido del discurso sino tratando de imprimirle el tono con que lo sentía. Así pasé, quizá hasta en un mismo párrafo, del estilo estrictamente informativo al poético, o al rasgo piadoso o humorístico. Retrocedía permanentemente ante la sola posibilidad de mantener la solemnidad del burro grave con que se han escrito la mayoría de los ensayos o el lirismo jadeante que caracteriza a cierta producción femenina.

En cuanto a los diversos asuntos que componen el libro, procuré tratarlos desde varios ángulos. Preferí el rodeo, el regresar una y otra vez a un mismo punto antes que la continuidad uni-direccional. Asimismo, quise dejar las puertas abiertas para toda probable modificación.

A mediados de 1981, casi cinco años después de comenzado, *El género mujer* estuvo listo para la imprenta. La Editorial de Belgrano lo publicó en el último tercio del año siguiente.

CAPÍTULO IV

ACCIONES Y REACCIONES

El telón de fondo que me acompañó a lo largo de la redacción de *El género mujer* fue una espesa cortina de oscuridad social. Ya había comenzado a insinuarse a fines del '74 con las fuerzas parapoliciales de la "Triple A". Sin embargo, no sería sino con el golpe militar de marzo de 1976 que la noche del terror se apoderó de nosotros.

Se suspendieron las libertades individuales. Cesó toda actividad relacionada con las expresiones espontáneas. Comenzaron las detenciones. El aire se cargó de sospecha. Se quemaron libros y papeles porque cualquiera, por inocente que fuera, podía resultar comprometedor¹. Se

¹ Tengo al respecto una anécdota personal que ilustra sobre la mezcla de mala fe, ignorancia y terror que nos acosaba. También, de malentendidos kafkianos. Mi editor llevó a la "Feria del Libro" de 1977 los ejemplares de mi traducción del *Bhagavad Gita*. Para una mejor comprensión de este clásico de la literatura religiosa hindú, iba precedido de una "Introducción" de Aldous Huxley y otra mía. Este magnífico poema, cuya antigüedad oscila entre 2.200 y 2.400 años, ha sido reiteradamente comparado al *Sermón de la montaña* por la profundidad espiritual de sus enseñanzas. Sin embargo, este diálogo entre Arjuna, el prin-

efectuaban requisas y allanamientos. Se sucedían las desapariciones.

Muchas mujeres, alarmadas por la gravedad de las circunstancias, eligieron seguir a su compañero, a su hijo, a su hermano, al exilio. Con miedo en el corazón, aunque sin militancia política, otras nos quedamos, extranjeras en nuestro propio país.

Dentro de las limitaciones que la situación imponía, algunas de las componentes del viejo grupo de UFA continuamos con esporádicos contactos. Casi sin libertad para reunirnos en grupo en razón de la estricta vigencia del estado de sitio, carentes de recursos financieros, soñábamos con la reconstrucción futura del feminismo, y para ello nos preparábamos.

Una acción individual

1979. Un artículo periodístico galvaniza a la opinión pública. Se titula "Desventuras en el País-Jardín-de-Infantes" y lleva la firma de María Elena Walsh. Cito algunas de sus frases:

"Hace tiempo que somos como niños y no podemos decir lo que pensamos o imaginamos".

"Sí, la firmante se preocupó por la infancia, pero jamás pensó que iba a vivir en un País-Jardín-de-Infantes".

cipe pandava, y el dios Krishna, en la persona de un auriga, resultó sospechoso a los ojos del censor de turno. Se prohibió inmediatamente su exhibición en la "Feria". Procuramos averiguar las causas. Nos enteramos entonces que, por el nombre de Krishna, se había confundido este evangelio de la no violencia con un texto de la secta "Hare Krishna", la cual poco tiempo antes había sido prohibida por un decreto de la Junta Militar.

"...el catonismo oficial favorece —como la humedad a los hongos— la proliferación de meritorios y culposos. Unos recortan y otros se achican".

"Creo necesario aunque obvio advertir que en las democracias donde la libertad de expresión es absoluta, la comunidad no es más viciosa ni la familia está más mutilada ni la juventud más corrompida que bajo los regímenes de exagerado paternalismo".

Más adelante, después de reclamar que se nos dejara crecer, se desesperaba así:

"Nosotros, pobres niños, a qué justicia apelaremos para desenmascarar a nuestros encapuchados y fascistas espontáneos, para desbaratar listas que vienen de arriba, de abajo y del medio, para derogar fantasmales reglamentos dictados quizás por ignorancia o exceso de celo de sacristanes más papistas que el Papa. Sólo podemos expresar nuestra impotencia, nuestra santa furia, como los chicos: pateando y llorando sin que nadie nos haga caso".

Una mujer arriesga su reputación, sus bienes, su libertad, y rompe el círculo de miedo, sin saber si alguien más la acompañará. El acto es heroico.

Y, contrariamente a lo que piensa su autora, la reacción es inmediata. Se habla de la nota, se la cita, pasa de mano en mano en hojas mimeografiadas. Sale del país llevando al exterior la fuerza de una voz que no calla. La de quien alimentó la imaginación de generaciones de niños con sus canciones; la de una juglar que hizo que los argentinos meditaran con su crítica social. Una voz de poeta, la voz de una feminista de todas las horas que, con la potencia de su verdad, enfrentó a un régimen. Una acción individual que, sólo con la palabra, hará que ese régimen afloje las cadenas con que aherrojaba al cuerpo social.

Las acciones feministas

En 1979, entre los escasos sucesos sobre la mujer que se filtran en los diarios, se publica una noticia referente a que se ha despedido a una empleada del Poder Judicial de Mendoza por ser madre soltera. El teléfono suena en mi casa y oigo la indignación antes que la voz de María Luisa Bemberg. —¿Leímos lo mismo? —Sí, no hay duda, se trata de un despido discriminatorio. —¿Cómo, se ensalza a la maternidad, nos atosigan con que ser madres es nuestro destino, y luego se despide a una mujer por elegir la maternidad? —¿Sólo se permite ser madre dentro del matrimonio?

Decidimos entonces hacer nuestra la causa de esa empleada que tuvo la valentía de elegir la vida. Redactamos una nota de protesta y solidaridad. En menos de una tarde conseguimos la adhesión de cincuenta mujeres de prestigio reconocido en los distintos ámbitos de la cultura. Y luego vinieron otras, muchas más que querían expresarse en contra de una flagrante injusticia. Desde el periodismo, con empuje e inteligencia, Pinky puso los micrófonos de la radio donde tenía sus audiciones a disposición de la campaña que se organizó.

El caso de la madre soltera de Mendoza se convirtió en un símbolo contra la discriminación sexual. Afortunadamente, en otros medios de comunicación también consiguió tener una fuerte resonancia.

El éxito cierto que obtuvimos en lograr que la opinión pública tomara conciencia de la injusticia de discriminar a una madre por ser soltera, nos alentó a emprender nuevas acciones. Se consideraron varios proyectos.

Finalmente, fue idea de Sara Torres que trabajáramos sobre la reforma del ejercicio de patria potestad.

Nuestro Código, deudor del más rancio derecho romano, otorgaba derechos y deberes al padre, en tanto a la madre sólo le cabían los deberes. Se imponía un pedido de reforma que reconociera los derechos maternos.

En pequeñas reuniones con Sara y María Elena Oddone inicialmente, con antiguas integrantes de UFA y otras nuevas mujeres con posterioridad, comenzamos a orquestar la campaña. Tomamos como base el proyecto de ley que consideramos más amplio y mejor elaborado: el de María Cristina Guzmán. Ese proyecto había sido aprobado por ambas cámaras en 1975, pero a último momento sufrió el veto de la entonces presidenta de la Nación, la señora María Estela Martínez de Perón.

En 1980 salimos a recoger firmas de adhesión. En nuestras argumentaciones nos apoyábamos en la "Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación de la mujer", de Naciones Unidas, firmada el 18 de diciembre de 1979². Para adherir a la campaña había que firmar una planilla, dar nombres y apellidos completos y número de documento. Al comienzo nos encontramos con serias resistencias; no por falta de interés sino por temor a comprometerse. Temían el destino que podría darse a esas planillas firmadas. Temían las represalias del poder por haber firmado esa adhesión. Empleamos entonces una estrategia: encabezar cada hoja con la firma de una personalidad conocida. La artimaña dio resultado: el paraguas protector de la fama ajena aflojaba tensiones y venció resquemores.

La campaña creció. Decenas, centenares, miles de firmas avalaron nuestro pedido de reforma al ejercicio de la patria potestad. Por aspiraciones de liderazgo en un contexto de absoluta horizontalidad, en medio de la campaña María Elena Oddone se aparta de nuestro trabajo conjunto, obstinado y anónimo, y comienza a desarrollar una acción paralela.

² Ratificada en 1985 por ley 23.179.

Grupos e instituciones se suman al movimiento. Los medios de comunicación recogen la inquietud. El entramado social se siente conmocionado ante la visibilidad adquirida por una discriminación tanto tiempo enterrada en los repliegues cuasi privados. Simultáneamente, con la patria potestad como punta del ovillo, diversos sectores extienden el debate al abanico completo de la problemática femenina. En este sentido, no podíamos sino sentirnos satisfechas con el éxito logrado.

Con más ingenuidad que tino, con más audacia que cordura, nos amparamos en el derecho constitucional a petitionar a las autoridades para elevar un documento reclamando la modificación del régimen de patria potestad. Dos abogadas, las doctoras MacLean y Finkelstein, fueron las encargadas de entregarlo en el Ministerio de Justicia —pedido que más adelante se reiteraría ante el Ministerio de Bienestar Social y el de Justicia.

Obviamente, no le fueron concedidos a la madre los derechos de la patria potestad. Pero el campo había quedado bien arado. La Multisectorial de la Mujer y los grupos integrados en el Movimiento Feminista la solicitaron nuevamente en 1984/85 al Poder Ejecutivo y al Legislativo. Finalmente se recogería la cosecha al ser acordada la modificación al ejercicio de patria potestad en 1985.

El Sisterhood is Global

Marysa Navarro es una española que reside en los Estados Unidos. Actualmente es profesora de Historia Latinoamericana y de Estudios Clásicos en el Dartmouth College. Marysa ama a la Argentina, vuelve periódicamente a la Argentina, reflexiona sobre nuestro país y escribe sobre

las argentinas. Desde los tiempos iniciales de UFA nos ha acompañado y sigue haciéndolo activamente hoy en día, como un cálido puente humano entre la América del Sur y la del Norte.

Fue a través de Marysa que recibí en 1981 una invitación para participar en el *Sisterhood is Global*. La redacción de este libro era una empresa ambiciosa, impar, difícil. Había que lograr que se contestaran a tiempo los cuestionarios que se enviaban a las participantes de los cuatro puntos del globo, traducir los textos que no estuvieran escritos originalmente en inglés, revisar el material de referencia de cada país, conseguir los fondos para todo ello y para su publicación. Coordinar esta tarea titánica y enciclopédica estuvo a cargo de Robin Morgan, la poeta y narradora que llevó a cabo una labor similar con el *Sisterhood is Powerful*. Simone de Beauvoir por el feminismo francés, María de Lourdes Pintasilago por Portugal, Tatiana Mamonova por la URSS, Lidia Falcón por España, "La Silenciada" —de la que nunca supe su nombre— por Cuba y Danda Prado por Brasil, fueron algunas de las representantes de los 68 países invitados —incluido, por supuesto, Estados Unidos.

El aporte de cada país estuvo precedido de un extenso estudio que comienza por las características nacionales —idioma, religión, gobierno, densidad demográfica, economía— y continúa con una "ginografía". En ésta se incluye la política oficial y las costumbres respecto al matrimonio, el divorcio, la familia, la asistencia social, la anticoncepción, la homosexualidad, la violación y otros temas relativos a la mujer. Le sigue inmediatamente una sección dedicada a la historia de las mujeres del país y se cierra con una "mitografía".

Para mí fue un honor participar en uno de los testimonios más completos sobre la mujer en el mundo actual: por su extensión, por la calidad de sus informaciones, por la seriedad de las colaboradoras pero, sobre todo, por contribuir activamente a tender sólidos lazos de unión entre la *hermandad* —la mitad de la pobla-

ción de nuestro planeta— mediante el reconocimiento de sus problemas como género.

El libro se publicó en 1984. Por desdicha, no ha sido traducido ni publicado en español, de modo que las argentinas no podemos disponer de un material de consulta más que valioso para penetrar en la realidad de la mujer en el mundo.

Los "Congresos" de DIMA

1982. El 25 de octubre inauguramos el "Primer Congreso Argentino La Mujer en el Mundo de Hoy". Su preparación había durado un año. En ese momento, dado el éxito de nuestras campañas, se me vino a la imaginación que era una circunstancias propicia para pulsar el ambiente sobre la problemática femenina.

De inmediato, Sara Rioja recogió la idea y obtuvo un sitio para efectuar un encuentro de mujeres a nivel nacional. Convocaba DIMA (Derechos Iguales para la Mujer Argentina), institución que Sara fundó en 1976 con un grupo de amigas en procura de mejorar la situación jurídica de la mujer.

El comité que tuvo a su cargo la organización del Congreso quedó constituido por Sara Rioja, María Luisa Bemberg, Susana Finkelstein y yo misma. Graciela Sikos y María Luisa Lerer se desempeñaron como coordinadoras. Sin embargo, nunca hubiéramos conseguido llevarlo a buen término de no contar con el apoyo y la colaboración de un nutrido grupo de representantes de las distintas áreas del quehacer nacional.

En dos jornadas, de más de doce horas cada una, se leyeron los trabajos presentados, se organizaron debates, mesas redondas y talleres —lo que para ese entonces era algo bastante novedoso. Presentaron ponencias más

de 300 mujeres y participaron más de 800. Las ponencias, mesas y talleres quedaron agrupados en seis conjuntos: medios de comunicación, civismo, creatividad, psicología, trabajo y política.

La excelencia de los trabajos, la claridad de los conceptos, la energía de las exposiciones cuyo referente era la mujer, no nos dejaban salir del asombro. Sabíamos que en los últimos seis, ocho años, se había trabajado subterráneamente, que las mujeres habían ido adquiriendo una mayor conciencia de sí, de sus derechos y su lugar en el mundo, pero no esperábamos que el cambio hubiera sido tan extenso y profundo.

En mayo del año siguiente repetimos la experiencia, pero con alcance latinoamericano. Este objetivo se cumplió sólo en parte, ya que quizá por apresuramiento no alcanzamos a difundirlo suficientemente como para contar también con aportes no oficiales de los países de Latinoamérica. De todos modos, sirvió para confirmar la impresión del año anterior: la problemática de la mujer se había levantado de su mortaja de ocultamiento y resurgía plena de vida y fuerza.

Entre uno y otro Congreso, en los tres primeros días de abril de 1983 realizamos las "Jornadas de la Creatividad Femenina"³. Amparadas nuevamente en la Convención de Naciones Unidas, las pusimos bajo el lema "en toda mujer hay una creadora y en toda creadora hay una mujer".

Se trataba de un encuentro con características tal vez inéditas en nuestras tierras: mujeres de todos los ám-

³ Era la concreción de un viejo sueño, que no desespere de verlo convertido en una Casa o Fundación estable.

bitos de la creación, mujeres con gusto o afición por el arte expusieron sus trabajos junto a las profesionales y, a la par, se reunieron para hablar en talleres y mesas redondas con mujeres espectadoras del arte. Intercambiaron ideas, opiniones, juicios críticos. Plantearon problemas, dudas, anhelos.

Bajo el signo de la tolerancia, un millar de artistas, estudiantes, amas de casa, empleadas y profesionales, sostuvieron un diálogo abierto que se extendió de los temas artísticos a la desigualdad de derechos y la inferiorización de la mujer. Resultó emocionante la conclusión de que era necesaria la unión y comprensión entre todas para hacer valer nuestros derechos.

En razón del rechazo que suele provocar la palabra "feminismo", pusimos gran cuidado en no mencionarla en la convocatoria para los Congresos y las Jornadas. No queríamos que un prejuicio verbal nos restara la participación de elementos valiosos. No obstante, esas iniciativas no fueron vistas como provenientes de mujeres sin filiación. Muy por el contrario, de inmediato se las consideró feministas, a punto tal que el diario *La Razón* del 3 de abril de 1983 tituló "Contra el machismo" la reseña de las "Jornadas de la Creatividad Femenina".

Un somero examen de la interpretación popular sobre los contenidos del feminismo arrojaría sin duda que toda actitud de autoafirmación, seguridad e independencia femenina es calificada de feminista. Incluso la reflexión sobre los roles tradicionales —por ligera que sea— es considerada feminista. Por eso, sólo las fuertes ofensivas lanzadas por el patriarcalismo pueden explicar el rechazo que sienten las argentinas —tan esclarecidas en otros aspectos— para autodenominarse feministas —pero ésta es una evaluación que trataremos extensamente más adelante.

En una de las "Jornadas de la Creatividad" expresó la poeta Julia Prilutzky Farny: "Es una excelente iniciativa realizar encuentros que permitan a las mujeres relacionarse con otras, intercambiar experiencias y hacer realidad el viejo ideal femenino de la igualdad con los hombres". Como decíamos en UFA, tres mujeres reunidas para hablar de sus problemas ya constituye un grupo potencialmente transformador.

DIMA había logrado reunir más de dos mil mujeres entre los congresos y las jornadas. Una parte, compuesta por quienes volvían del exilio. Otra, por las que se habían quedado en el país, trabajando silenciosamente. Todas, con el asombro de que hubiera un Congreso sobre la mujer después de más de cuarenta años. Las experiencias fueron por demás enriquecedoras. Nos permitió conocernos, intercambiar puntos de vista, trazar proyectos y, sobre todo, comprobar cuánto se había hecho desde el período constitucional 1973-76.

La cosecha de casi una década

1975 fue el Año Internacional de la Mujer. En nuestro país se crea al efecto una Coordinadora que, a poco de andar, se fracciona. La razón es la imposibilidad de incluir reivindicaciones feministas en las comisiones de igualdad, desarrollo y paz.

Uno de los sectores lo componen UFA, MLF (Movimiento de Liberación Femenina), ALMA (Agrupación para la Liberación de la Mujer Argentina, creado el año anterior), AMS (Asociación de Mujeres Socialistas, fundada ese mismo año) y mujeres independientes. Se forma

el Frente de Lucha de la Mujer. Aunque de corta duración, el Frente tuvo la virtud de crear un precedente de trabajo conjunto.

El otro sector de la Coordinadora —liderado por mujeres del sector político— concreta el 25 de agosto el Congreso del Año Internacional de la Mujer, auspiciado por Naciones Unidas. En un episodio lamentable, a las feministas se les prohíbe la entrada al Congreso.

Sin embargo, las afiliadas a partidos políticos ya habían comenzado a tomar conciencia de que sufrían discriminaciones dentro de sus partidos en cuanto mujeres.

Comenzaron entonces a reunirse entre ellas, a descubrir su situación especial. Estos planteos encontraron la resistencia de varones y mujeres que insertaban la lucha feminista dentro del cuadro general de la situación de clases.

Los resultados de la toma de conciencia femenina no se hicieron esperar. En 1974 se crea el MOFEP (Movimiento Feminista Popular), como desprendimiento del FIP (Frente de Izquierda Popular). Al año siguiente el MOFEP cambió su nombre por el de CESMA (Centro de Estudios Sociales de la Mujer Argentina). Cinco años después, el CESMA intentaría organizar las "Primeras Jornadas sobre la Condición de la Mujer", que no llegaron a concretarse. Lo impidió una intervención policial, dado que carecían de la pertinente autorización para reunirse. Asimismo, en busca de compatibilizar las exigencias políticas y feministas, surge en 1975 AMS. Apoyada en algunos de los postulados de las feministas de la década anterior, tuvo una fructífera participación en el FLM.

"Junto con algunas compañeras del FIP (Corriente Nacional) y mujeres sin militancia partidista, comenzamos a estudiar aspectos de la situación discriminatoria que afecta a la condición femenina", afirma Isabel Cons-

tenla⁴. Esos encuentros dieron origen, en 1977, a AMA (Agrupación de Mujeres Argentinas). "Al poco tiempo de entrar en funcionamiento —continúa Constenla— hicimos contacto con otros grupos de mujeres con similares ideas. Por ese motivo decidimos cambiar de nombre y llamarnos AMAS (Asociación Mujeres Alfonsina Storni), para identificarnos mejor y para rendir homenaje a una luchadora feminista que consideramos precursora".

Tal como ocurrió en otros países, de la izquierda brotaban muchas mujeres —desengañadas o no— dispuestas a emprender una crítica frontal al patriarcalismo.

También en el interior se sigue un proceso similar. En 1978 se constituye en Córdoba la Asociación Juana Manso. Sus integrantes, que viajan a menudo a Buenos Aires, mantienen estrechos contactos con los grupos locales. En 1979 adhieren activamente a la protesta por el caso de la madre soltera de Mendoza.

Una pionera de los derechos de la mujer, casi una institución ella misma, la doctora Alicia Moreau de Justo, casi centenaria, vuelve a la lucha en 1979 para dirigir UMS (Unión de Mujeres Socialistas). En la última parte de su manifiesto inicial convoca a las trabajadoras, a las estudiantes, a las profesionales, a luchar "por una nueva democracia, por la devolución del poder al pueblo, por la plena vigencia de los derechos humanos, por la emancipación de la mujer, por la liberación nacional y social de los argentinos, por la que lucharon Juan B. Justo, Alfredo L. Palacios, Enrique del Valle Iberlucea, Raquel Camaña, Carolina Muzzili, Sara Justo, Gabriela Laperrière de Coni, Mariana y Fenia Chertkoff, Julieta Lanteri, Julia García Games, Leonilda Barrancos y muchos otros luchadores democráticos".

⁴ Inés Cano: "El movimiento feminista argentino en la década del 70", en *Todo es Historia*, número citado.

En 1980 María Elena Oddone funda OFA (Organización Feminista Argentina), que todavía continúa sus actividades. Paralelamente retoma, por tercera vez, la publicación de *Persona*. Esta revista había comenzado a publicarse en 1974, llegando a ver la luz diez números. En 1975 inicia otra etapa, un pequeño boletín que deja de editarse al cuarto número. En la tercera etapa, 1980, la tirada se realiza por suscripción.

Como *Persona*, la revista *Todas* y el excelente suplemento de la mujer del diario *La Opinión* contribuyeron en diversa medida a mantener vivo el interés por la problemática femenina en los años que corrieron entre 1976 y 1983.

No poco colaboraría en despertar conciencias dos cortometrajes que realizó María Luisa Bemberg en 1972 y 1974. *El mundo de la mujer*, filmado enteramente en la exposición "Femimundo", pone al descubierto los roles que limitan a la mujer: ama de casa, consumidora de productos de bajo costo, objeto sexual. *Juguetes* rastrea que la división de roles por sexo ya está muy marcada desde la infancia. Los juguetes que se les proporciona a los niños contribuyen a infundirle conceptos sexistas, modelándolos para una vida adulta donde el mundo sea la casa del varón y la casa el mundo de la mujer.

Libres de regalías, los dos cortos se proyectaron sin cesar en los ámbitos más disímiles: iglesias evangélicas, colegios, casas particulares, asociaciones. La fuerza persuasiva de las imágenes contribuyó eficazmente a generar un alerta sobre los peligros de la educación androcéntrica.

Por entonces, varias instituciones se mostraron sensibles a la problemática de la mujer y tomaron la iniciativa de organizar debates sobre el tema.

En 1975 la Sociedad Hebrea Argentina presenta una mesa redonda. El clima que se vive es caliente en

lo político, de modo que la convocatoria adquiere ribetes muy especiales. Oddone, amenazada por la "Triple A", no acepta la sugerencia de no concurrir. Se le reprocha que, al no acatar normas de seguridad, está poniendo en peligro a las compañeras. Oddone se defiende. Este es el comienzo de un largo malentendido que enfrentó a Oddone con los otros grupos feministas.

Cuatro años después, el Instituto Goethe organiza un seminario sobre la mujer. La propuesta es de gran aliento. Sin embargo, las conclusiones fueron bastante pobres en cuanto no se supo extraer provecho de lo mucho que ya se había escrito. La impresión general fue que se había producido un conflicto de poderes entre las áreas de las psicólogas y las sociólogas.

Ese mismo año, Pozzi organiza el "Forum de la Mujer" —de claras conotaciones feministas. En la misma línea MEEBA (Mutualidad de Estudiantes Egresados de Bellas Artes) propone una mesa redonda para debatir la temática de la mujer.

A fines del año siguiente, el Encuentro de las Artes dedica una jornada completa a la mujer y el arte.

Paralelamente, en el campo académico se había ido produciendo una auténtica apertura hacia el género mujer. Escuchemos lo que dice al respecto María del Carmen Feijóo: "Para unos" —después de la intervención a la Universidad en 1974— "el exilio interior, para otros el exilio fuera de las fronteras de la patria, para otros la muerte, para otros, en fin, la generación de estrategias de supervivencia económicas y culturales que recibieron diversos nombres: cultura de catacumbas, resistencia cultural, entre otros. Estas denominaciones expresaban públicamente la imposibilidad de mantenerse en condiciones de seguridad mínimas trabajando sobre temas vinculados con la sociedad del Estado y los procesos políticos que nuestras sociedades atravesaban. Los alum-

nos, a su vez, se mantuvieron aglutinados alrededor de cientos de grupos de estudio que dieron lugar a desarrollos desaparejos pero, a veces, interesantes e innovadores. Es en el contexto de este proceso donde ubicamos el nacimiento de la *investigación científica, sistemática y «moderna» sobre la mujer*⁵.

Centros como el CEDES (Centro de Estudios de Estado y Sociedad) o el CENEP (Centro de Estudios de Población) supieron dar cauce a esa investigación, algunos de cuyos antecedentes ilustres se remontan a principios de siglo. Esa investigación que, desdichadamente, aún hoy se mantiene dentro de ámbitos limitados, con escasas o nulas resonancias en las mujeres no profesionales, sin integración con los sectores populares.

“El movimiento crece y las ideas feministas se expanden”, decía una síntesis de las concienciaciones de UFA. Diez años después comprobamos, a través de los Congresos, que la percepción de las mujeres sobre la mujer había cambiado. Abierta o encubiertamente, las ondas del estanque social se habían ido expandiendo cada vez más a partir de aquel impulso inicial que hicimos nacer en UFA.

En los tiempos de escasa visibilidad, en las épocas de ocultamiento y miedo, el feminismo continuó expandiéndose de la manera más antigua y tal vez más eficaz: la transmisión verbal. Casi sin intercambios culturales, faltas de información general, los muchos viajes y los pocos contactos personales fueron fructificando. Finalmente, se produjo un nuevo amanecer del feminismo

⁵ María del Carmen Feijóo: “Experiencias de mujeres en el campo académico: una forma de hacer política”, en *Participación política de la mujer en el Cono Sur*. Conferencia Internacional Fundación Friedrich Naumann, Buenos Aires, 1987. (El destacado es de la autora.)

—aunque, claro está, sobre todo del feminismo que esconde su nombre.

En este tramo cuyo eje son los Congresos de DIMA, el acento no se pone tanto en el gobierno del propio cuerpo sino que cae sobre los derechos legales. También, sobre la importancia de ayudarse a sí misma. En este sentido, las psicólogas hubieron de deparar quizá la sorpresa más grande. Una década antes, la formación en el complementarismo sexista freudiano creaba una barrera adicional de prejuicios para que las psicólogas pudieran aprehender el fenómeno mujer. El cuestionamiento a Freud por parte del feminismo ponía en tela de juicio nada menos que las bases de su profesión, aquello que los grandes patriarcas universitarios les habían enseñado que debía ser la mujer. El rechazo al feminismo era casi total.

Pero nada es permanente. La revisión de las psicólogas europeas y norteamericanas dio un golpe de timón al norte de la teoría. Las que viajaron, pudieron conocer la obra de Juliet Mitchell, Luce Yrigaray, Mary Sherfey, Adrienne Rich. Pudieron ponerse al día con las nuevas técnicas de salud mental de la mujer. Pudieron comprobar la aplicación de terapias no sexistas en numerosas escuelas de psicoterapia —fueran humanistas, psicodinámicas o conductistas. Ver todo esto y los buenos resultados que se obtenían hizo que la actitud detractora de las psicólogas se transformara en adhesión entusiasta. Precisamente fueron las psicólogas quienes mayor cantidad de talleres propusieron a las organizadoras de los Congresos y las Jornadas. Saludamos con beneplácito esa conversión, que no ha cesado de madurar.

CAPÍTULO V

EL RESCATE DE LA TRADICION

Los términos en que se presenta un problema conllevan la respuesta o solución. Esto lo saben bien los filósofos, los sociólogos, los analistas de mercado. De tal manera, preguntarse si algo es femenino o feminista implica enfrentar, oponer los dos términos. Supone una opción que, en verdad, es falsa.

En el marco de la cultura en que nos movemos, los roles sexistas son las únicas vías de comunicación fáctica existentes; como tales, cumplen una función inter-comunicante entre los individuos. En tanto para el varón esos roles son móviles y abiertos, los ofrecidos a la mujer, mucho más escasos, tienden a quedar anclados en el estatismo. Esos roles, mantenidos a lo largo de la historia, le han dado a la mujer una identidad que, siendo el reverso de la masculina, se ha dado en llamar refleja.

Desde esa invisibilidad especular, compensada subjetivamente, la mujer ha sostenido el discurso masculino. Desde esa otredad nunca reconocida plenamente como tal por el poder, las mujeres han vivido, sentido, actuado. Esto es, han adquirido una identidad precaria, limitada, pero cierta. Así, donde el varón se autoafirma, la mujer

se posterga. Donde el varón hace gala de fuerza, la mujer responde con dulzura y amor. Donde el varón dice abstracción, la mujer dice sentimiento. Todo esto ha llevado a una escala de prioridades distinta para uno y otro sexo.

Sin embargo, la gran fisura, el gran abismo entre uno y otro género, se encuentra en que la escala masculina ha avanzado sobre el territorio de una pretendida neutralidad, tratando de imponer desde allí sus percepciones con validez universal. Lo grave es que tanto los varones interesados como las mujeres de mentalidad colonizada admiten la universalidad del enfoque masculino, renunciando éstas al propio.

Como género, esa es la herencia con que cada mujer viene al mundo. Un perfil hecho de los velos con que nos codifica la sociedad, de velos convertidos muchas veces en máscara de virtualidades. Descorrer algunos velos, recuperar otros, permitir la expansión de las potencialidades humanas, es la tarea que muchas mujeres se han impuesto dentro del ámbito común de las relaciones varón-mujer. Y, fundamentalmente, han bregado porque esos roles no oculten la dignidad como persona individual a que debe aspirar una mujer.

El feminismo acepta y reconoce el rostro que la cultura nos ha impreso y pugna porque sea visto como tal por la corriente de opinión general. En tal sentido, el feminismo recoge como propio el rico legado de la tradición femenina, la tradición que, a falta de otra calificación mejor, llamaré la de las grandes diosas, la tradición materno-unitiva.

No hay identidad posible sin memoria; quebrarla es romper la posibilidad del encuentro consigo misma. Por ello, el feminismo quiere recobrar la memoria de las mujeres, su columna vertebral, lo que les permitirá mantener la vertical de la autonomía y el respeto. Desde esa perspectiva olvidada y relegada habrá de construirse un nuevo espacio de pensamiento y acción, un espacio más habitable para ambos géneros.

Sólo una comprensión superficial, o torpe, o prove niente de la mala fe, o la especulación ansiosa de mantener las desigualdades, puede entonces oponer lo femenino a lo feminista. Precisamente la capacidad transformadora del feminismo yace en que lo específicamente femenino sea aceptado plenamente como vario pero igual en el pensamiento y las costumbres. El rescate de ese pasado empieza en nuestro país desde la época de la conquista.

¿Cómo no llenarnos de coraje bravío por esas españolas que, contrabandeando su condición, violando prohibiciones, llegaron con la expedición de Mendoza?

Se asegura que partieron disfrazadas con ropa masculina y que la conservaron a su arribo. Aun cuando esto no sea cierto, sirve como metáfora para ejemplificar la manera en que las mujeres debían pensarse a sí mismas: eran una falta, algo que debía disimularse para ser aceptadas.

Llegaron y multitud de trabajos las aguardaban. Según afirma Isabel de Guevara en la esquila dirigida a la princesa doña Juana: "Vinieron los hombres en tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaban de las pobres mugeres, así en lauarles las ropas como en curarles, hazerles de comer lo poco que tenían, alimpiarlos, hazer sentinela, armar las vallestas..."

Esos pequeños contingentes de mujeres que iban llegando, no se limitaban a cumplir roles secundarios. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, desde los comienzos del descubrimiento ocuparon cargos de relevancia en los ordenamientos de la época. Esos cargos podían deberse a una designación real, a una elección según el sistema de cabildos o ser el producto de una sucesión testamentaria.

Si bien Buenos Aires no estuvo tan favorecida como otras colonias con una brillante participación femenina, hubo figuras entrañables, como la de Lucía Miranda,

cautiva muerta en poder de los indios, o Ana Díaz, que fue la primera propietaria de un cuarto de manzana, otorgado en el reparto que hiciera Juan de Garay en 1580. No tuvimos una adelantada como Juana de Zárate en Chile, ni una gobernadora como la guatemalteca Beatriz de la Cueva, ni una almirante como Isabel Barreto, pero el virreinato del Río de la Plata tuvo sus virreinas: Ana de Azcuénaga de Basavilbaso (1797-1799), Rafaela de Vera Muxica y Pintado (1801-1804) y Juana de Larrazábal y Quintana (1804-1805).

Ni siquiera le estuvo vedado el coto cerrado del dinero. Según testimonios publicados por el investigador Levillier, numerosas mujeres figuraban como contribuyentes a la Hacienda en virtud de los contratos que celebraban.

No obstante, apenas lo permitió la consolidación de la sociedad colonial, la rioplatense hubo de retornar al ámbito del retraining hogareño, tal como se entendía en la Europa original.

Una y otra vez ha ocurrido que, no bien el concurso de la mujer en la vida pública se hace prescindible, ésta es impulsada a volver al recinto del hogar. Por eso, convalidando la regla, la criolla del coloniaje se convirtió en la responsable de mantener las tradiciones, de conservar los principios seculares. Como afirma Ots de Capdequí en su tesis doctoral: "Las dotes de energía que antes hubieron de surgir fueron poco a poco atrofiándose; la mujer dejó de ser para el hombre elemento esencialísimo de vida, con cuya actuación era necesario contar para hacer frente a las persistentes dificultades. La vida social, la vida civilizada, se había ido afianzando con la creación de importantes ciudades, y en estas nuevas poblaciones la mujer fue lo que había sido, lo que seguía siendo en España. Un ser apenas con propia personalidad; de soltera, sometida a la autoridad omnímoda y un poco desdeñosa de los padres y hermanos; de casada, entregada por entero al marido, sin ser nunca propiamente su compañera en la convivencia de la sociedad conyugal".

La mujer volverá a contar como elemento participativo fundamental cuando se la precise en la emancipación nacional.

¿Cómo no enorgullecernos de las mujeres cuya entrega y abnegación, cuyo valor y sacrificio acompañó a nuestros soldados en la gesta libertadora?

Ya desde la primera experiencia demostraron su arrojo. Cuando las invasiones inglesas, manos femeninas arrojaron "cacerolas de fuego" sobre las tropas del Imperio Británico que avanzaban sobre Buenos Aires. Pero no se contentaron con echar aceite hirviendo. Picas, palas, piedras, incluso armas, fueron manejadas con destreza por mujeres como Manuela Pedraza o Martina Céspedes. Ellas, como tantas otras, contribuyeron con su presencia activa a obtener la victoria sobre los ingleses.

Luego, en la Revolución de Mayo, continuaron prestando su interés, su participación y su entusiasmo. Y, cuando fue oportuno, llevaron a sus hijos o nietos para que pelearan contra el poder español.

Poco después, serían las joyas femeninas las que servirían para comprar los fusiles que empuñaron los brazos combatientes por la libertad. Serían también ellas las que tejerían y coserían muchas de las ropas que vistieron los patriotas en los Andes o las prendas del gaucho en campaña. E, incluso, cuando se necesitó, vistieron esas ropas de gaucho para remplazar a sus hombres en las batallas. O hilo a hilo, como las cuyanas, enhebraron el bordado del pabellón que flamearía más allá de la cordillera.

La patriota argentina, como Mariquita Sánchez de Thompson, "guardaba en su casa no sólo las armas sino toda esa pólvora mucho más terrible a los ojos de los poderosos: libros y panfletos prohibidos que iban a desparramar en el Plata las semillas de la Ilustración y de la Revolución Francesa, de la emancipación política, de la

dignidad del hombre, de su educación y destino; y pudo la mujer mantener el secreto que descubría de las logias, de las reuniones y cabildos, prolegómenos todos y acertados pasos de la existencia de un pueblo libre"¹.

En el norte, en el sur, a lo ancho del territorio, las mujeres ofrecen no sólo sus bienes y su trabajo sino también su persona para combatir a los realistas. Bajo las órdenes de Belgrano, junto a San Martín, al lado de Güemes, se inscriben los nombres de Martina Silva de Gurruchaga, de las niñas de Ayohuma, de la Macacha, de Isabel Aráoz de Aguirre. Y luego la Delfina —la compañera de Pancho Ramírez—, la mujer del Chacho Peñaloza, o María Dolores Fernández, la esposa de Facundo Quiroga, entre miles que soportaban los avatares de la guerra en el fiel acompañamiento de sus hombres.

¡Ah, el heroísmo femenino, tan negado y tan verdadero, en el silencio de la historia! El heroísmo anónimo, el que no recibe condecoraciones pero está siempre. El que día a día sostiene, conserva, trabaja, se arriesga, cuida, alienta, da vida.

¿Cómo no emocionarse ante la vocación de servicio de nuestras mujeres en la acción social?

A partir de 1923, cuando, por inspiración de Bernardino Rivadavia, queda reconocida la idea de servicio a nivel institucional, las mujeres son las que no vacilan en prestar su colaboración.

A través de los hombres más destacados de su tiempo, el culto por la libertad del romanticismo llevó a tratar de encarnar los mejores postulados de la Revolución Francesa. La nueva sociedad se moviliza para encontrar la personalidad colectiva a través de la democracia. "Nuestro punto de arranque y de reunión será la

¹ Fryda Schultz de Mantovani: "La mujer en la Argentina hasta fin de siglo", en *Panorama de un siglo y medio de cultura argentina*. Buenos Aires, 1960.

democracia", enfatiza Echeverría. Cada grupo, cada facción, cada partido, cree tener la clave de la forma de imponerla. Por desgracia, el arma que emplearán será sobre todo la violencia: guerras internas y externas, rencillas, robos, saqueos, se suceden en una danza lívida de cadáveres. El camino del progreso nacional se jalona de disputas por el poder.

Las mujeres se quedan en casa a coser, "zurcir y remendar", o a mostrar en sus atavíos el avance económico del marido. O salen a la calle, codo a codo con el varón, a buscar el pan que los hijos necesitan. La sociedad avanza.

Esta etapa del progreso, del surgimiento de la "guarangerocracia" —la que luego sería la clase media— va dejando a su paso una estela de miseria y sufrimiento. A esta zona de desprotección acude con su auxilio la mujer —menos preocupada por el lucimiento personal y más comprometida que el varón con el desamparo y las necesidades de la criatura humana.

En el cuidado de la niñez abandonada, en el socorro a las personas de escasos recursos y a los ancianos, en la ayuda carcelaria, en las tareas de alfabetización, prestarán su colaboración eficaz pero desinteresada las hermanas de San Vicente de Paul, las Damas de la Caridad y las de San José, la Cruz Roja Argentina.

La ayuda a la comunidad —en el siglo pasado de carácter voluntario— cumplió una importante función también hacia las mujeres a través, entre otras instituciones, de la Sociedad de Beneficencia —comienzo precisamente de lo que es hoy la moderna asistencia social. Aquella llevó a término una vasta labor: en 1853 funda una sala de partos en el Hospital de Mujeres; en 1854 una casa correccional; en 1892 una escuela para sordomudas; en 1907 la Escuela Profesional de Mujeres; en 1908 el Asilo de Alienadas de Lomas de Zamora, y luego vendrán la Maternidad Modelo del Hospital Rivadavia, el Asilo Rocca para madres que trabajan, entre otras muchas obras destinadas a los niños, los indios, los presos, los enfermos.

En 1930, merced al doctor Alberto Zwanck, se crea la Escuela de Servicio Social —cuya primera directora fue la infatigable Marta Ezcurra. La escuela permitirá la formación de elementos que, mediante técnicas apropiadas, puedan llevar a otros individuos, marginados o postergados, el socorro necesario para su completo desarrollo.

Asimismo, la inspiración de la Madre Natalia Montes de Oca combinará los esfuerzos en la asistencia social con el objetivo de lograr una pedagogía propia de la mujer —tarea que llevará a cabo en el Instituto de Cultura Religiosa Superior Femenina.

Más adelante, la Fundación Eva Perón canalizará, a niveles sin precedentes, la ayuda a los desprotegidos y a vastos sectores populares de toda la Nación.

Y luego ALPI (Asociación de Lucha contra la Parálisis Infantil), LALCEC (Liga Argentina de Lucha contra el Cáncer), FEPEL (Federación del Patronato del Enfermo de Lepra), la Obra de Protección a la Joven, la Comisión Católica de la Lucha contra el Hambre en el Mundo, serán algunas de las decenas de instituciones mediante las cuales la argentina, solidaria y compasiva, lleva alivio, consuelo, asistencia, compañía, ahí donde se precisa.

Sanadora, cuidadora, la mujer procura restañar en lo que puede el dolor que emana de las heridas abiertas de la sociedad.

¿Cómo no admirarnos ante el protagonismo de la mujer en las luchas obreras? Esas luchas que arrancan del último tercio del siglo pasado, cuando se altera por completo la imagen de Buenos Aires con la llegada de grandes contingentes inmigratorios.

Al crecer la población sin haberse operado un desarrollo industrial suficiente, la ciudad mostraba su peor cara a los recién llegados —que ascendían en un momento

al 60 por ciento de la población. Malas condiciones de vivienda —que dieron lugar al nacimiento del “conventillo”, donde, según testimonios, se hacinaban hasta seis personas por pieza—, desocupación, bajos salarios, pésimas condiciones de trabajo; venían a “hacerse la América” y se encontraban con una realidad durísima, que les ofrecía condiciones poco menos que infrahumanas.

“Harapientos, encallecidos, usados, extenuados, remendados, enfermos —dirá Lugones en un artículo publicado en 1897—, parecemos un montón de jaulas desvencijadas, y que dentro de cada una hubiera un león”. Y agregaba, con esperanza: “¡Gran goce para el león es ver que está desvencijándose su jaula!” Esa ruptura de los barrotes de la sujeción a que se refería Leopoldo Lugones era el comienzo de las organizaciones obreras. Y en ellas, las mujeres cumpliendo un papel sobresaliente. Reclamaban por sí mismas, pero también por sus hijos, sobre cuya mano de obra barata crecía el poderío del país. Reclamaban por una jornada de menos de diez horas, por medidas de salubridad y seguridad en fábricas y talleres, por la supresión del trabajo a destajo, por el descanso dominical, por mayores niveles de ocupación.

Allí estaban las mujeres en los paros ferroviarios o en la manifestación de las escobas. Allí estaban junto a los pobres en los frigoríficos, en las curtiembres, en los establecimientos textiles; allí estaban junto a los estibadores, a los panaderos, a los tipógrafos, a los albañiles, que pedían mejoras salariales. Allí estaban en la huelga general de 1904 o al lado de quienes organizaban los movimientos obreros.

Allí estuvieron todos los 1º de mayo en que la recordación de los mártires de Chicago se transformaba generalmente en la represión ordenada por los poderosos. Y también estuvieron toda vez que hubo que pedir la libertad de los presos políticos o acompañar los restos de quienes caían en la lucha.

Allí estuvieron para llorar y para celebrar. Allí están: con valentía, con intrepidez, desafiando prohibiciones.

Sobre los crímenes, sobre el dolor, sobre la misma muerte, buscando la aurora de un mundo más justo y más pleno para todos.

¿Cómo no exaltarnos ante el papel desempeñado por la mujer en la cultura?

Si bien fue la gran corriente inmigratoria de fines del siglo pasado y comienzos del presente la que afianzaría la presencia femenina en la cultura, hacía ya largo tiempo que estaba íntimamente unida a los problemas del arte, por una parte, y de la educación por otra.

Hay que emancipar a las mujeres “de las preocupaciones torpes y añejas que les prohíben hacer uso de su inteligencia, porque Dios no es contradictorio en sus obras y cuando formó el alma humana no le dio sexo”, afirmaba Juana Manso. La mujer tiene que usar su inteligencia e instruirse porque lo requiere ante todo el rol de madre que surge junto con los nuevos ordenamientos sociales. Dado que la mujer es quien debe formar a los futuros ciudadanos, se exigen mejores niveles educativos para su sexo.

Educada y educadora. A través de la mediación de Sarmiento, con el impulso de la propia Juana Manso, de Rosario Vera Peñaloza —abuela de docentes—, de Juana Manuela Gorriti, la función pedagógica primaria se traslada mayoritariamente a la mujer. Un poco más adelante, se exigirá que tampoco permanezcan cerradas para ellas las puertas de la enseñanza superior. Desde su acceso a la Universidad, saldrán de allí generaciones de admirables profesionales.

En el ara del romanticismo, refulge igualmente la irrupción de la mujer en la novela. “Entre muchísimas autoras —dice el profesor Pagés Larraya— se salvan dos: Juana Manuela Gorriti, truculenta, apasionada, graciosa a veces, «novelesca», y Eduarda Mansilla, influida por Goldsmith, que escribió una de nuestras primeras pintu-

ras provincianas: *El médico de San Luis* (1860)”. Y continúa Larraya: “Algunas de las más valientes críticas de tipo social, algunas de las revelaciones más desdichadas sobre zonas infelices de la convivencia argentina, se encuentran en nuestras mujeres novelistas, tradición que se continúa hasta hoy. Descreo en las historias de literaturas masculina y femenina, pero es significativo que el coraje para revelar sin eufemismos lo íntimo más cierto, ocultable y transido, provenga tantas veces de nuestras novelistas, menos patéticas en ocasiones, pero finalmente indagadoras”.

Sí, pintura de caracteres, crítica de situaciones, pero también la necesidad de la expresión propia. Bajo el disfraz de un seudónimo masculino —como César Duayen (en realidad Emma de la Barra)—, acogida a la indiferenciación de “autor anónimo”, u orgullosa firmante de sus producciones, la creadora ha procurado irse encontrando con su propia identidad.

En la plástica, desde las primeras, Luisa Sánchez de Arteaga y Sor Josefa Díaz y Clusellas, pasando por la fuerza avasallante de Lola Mora o las preocupaciones interestelares de Raquel Forner, hasta la alta realización de Aída Carballo o la múltiple diversidad de las actuales, las artistas abundan en los riesgos del propio descubrimiento.

Desde muy temprano en la literatura, para continuar desde allí sin cesar, la mujer se renueva en las aventuras del espíritu o en la recreación de mundos.

Sobre caminos trazados en principio por el varón, a veces con pena pero rebeldía —como Alfonsina Storni—, otras con un realismo mágico pero argentinísimo —como Luisa Mercedes Levinson—, a veces con humor pero desesperanza —como Alejandra Pizarnik—, las creadoras irán construyendo un perfil que demuestra que la imaginación femenina merece ser atendida. Y que hoy florece en la prosa patética de Syria Poletti, en la dimensión metafísica de María Granata, en la crueldad y poesía de Silvina Ocampo, en las sátiras de Griselda Gambaro, en la

honda raigambre de Libertad Dimitropoulos, en la excelencia de Olga Orozco.

Dentro de la presencia femenina en la cultura no se puede soslayar su calidad de inspiradora, de mecenas. De las muchas que hubieron se destacan dos personalidades con ribetes propios: Elena Sansinena de Elizalde y Victoria Ocampo.

Bebé Sansinena —como la llamaban sus amigos— fue la animadora indiscutida de la “Asociación Amigos del Arte”, que tanta influencia hubo de ejercer en la vida artística de Buenos Aires entre 1924 y 1944. “Gracias a ella —dice Mujica Láinez, que no tenía escaso saber sobre arte— los valores auténticos de nuestra pintura y escultura se ubicaron revolucionariamente en la justa categoría. Gracias a ella, se divulgó la creación de nuestros plásticos primitivos. Aprendimos la importancia de Horacio Butler, Basaldúa, Badi, Berni, Del Prete, Victorica, Spilimbergo, Pettoruti, Raquel Forner, Norah Borges, Xul Solar. Descubrimos a Figari y los grabadores del siglo XIX argentinos. ¿Y los conciertos? Allí se abrieron los oídos al esplendor inquietante de Stravinsky, de Honegger, de Milhaud, de Satie, de Poulenc, de nuestro Juan José Castro, de nuestro Juan Carlos Paz. Cantaba Jeanne Bathory; se sentaban al piano Claudio Arrau y Ricardo Viñes. Asimismo —y especialmente—, debemos a Amigos del Arte la actuación en Buenos Aires de escritores de la talla de Keyserling, de Ortega y Gasset, de García Lorca, de Waldo Franck”².

En cuanto a Victoria Ocampo, su nombre aparece asociado indisolublemente con la revista *Sur* —fundada en 1931—, que luego se amplió a editorial. Un poco como relevo de Elena de Elizalde, Victoria Ocampo cumplió en *Sur* una acción todavía no debidamente aquilatada en toda su magnitud.

Lo mejor del espíritu europeo y norteamericano fue conocido en Argentina merced a las traducciones que

² Manuel Mujica Láinez: “Un centenario olvidado”, en *La Nación*, 18 de setiembre de 1983.

publicaba *Sur*. “Ellos nos conocieron y, lo que es más importante, nos conocimos a nosotros mismos. Al conocernos, coincidimos en que, por ser hispanoamericanos, nuestro destino es trabajar para Hispanoamérica”, asegura Anderson Imbert³.

Los consagrados de todas partes del mundo, junto con los nuevos valores nuestros, tuvieron en la revista una tribuna que los acogió sin distinciones. Bajo el signo de una indulgencia altamente democrática, *Sur* daba lugar a amigos y adversarios personales e ideológicos. Porque Victoria “no temía a las ideas, solamente le repugnaban las que contradecían la libertad de opinar”⁴.

En su obra personal, Victoria Ocampo continuó con la misma tónica que le insuflara a *Sur*: personajes y vidas desfilan por sus páginas enriqueciéndonos con su visión del mundo, con su defensa de los derechos de la mujer como parte de los derechos humanos. Si no hubiera existido la obra de *Sur*, de Victoria Ocampo, el color cultural de Argentina hubiera tenido tonos mucho más bajos.

Mujeres anónimas de la Conquista, mujeres de la independencia, libertarias, políticas, docentes, creadoras, mecenas, profesionales, amas de casa; mujeres de antes y de ahora. Más allá de cualquier etiqueta, todas ellas, al actuar con sentido independiente dondequiera que fuese, al obrar en público tanto como en lo privado, al aspirar a redefinir los derechos de la mujer, al pretender o buscar el replanteo de la vida cívica desde una óptica de mayor justicia y bienestar, al bregar por una ética remozada, cada una de esas mujeres, desde lo estrictamente femenino, han labrado y siguen labrando la huerta de la hermandad, que es la aspiración suprema del feminismo.

³ Enrique Anderson Imbert: “Mi V.O.”, en *La Nación*, 1º de abril de 1990.

⁴ Igual que lo anterior.

CAPÍTULO VI

LAS MADRES DE PLAZA DE MAYO Y OTROS MOVIMIENTOS DE MUJERES

1982: año clave en la historia argentina. A poco de comenzado, se declara la guerra de Malvinas. El país se conmociona. Desde 1845, desde los tiempos del bloqueo anglo-francés, y luego en la guerra del Paraguay entre 1865 y 1870, la Argentina no había participado en un conflicto bélico contra naciones extranjeras. Ahora, más de 130 años después, tiene ocasión de medir fuerzas por la soberanía de las islas Malvinas con una de las máximas potencias mundiales: Inglaterra. Soplan vientos triunfalistas.

A mediados de año, nos llega la noticia de nuestra derrota. El pueblo se entera de que ha sido mal informado desde el principio. También, que ha sido estafado en su buena fe porque a nuestros muchachos nunca les llegó la ayuda —comida, ropas— que, solidariamente, se les enviara.

La vuelta a la realidad no se cumple sin decepciones, sin una honda sensación de fracaso. Se han perdido muchas vidas en esta empresa llevada a cabo sin oportu-

nidad ni medios. El pueblo reacciona. A pesar de admirar el valor de nuestros soldados, quiere sacudirse el yugo militar. Se orienta entonces hacia el restablecimiento de las instituciones políticas democráticas. Después de tanta muerte, se quiere volver a la glorificación de la vida.

No más guerras. Las mujeres se sienten responsables de crear condiciones de paz duraderas. Se replantean sus obligaciones cívicas, comprendiendo la importancia y utilidad que puede tener su participación. FEIMUS (Fundación para el Estudio de la Interrelación Mujer-Sociedad) se pone al frente de la reacción antimilitarista.

En agosto de 1982 lanza una convocatoria titulada "Mamá, ¿qué vas a hacer en la paz?", que tiene por finalidad abolir el servicio militar obligatorio. No más muertes. En este contexto, cobra un relieve distinto el accionar de "Las Madres de Plaza de Mayo".

Las Madres de Plaza de Mayo

Cierto día se hallaba la joven Perséfone recreándose en un prado. Súbitamente se abrió la tierra ante ella y apareció del abismo Plutón, el Señor de los Muertos, en una carroza tirada por caballos inmortales. Sin prestar atención a los gritos de la joven, la colocó en su carro dorado y se hundió en las profundidades de la tierra para convertirla allí en reina del mundo subterráneo. Deméter, que había oído de lejos los gritos de su hija, comenzó a buscarla, preguntando por ella. Como nadie sabía darle razones, Deméter se lanzó a errar por los caminos con un negro manto velándole sus rubias trenzas.

En perfecta correspondencia con la diosa griega, un puñado de mujeres recrean el gesto mítico y se lanzan de oficina en departamento, de juzgado en comisaría, de

hospital en prisión, en reclamo del paradero de sus hijos. Por último, cierto día de abril de 1977, apenas más de una docena de madres recalcan en la Plaza de Mayo en una ronda de protesta.

Para julio de ese mismo año, ya son ciento cincuenta las que, una vez por semana, se hacen presentes en la Plaza. La Plaza de Mayo: símbolo de la independencia, de la libertad, de la entrada en vigencia de la Constitución por voluntad del pueblo, de los encuentros populares y, también, símbolo del poder. Por ello eligen esa y no cualquiera otra de las plazas que se les ofrecen para manifestar.

A seis meses de haber comenzado, publican en *La Prensa* una solicitada firmada por 237 madres titulada "No pedimos más que la verdad". Días después, elevan un petitorio con 24.000 firmas exigiendo la investigación de las desapariciones.

Tocadas con un pañuelo blanco —el mismo que tantas veces usaran como símbolo las feministas del siglo pasado y comienzos del actual— allí van los días jueves las madres a la Plaza. Van, pero no sin miedo, allí donde podían ser arrestadas, apaleadas o muertas. "Creo que todas hemos tenido miedo al comienzo, todo el tiempo. Lo importante era tratar de vencer ese miedo, día a día"¹, dice una de las madres. Y otra agrega: "Nos acostumbramos a vivir con él".

Van a cumplir un ritual que sienten les pertenece sólo a las mujeres. Y esto por varias razones: "Creo que hubo una gran mayoría de hombres que hubiera querido estar a nuestro lado, en la Plaza, que apoyaron a sus mujeres moralmente, materialmente, para que ellas pudieran contar con el tiempo necesario para actuar. Pero estaba el hecho de que ellos exponían más: una madre parece siempre más intocable. En un sector de los hombres ocurrió que aplicaron un poco cierta lógica mascu-

¹ Reportaje: "Otras madres, otras voces", en *Alfonsina*, 3 de mayo de 1984. (Las citas siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a esta publicación.)

lina: esto no puede conducir a nada, tal cosa es imposible". También, porque según afirman, la idea se les había ocurrido a ellas y, reafirma otra, "por este mito que hay aquí, ese endiosamiento de la madre, se pensaba que corrían más peligro los hombres".

Estas mujeres, sin filiación política previa, que se arriesgan para no arriesgar a sus hombres, instalan lo privado en lo público, apoyadas en el rol más tradicional: ser madres. Cuentan para ello con el imaginario mítico del patriarcalismo, que asigna un definido respeto a la calidad materna, asociado también con el viejo temor a quien es capaz de engendrar: las madres terribles que, dueñas de la vida, custodian las puertas de la muerte. Cuentan, asimismo, con el margen mayor de tolerancia que ello les proporciona. Y, sin duda, también con que alguien perteneciente al género mujer parece, en principio, un fenómeno inofensivo para el poder.

"Al ir a los comandos, en la primera época, acompañadas de nuestros maridos, salían y decían: «A ver, pase usted, la madre». No sé; pensarían que como éramos mujeres podían engañarnos más fácilmente... Ahí fue que empezamos a ver nuestra fuerza"².

Sí, empezaron a evaluar su fuerza: la potencia de la debilidad, el poder transformador del débil. Y se apegaron a su debilidad: "Lo de la no violencia también fue una manera de defendernos: sabíamos que si llegábamos a generar violencia, eso podía traer una reacción muy contraria a lo que nosotros buscábamos. La nuestra fue una resistencia combativa". Sin saberlo, emplean la no-violencia gandhiana, la misma que, a su turno, Gandhi tomó de las feministas: "Gandhi nos dio un ejemplo que nosotras seguimos sin pensar que estábamos haciendo lo mismo que él: un movimiento no pasivo pero pacifista". Desde el exterior les llega casi de inmediato aliento y apoyo a este extraño fenómeno de la reunión de madres. Sus imágenes son noticia y recorren el mundo entero.

² Revista *Mujer*, N° 100, 30 de agosto de 1983.

En 1978, después del Mundial de Fútbol, se endurecen las relaciones con el poder. La policía prohíbe las rondas de las madres y también de las abuelas —grupo nacido a la vera de las Madres en 1977. Con algunas excepciones, no volverán a la Plaza de Mayo hasta enero de 1980, un año después de firmarse el Acta Fundacional del Movimiento de Madres de Plaza de Mayo. De allí en más, se fluidifican los contactos con los representantes oficiales y con otros sectores de la vida pública.

La defensa de la vida, la mansedumbre activa, la persuasión, lo inerte frente a las armas, ha sido siempre la práctica aconsejada por las grandes religiones. A través de las Madres de Plaza de Mayo esa conducta cobra una dimensión actualísima y novedosa.

Privado y público se entrecruzan en su acción, dando un sentido distinto a la manera de hacer política. Demuestran así que se puede influir sobre los poderes, que se puede movilizar al sistema, llevando a su máxima expresión los roles tradicionales. Lo femenino privado, al expresarse en lo público, conlleva una alta carga transformadora. La pasividad se convierte en pacifismo, la protección y el cuidado en defensa a ultranza de la vida, lo afectivo personal en motor de la acción reformadora. Estrategia correcta y ejemplar. La estrategia que siempre propugnó y quiso el feminismo.

"Nosotras las Madres no somos un movimiento feminista, porque estamos luchando por nuestros hijos". Es verdad, al luchar sólo por sus hijos, por los nietos desaparecidos, no son feministas.

El feminismo no quiere ni debe limitarse únicamente a los hijos propios. El feminismo brega por los hijos ajenos y propios, por los nietos propios y ajenos. Brega por extirpar la raíz de todas las opresiones, por ensanchar los horizontes de un planeta encerrado en la dua-

lidad. Una dualidad que, a partir de dos géneros opuestos —subordinado uno, subordinante el otro— abrió la ancha gama de las opresiones y las desigualdades. El feminismo quiere que el ser humano rompa la trampa bigenérica para que la mente y el espíritu gocen de la unidad en la diferencia, de la inmensidad de los posibles. Para que jamás vuelva a ser necesario que una madre —o una ronda de madres— salga a la calle a pedir por la vida o el pan de sus hijos, por justicia o libertad.

Otros movimientos de mujeres

Otra movilización de mujeres que signa el paso a la democracia lo constituyen las amas de casa. Primeras víctimas también de las crisis económicas, las mujeres se movilizan a mediados de 1982 declarando "huelgas de hambre" en varios puntos del conurbano. La carestía, los tarifazos, el alto costo de vida, serán los móviles que lleven a las mujeres a la calle, a las plazas, a la protesta.

A propósito de una campaña conocida por el lema "no compre los jueves", las mujeres se nuclean en un "Movimiento de Amas de Casa". Esta, como otras movilizaciones de ese tipo, no reconoce banderías políticas.

Estas formas espontáneas de hacer política son vistas como detonantes peligrosos por el sistema de poderes. De todos modos, en la medida que la dirigencia política partidaria se mantenga distanciada de las verdaderas necesidades populares, será inevitable que aparezcan una y otra vez. Sobre todo porque la masa de la población ha comenzado a confiar en sus propias posibilidades para modificar estados de cosas negativos. Las acciones voluntarias más recientes lo constituyeron el asalto a los supermercados del año pasado y los reclamos por la corrup-

ción de los funcionarios y los altos impuestos del presente año. En todas ellas fue altísima la participación femenina, como lo es en la atención permanente que le dedica a la elaboración de las "ollas populares".

Se han señalado algunas de las potencialidades de estos agrupamientos:

"—la experiencia en prácticas de organización y de participación;

"—la ampliación de su radio de acción: del núcleo familiar a la esfera comunitaria;

"—la revalorización de sus capacidades en la medida en que su trabajo deja de ser «invisible»;

"—el reconocimiento de un poder no formal femenino;

"—la creación de lazos de solidaridad con otras mujeres."³

Todo ello es positivo y auspicioso. Pero también se han puntualizado algunas de sus limitaciones:

"—el carácter coyuntural o efímero de muchas de estas organizaciones, su carácter dependiente de otras instancias y, sobre todo, su dificultad para generar un polo de poder socialmente reconocido y culturalmente estimado"⁴.

Esto es verdad, pero parcialmente. Lo es en tanto parte de un análisis particularizado y circunstancial. Pero los movimientos de mujeres cobran un sentido muy diferente si se los considera desde una teoría englobante: el feminismo. Aparecen entonces como lo que realmente son, lo que llamaré "modalidades" dentro del género.

³ Susana Bianchi y Norma Sanchís: "Más allá de la frontera doméstica", en *Unidas*. Buenos Aires, mayo de 1987.

⁴ *Ibid.* (El destacado es de las autoras.)

CAPÍTULO VII

LA CONSTELACION DEL FEMINISMO

El feminismo se constituye a partir de un ser en el mundo —análisis de género— que se desdobra en un estar en el mundo —análisis modal o modalidad. Ambos, género y modalidad, derivan de una construcción social y política. Ser militante feminista, bregar por los derechos, oportunidades, proyectos, posibilidades, de la mujer pertenece al género. Militar en política partidaria o sindical, defender la causa obrera o el derecho a la alfabetización —entre otras causas que formarían una estela interminable— se presentan entonces como modalidades.

Históricamente, la mujer ha prestado su concurso y unido sus intereses con movimientos tan disímiles como la abolición de la esclavitud, las campañas contra el alcoholismo, las luchas proletarias o por la implantación de regímenes democráticos.

Estas modalidades han solido dejar en la oscuridad cuanto de lucha por la dignidad del respeto al género había en ellas. Peor aún, en muchos casos estas modalidades parecieran estar en pugna con los análisis de género específicos.

La lealtad al género se contrapondría entonces con la lealtad a la modalidad, ya que ésta respondería a intereses de clase o sector. A este conflicto de lealtades, cuando se presentaba en el campo de una misma mujer, solíamos llamarlo “doble militancia” —en la actualidad se lo denomina “la Franja”, según las conclusiones del Encuentro de Quito “Feminismo y Movimientos Populares”. Equivocadamente, creíamos que encerraba una pugna de intereses quizá insoluble. En un examen menos fundamentalista, la “doble militancia” se presenta bajo otra luz.

El conflicto entre género y modalidad no es sino parte de los conflictos que permanentemente enfrenta el hombre. Más aún, es tan constitutivo de su estar en el mundo que forma la materia de la ética.

“Todo pasa ante nosotros en un fluir —dice el viejo Kant—, y el gusto cambiante y las diferentes figuras del hombre hacen que todo el juego sea incierto y falaz. ¿Dónde encuentro puntos rígidos de la naturaleza, que el hombre nunca pueda desplazar, y dónde puedo fijar hitos que le permitan discernir la ribera en que debe desembarcar?” No hay puntos fijos e inmutables sino que, constantemente, estamos haciendo síntesis entre elementos que se presentan contradictorios o entre alternativas cuya categorización no difiere disyuntivamente sino por grados.

La voluntad personal se expresa en conductas prácticas que no se eligen de una vez y para siempre. Entre dos instancias de valor equivalente —e incluso desigual— la opción se inclinará por una u otra de acuerdo al fluir de las circunstancias. Porque las elecciones suelen estar determinadas antes de abajo hacia arriba —esto es, a partir de lo coyuntural— que de arriba hacia abajo —desde el ideal, aun cuando éste sea una fuerza unificante. En consecuencia, elegir obrar a partir de la modalidad —con o sin conciencia de género— no es sino una entre las múltiples opciones de abajo hacia arriba que se efectúan a cada instante.

El “eufeminismo”

Entre la declarada adhesión al género —feminismo— y la manifiesta unión a la modalidad, se encuentra la amplia gama de quienes se guarecen bajo la ambigüedad de “la mujer”. Si se examinan de cerca sus propuestas, se comprende de inmediato que están trabajando desde postulados u ópticas del feminismo.

La acepción oficial de “feminismo” es “doctrina social que tiende a aumentar los derechos sociales y políticos de la mujer”. En pos de obtener esos derechos, el feminismo ha ampliado efectivamente el objetivo al replantear la especificidad de los análisis de género, entre los que se cuenta la revisión de las definiciones —esto sobre todo desde la segunda ola de feminismo, la de la década del '70.

Desde el género, las relaciones humanas, la ética, la justicia, la educación, entre una multiplicidad de otros temas, se contemplan en una nueva perspectiva. Ese escorzo provoca una reubicación estructural, que lleva a la modificación de las definiciones existentes, con su consiguiente modificación del discurso y de las prácticas concomitantes.

Dentro de ese amplísimo círculo o corte del género, nada atinente al mejoramiento, estudio, análisis o dignificación de la mujer, puede quedar fuera del concepto de feminismo, puesto que el análisis de género es su médula constitutiva. En consecuencia, cuanto se halle bajo vagas denominaciones de “la mujer”, “mujeres de”, “para la mujer”, “por la mujer”, queda, de hecho, inscripto en esa corriente. Y esto es así porque cualquier análisis de “la mujer” o “las mujeres” sin más carece de contenido: “la mujer” o “las mujeres” son menos que

fantasmas, puesto que no existen culturalmente sin atributos. Y el examen, la desconstrucción y rearmado de esos atributos es precisamente de lo que trata el feminismo.

Las razones de ese ocultamiento o velamiento de lo que llamaré *eufeminismo* o *feminismo eufemístico* pueden ser varias. En principio, la razón de esta especie de pseudo decoro quizá deba encontrarse en la ilusión de objetividad. La fachada ambigua no molestaría al androcentrismo porque no habría detrás una pasión personal sino una suerte de mera enunciación de los hechos. Esto carece por completo de fundamento, por cuanto a los análisis que privilegian el género —feminismo— sólo se le opone el que privilegia otra concepción de género, el androcentrismo, de cuya sustancia está hecha la cultura y el reino de las abstracciones objetivas.

En segundo término, porque esa pseudo científicidad —ya sabemos cuánto de subjetivo hay en la ciencia— funciona como protección contra las ofensivas de ese patriarcalismo instalado en los centros de poder. Esto pone a cubierto de los motes con que tradicionalmente se asoció a las feministas: encarnación del mal, avinagradas, locas, lesbianas, enemigas del hombre.

Es comprensible que las feministas de hecho no lo quieran ser en la letra, de derecho. No es fácil remontar el escarnio, la indefensión, la soledad, el desprestigio. Se necesita un temple especial, seguridad en sí misma —algo que la educación actual no nos brinda—, una pizca de audacia, mucho de entrega al ideal. Sin contar con los esfuerzos adicionales que se requieren en la Argentina, tan colmada de “temor al ridículo” y “miedo al qué dirán”.

El feminismo irradia una contaminación: el germen transformador. Separarse de él significa estar del lado bueno, de lo permitido: el lado que no mueve el aire para no mover la muerte de los privilegios, las injusticias, las desigualdades por razones biológicas. No solidarizarse con el feminismo permite a las mujeres, por un lado, no repensarse a sí mismas sino mantenerse en un limbo

a-genérico y, por otro, no perder ninguno de los beneficios emanados de la conducta aprobada por el patriarcalismo: protección económica, reconocimiento social, aceptación individual. Lo contrario las llevaría a enfrentar las ofensivas de burla, aislamiento, ridículo —por no mencionar otras más violentas como despojarlas de sus derechos o quemarlas en la hoguera— que demostraron ser en el pasado extremadamente exitosas. Agudizó la rivalidad entre mujeres, las alejó de su propio género y su propio cuerpo y las arrojó a una especie de vomitorio patriarcal donde quedó diluida su fuerza transformadora.

En tercer lugar, la imparcialidad del eufeminismo releva de la práctica, de la cual se alimenta justamente el feminismo auténtico. Que las cosas las cambien las demás: no hay un compromiso ético por devolver un mundo menos androcéntrico, menos inicuo del que nos encontramos.

Por último, y relacionado con lo anterior, el poder económico del patriarcado está dispuesto a subvencionar al eufeminismo como índice de su universalidad. Dado que no está unido a una práctica transformadora, no ofrece riesgos al sistema existente y se pueden ganar los lauros de una pseudo democracia pluralista y tolerante.

La constelación se organiza

El resurgir de la democracia contempló un germinar de modalidades, grupos feministas y eufeminismos, propios de un despertar pletórico después de un largo período de imposiciones y censuras ideológicas.

En 1982 surge Reunión de Mujeres, cuyo objetivo es formalizar charlas que conformen una cultura cívica.

A fines del mismo año se funda ATEM 25 de Noviembre (Asociación de Trabajo y Estudio sobre la Mujer), integrada por "mujeres de diferentes edades, estudios y posibilidades". Las aglutina una propuesta fundamental, "contribuir a la creación de una sociedad democrática, de un mundo de iguales, donde las diferencias entre los seres humanos no constituyan una excusa para la opresión sino la base del respeto a la pluralidad de la vida"¹.

1983 fue un año de intensa ebullición. Se funda PRISMA (Programa de Investigación y Participación para Mujeres Argentinas). En forma organizada, se constituye el Sindicato de Amas de Casa de Tucumán, que al año siguiente fundaría sus filiales de Salta y Capital Federal. Continúan firmemente sus actividades el CEM (Centro de Estudios de la Mujer), fundado en 1979, el CEDES, el CENEP y la CIM.

En la política partidaria, las mujeres asumen compromisos, afiliándose masivamente. Sin embargo, no tardan en comprender que, dentro de los partidos políticos, poco lugar hay para la mujer en la toma de decisiones. Muchas se sienten marginadas, comprendiendo que su lucha es específica. En las elecciones del '83, a pesar de la numerosa presencia femenina en las bases, el porcentaje de mujeres que llegan a las cámaras es tremendamente bajo².

De un grupo de mujeres de partidos políticos y sindicatos, junto con otras organizaciones, surge a fines del '83 la Multisectorial de la Mujer³. Se producen ar-

¹ Hoja mimeografiada: "Quiénes somos y cómo nació ATEM".

² Y no ha cesado de bajar en las siguientes elecciones.

³ Componen la Multisectorial de la Mujer integrantes de los partidos Justicialista, Movimiento de Integración y Desarrollo, Confederación Socialista, Partido Conservador Popular, Unión Cívica Radical, Partido Intransigente, Democracia Cristiana, Frente de Izquierda Popular, Partido Obrero, Partido Socialista Popular y las siguientes agrupaciones: ATEM 25 de Noviembre, CESMA, FEIMUS, Centro de Estudios Cristianos, Departamento de la Mujer de la Asociación Bancaria, OFA, Reunión de Mujeres, CELS, Asociación de Protección Familiar, Lugar de Mujer.

duos debates en procura de encontrar puntos de acuerdo comunes que no traicionen las respectivas plataformas partidarias. El 8 de marzo del '84, en una fiesta sin antecedentes para celebrar el Día Internacional de la Mujer, van a la Plaza de los Dos Congresos portando las pancartas donde figuran los siete puntos mínimos que finalmente han logrado convenir. Estos son:

1. Ratificación del Convenio de Naciones Unidas sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer.
2. Igualdad de los hijos ante la ley.
3. Modificación del régimen de patria potestad.
4. Cumplimiento de la ley "igual salario por igual trabajo".
5. Reglamentación de la ley de guarderías infantiles.
6. Modificación de la ley de jubilación para el ama de casa.
7. Creación de la Secretaría de Estado de la Mujer.

A partir de entonces, la Multisectorial desarrollará una intensa labor. Junto con grupos feministas integrados en el Movimiento Feminista presentará más de treinta proyectos, la mayoría elevados al Poder Ejecutivo y al Poder Legislativo, que van de los primeros siete puntos al cese de la explotación sexual de la mujer, la condena rigurosa para golpadores y violadores y la igualdad de oportunidades y capacitación de la mujer trabajadora.

También en 1983 se crea un sitio muy especial. Como intento de continuación permanente del modelo de las "Jornadas sobre la Creatividad Femenina", organizadas por DIMA ese mismo año, se funda Lugar de Mujer. Se define como institución con "orientación feminista" y entre sus veintiuna fundadoras figuran muchos de los nombres asociados con el feminismo desde los primeros tiempos: Alicia D'Amico, Safina Newbery, María Luisa Bemberg, Marta Miguelez. Por ser durante bastante tiempo la única institución de la mujer abierta todos los

días al público en la atención de consultas jurídicas y psicológicas gratuitas, Lugar de Mujer se convierte en punto de referencia obligado. Además de los talleres, charlas y conferencias, Lugar de Mujer ha mantenido permanentemente grupos de auto-ayuda para mujeres golpeadas. Asimismo, brinda a quienes lo soliciten una sala para exposiciones plásticas y edita trabajos teóricos, además de un boletín propio.

De 1984 en adelante surgen la Mesa de Mujeres Sindicalistas —que agrupa a más de veinte asociaciones y sindicatos—, el Movimiento Sindical —también con la participación de más de veinte gremios—, los Departamentos o Secretarías de la Mujer en los diferentes sindicatos (del Seguro, Asociación Bancaria, etc.).

Asimismo, se funda INDESO (Instituto de Estudios Jurídicos y Sociales para la Mujer) de Rosario, cuya tarea se lleva a cabo a través de consultorios jurídicos y populares; la Mutualidad de Solidaridad y Apoyo a la Mujer, que trabaja con mujeres de los sectores populares; Conciencia, cuyo fin primero fue difundir la Constitución Nacional, el Taller Permanente de la Mujer, el Foro de la Mujer, la Casa de la Mujer, el grupo Mujer e Iglesia, el Encuentro de Mujeres del Campo Popular, etc.

Un grupo de mujeres autoconvocado tomó el nombre de Encuentro Nacional de Mujeres. El punto de partida de ese proyecto fue crear “un frente de lucha prescindente de nuestras ideologías y de nuestro compromiso en la coyuntura nacional”. Este dinámico Encuentro realiza anualmente sus reuniones generales desde 1986. Las participantes de los “Talleres” —que de un millar inicial sumaron este año cuatro mil quinientas mujeres, extraen conclusiones que constituyen un interesante material para comprobar la evolución del pensamiento feminista.

A nivel oficial, encontramos Mujer Hoy, un programa coordinado por Haydée Birgin para crear un espacio de las mujeres en los barrios, organizado por el

Programa Cultural en Barrios de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Buenos Aires, y el Programa de Promoción de la Mujer y la Familia (Secretaría de Desarrollo Humano y Familia del Ministerio de Salud y Acción Social). Asimismo, organizado por el Ministerio de Salud y Acción Social, se llevó a cabo un “Programa Mujer, Salud y Desarrollo”.

Siempre en la esfera oficial, se concretaron dos viejos anhelos: la creación de la “Biblioteca de la Mujer”, por inspiración de Josefina Delgado, y la Subsecretaría de la Mujer, a cuyo frente estuvo Zita Montes de Oca. En diciembre de 1989 fue elevada a la categoría de Secretaría de Estado, con la doctora Argentina Berti como secretaria. A principios del corriente año fue disuelta, sin saberse hasta el momento si será reemplazada por otro organismo.

Incontables son las charlas, debates, seminarios, conferencias, talleres, que han tenido por centro al sujeto mujer. Entre los primeros, cabe recordar las “Jornadas sobre la Mujer”, organizadas en noviembre de 1983 por el Instituto Goethe y repetidas al año siguiente en San Juan merced al criterio federalista de su directora, Ursula Bremer de Ossa, así como los innumerables ciclos de y sobre mujeres del Instituto; el “Encuentro de Mujeres sobre Vida Cotidiana y Política”, organizado por Ediciones La Campana, y las jornadas de trabajo de ATEM en conmemoración del 25 de noviembre, Día Internacional contra la Violencia sobre la Mujer —excelente iniciativa, reiterada año tras año.

De allí en más, día a día se ha ido expandiendo el interés por la problemática del género mujer. Laboratorios, jornadas, encuentros, mesas redondas, han agregado, si no una contribución original, por lo menos una instancia en variados tonos de los conceptos y los testimonios que ayudan a despertar conciencias sobre el tema mujer.

Una importante producción de folletos, hojas mimeografiadas y boletines acompaña la acción de los grupos y también del reflexionar de mujeres independientes.

Las publicaciones de la Multisectorial de la Mujer, del CEM, de la Secretaría de la Mujer, de Lugar de Mujer, de DIMA, de ATEM, de INDESO, del Encuentro Nacional de Mujeres, de la Unidad de Comunicación Alternativa del ILET, sobre diferentes aspectos relacionados con lo femenino, fueron creando un caldo de cultivo para una verdadera apertura de la conciencia de género. Colaboraron en ello las publicaciones sobre la mujer argentina en revistas especializadas como *Todo es Historia* —que le dedicó un número entero, además de artículos sueltos—, la sección “La Mujer” de *Tiempo Argentino*, dirigida desde noviembre de 1982 a setiembre de 1986 por María Moreno, las notas de *Actualidad Psicológica*, del Centro de Estudios Cristianos, de la *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, de *Emanuelle*, de *Mujer*.

También hubo revistas específicas: *Prensa de Mujeres*, cuya dirección compartí con Mirta Henault y que sólo llegó al cuarto número; *Alternativa Feminista*, que comenzó a aparecer en marzo de 1985; *Brujas*, con una acción continuada desde 1982; *Alfonsina*, más ambiciosa que las anteriores, también más profesional, que sólo se mantuvo un año, con la dirección periodística de Mariana Imas primero y María Moreno después; *A.C.P.* (Amas de Casa del País), de enero a junio de 1986; *Hiparquia*, revista de mujeres filósofas. Y otras más, como *Descubriéndonos* o *Mujeres en Movimiento*. Sin olvidar ese excelente trabajo, *Feminaria*, que comenzó a aparecer en 1988 bajo la dirección de Lea Fletcher y continúa gallardamente hasta la fecha, habiéndose publicado cinco números muy extensos.

Los estudios, análisis y reflexiones sobre la mujer, así como los testimonios personales también conocen las glorias del libro. La lista es extensa y nombro algunos al azar: Mirta Videla: *Mujer, madre y divorciada* (Bessana, 1986); mi *Camila O’Gorman o el amor y el poder* (Leviatán, 1986); Liliana Mizrahi: *La mujer transgresora* (Grupo Editor Latinoamericano, 1987); Clara Coria: *El sexo oculto del dinero* (Grupo Editor Latinoamericano, 1986); Silvia Etkin, compiladora, y Mempo Giardinelli, editor: *Mujeres y escritura* (Editorial Puro Cuento, 1989); Eva Giberti y Ana María Fernández: *La mujer y la violencia invisible* (Editorial Sudamericana y Fundación Banco Patricios, 1989).

Además de todo ese trabajo gráfico, no faltan tampoco los testimonios filmados —documentales, videos, cortos y largometrajes, las audiciones radiales, los programas de televisión de y sobre la mujer.

Ni tampoco iniciativas simpáticas. Una de ellas fue el premio *Estrella de Nieve* de la Asociación de Mujeres de Negocios y Profesionales de Bariloche. Este premio, creado por la entonces directora, Arlette Neyens, se otorgó a mujeres que hubieran desarrollado una labor meritoria en favor de las mujeres.

Otro de esos premios es el de *Reconocimientos, una actitud de vida* que, sobre una idea original de Alba Petrúngaro, otorgaba, desde 1985 y hasta el año pasado, ciento un premios a mujeres destacadas. Esto es, uno por cada año de vida de la doctora Alicia Moreau de Justo, en cuyo homenaje fueron instituidas las *Alicias*.

El registro de las actividades es amplio, tantísimo más extenso de lo que pueden sugerir las breves enumeraciones anteriores. Nuevos nombres se agregan día a día a los precedentes, a los más antiguos, ampliando el panorama de quienes bregan por una inserción de la mujer en el mundo más justa e igualitaria también, más propia. Pero, haciendo eco de las palabras de Elizabeth Azcona Cranwell, "¿se podrán derrotar los ritmos del espacio / con un perfil de dama solitaria?" La respuesta provisoria es que los perfiles solitarios se van uniendo de más en más para sedimentar una conciencia sobre el género que parece avanzar sin intermisiones.

CAPÍTULO VIII

INFLUJOS DEL FEMINISMO Y OBSTACULOS EN EL CAMINO

Estamos comenzando a transitar la última década del siglo xx. El hombre escudriña lo infinitamente pequeño y se asoma a los espacios interestelares. La era tecnocrónica aporta adelantos casi inimaginables en lo material, aun cuando también juegue con riesgos calculados y otros, muchos, imprevisibles. El progreso científico pareciera no encontrar barreras infranqueables. Sin embargo, en el viaje hacia el centro del propio ser, en los lazos de persona a persona, los parámetros que nos rigen siguen siendo altamente dependientes de lo articulado en el emerger de la civilización.

No significa esto que no se hayan realizado algunos avances sustantivos hacia una existencia integral, pacífica y libre así como hacia el desarrollo de las potencialidades humanas. Pero todavía es inmenso lo que resta por hacer.

En nuestro país, durante los últimos veinte años, el enfoque del feminismo ha efectuado contribuciones significativas para desandar prejuicios, obtener el pleno

desarrollo de la mujer, una mejor calidad de vida, así como para echar las bases de una convivencia digna y respetuosa del prójimo.

Los influjos

Por ser formadora de la personalidad del niño, la familia reviste una doble importancia, presente una, futura otra. El efecto inmediato es qué clima rodea a la criatura, cuál es su calidad de vida; el efecto posterior, qué valores significativos va recibiendo para modelar su conducta futura.

La violencia, que es siempre repudiable, se vuelve entonces atroz cuando se ejerce en el seno doméstico. Sensibilizadas las feministas ante esta situación, crean en 1983 el Tribunal de Violencias contra la Mujer. Lo componen OFA, LIBERA y ATEM, y tiene por objetivo "alertar a la sociedad sobre la violencia que se ejerce contra la mujer, no solamente desde el punto de vista sexual sino también social y político".

Va de suyo que la violencia doméstica, fundamentalmente el niño y la mujer golpeados, indudablemente es un tema tan viejo como la institución familiar y más aún; lo que sí es novedoso es su desvelamiento primero y la sistematización científica de su tratamiento.

En Estados Unidos y en Europa el tema salió a la opinión pública en la década del 70. Aquí, en cambio, debería esperar diez años más. A fines de 1983 María Cristina Vila de Gerlic decide instrumentar un proyecto de presentación y difusión de la temática. En 1984 se concreta ese proyecto, actuando Vila de Gerlic como coordinadora y docente del "Primer Seminario de Prevención y Asistencia a Mujeres Golpeadas". La acompaña un grupo de cola-

boradores de distintas disciplinas y se dicta en el Servicio de Patología del Hospital Piñero. Paralelamente, emprende una importante tarea de difusión. Charlas, conferencias, seminarios. Un año después comienzan a formarse profesionales en el tema en la sede del "Proyecto Escuela de Salud Pública" —labor que no se ha interrumpido hasta la fecha.

La problemática es grave y amplia: recorre todo el espectro socioeconómico. También es asimétrica: en el 73 por ciento de los casos las víctimas son mujeres, y del porcentaje restante, en el 22 por ciento de los casos la violencia es mutua.

Según estadísticas realizadas en otros países, la mitad de la población femenina ha sido sometida a malos tratos por parte de su marido o compañero en algún momento de su vida. En la Argentina, hasta donde se sabe, cuatro de cada diez mujeres han sido víctimas de la violencia. De la violencia física, manifiesta.

¿Cuántas más habrán de contarse en la violencia que no se ve? La violencia del terrorismo psicológico en todas sus facetas. La humillación privada o pública, la desvalorización, la amenaza encubierta, las zancadillas al triunfo profesional —o de cualquier otro tipo—, la presión económica, el grito destemplado.

Desde la presentación pública del tema de la violencia doméstica, se han creado más de cincuenta centros asistenciales en todo el país, oficiales o no; asimismo, existe un servicio municipal de ayuda telefónica. Se continúa la formación de profesionales idóneos y se ha introducido el tema de la violencia en los claustros académicos como carrera de postgrado universitaria. De todo ello, como sostiene Vila de Gerlic¹, los grupos de autoayuda siguen siendo el elemento más directo para las mujeres en problemas, dado que las saca del aislamiento y aleja sentimientos de culpa.

¹ Reportaje publicado en *El Cronista Comercial*, 3 de junio de 1990.

No obstante, más de lo que se ha hecho es lo que falta por hacerse. Prioritariamente, refugios para mujeres golpeadas. Luego, una legislación adecuada que sancione al golpeador y le impida acercarse a la mujer y los hijos hasta tanto no reciba un tratamiento adecuado. Junto con ello, se precisa un servicio de acompañamiento y seguimiento a la mujer golpeada. Por otra parte, también deben desarrollarse grupos de trabajo para la prevención de la violencia. Y, sobre todo, mantener vivo el tema en la opinión pública. Los verdaderos cambios sólo se obtienen a través de la modificación cuantitativa de los criterios de vida.

La socialización de la criatura adquiere consolidación entre el segundo y el tercer año de vida. En esta etapa se van conformando sus intereses, sus preocupaciones, sus normas y creencias fundamentales. De la misma manera, se cimentan los conceptos sobre la adultez.

En gran medida, los padres —y maestros— a través de los medios de que disponen, continúan perpetuando roles codificados. Siguen modelos ya obsoletos, en lugar de los papeles flexibles que se imponen en el mundo actual. En los juegos, se privilegia entonces el desarrollo físico del varón y el sentido de protección de las niñas. En los juguetes, se pone en manos de las menores copias sin imaginación de lo que ven en su hogar: cocinitas, artefactos domésticos, equipos de belleza, en tanto se les ofrecen juguetes ingeniosos o bélicos a los varones. En los libros de texto, el sexismo también hace estragos, condicionando a la mujer para la privacidad y al varón para lo público al mostrar texto e imágenes *ad hoc*.

Por desgracia, poco es lo que ha conseguido hacerse respecto a juegos y juguetes igualitarios. En cuanto a los libros de texto, el CEM ha dado un paso adelante con aportes definitivos para modificar las imágenes sexistas y presentar un mundo más auténtico y equilibrado.

El derecho al trabajo se plantea en términos equivalentes a independencia económica y decoro de la persona humana. El feminismo cuenta entre sus premisas la activa inserción de la mujer en el campo laboral y su efectiva capacitación. En este sentido, es por demás interesante cuánto ha influido, no sólo en el aspecto general, sino sobre grupos tradicionales, abriéndolos a una perspectiva dinámica.

Muchos son los ejemplos que abonan lo anterior, pero tal vez el más acabado lo configure la Federación Argentina de Mujeres de Negocios y Profesionales. Si bien estuvo dentro de los objetivos generales de esta agrupación, creada en 1961, la capacitación de la mujer como ser social libre y responsable, recién en 1984 adquirió el impulso hacia programas de acción socioeconómica.

Perla Arias —un personaje que, según afirma Oscar Magdalena, si no existiera habría que inventarlo— le imprimió un giro decisivo a la Federación mediante el programa *Hanomi (Hagámoslo nosotras mismas)*. Bajo la orientación de Joan Goddin, del Overseas Education Fund, se implementó en Neuquén, en el Delta y en la Capital Federal, un proyecto para incorporar mujeres de áreas marginales a los mecanismos de producción mediante una preparación adecuada. En tres años de actuación se lograron varios de los objetivos de este “Programa de Alfabetización Económico-Empresarial”: comprender cómo los cambios en la economía tienen un impacto distinto para el varón y la mujer, desarrollar un compromiso con la microempresa, el cooperativismo y otras acciones laborales alternativas, comprender la propia identidad junto con una mayor autoestima y valorización de lo grupal.

Paralelamente a los programas de autogestión económica F.A.M.N.Y.P. ha comenzado a desarrollar seminarios de capacitación para la empresa y, juntamente con otras instituciones, un “Programa de Acción Cívica” des-

tinado al estudio, análisis y adopción de medidas legislativas y administrativas para asegurar la efectiva participación de la mujer en los procesos de tomas de decisiones, tanto a nivel local como nacional.

“...bueno, con el compañero batallamos juntos pero después se notaba que las mujeres no llegaban. Pero toda esta difusión de la cosa de la mujer, los movimientos feministas, yo creo que ha hecho reflexionar un poco”². Esta cita de una sindicalista es por demás elocuente de la influencia del feminismo con sus replanteos del papel de la mujer en la sociedad.

A través del despertar de la conciencia de género, la mujer cuestiona su inserción en los diferentes campos. Las trabajadoras, las políticas, las profesionales, descubren que, además de las reivindicaciones comunes al sector que pertenecen, tienen problemas específicos por su condición de mujeres. Se crean entonces departamentos, secretarías, ramas, asociaciones especiales que las nuclean en función de su género. Desde allí, piden el máximo de participación. No sólo en las discusiones o el trabajo mismo, sino una auténtica representación —proporcionalmente cuantitativa y cualitativa— en la toma de decisiones.

Por la cantidad de mujeres que agrupan, por su estrecho contacto con las fuerzas productoras, estos nucleamientos constituyen un baluarte decisivo para transformar las formas y métodos de la producción.

En verdad, el feminismo no ha sido de las teorías menos influyentes en la desmitificación de la sexualidad, en el desvelamiento de las profundas conexiones que tiene con los procesos psicológicos. Tanto que, hoy en día, no es infrecuente ver en revistas de difusión masiva artículos

² Mónica L. Cogna: “Mujeres y sindicatos en la República Argentina”, en *Participación política de la mujer en el Cono Sur*, *op. cit.*

referentes a distintos aspectos sexuales. Sin mencionar las decenas de libros dedicados al tema. En gran medida, la sexualidad ya no es un tabú. Aunque todavía falta bastante para un pleno conocimiento de las características femeninas y de su estrecho parentesco con el proceso de individuación personal. De todos modos, el acento está puesto en que cada mujer conozca su sexualidad y gobierne su cuerpo; esto es, que se alfabetice sexualmente.

Una de las letras de ese alfabeto son los anticonceptivos. Si bien no constituyen una panacea universal para separar la celebración del amor de la maternidad, los anticonceptivos proporcionan la posibilidad de decidir libre y responsablemente la cantidad de hijos deseados y el intervalo entre uno y otro nacimiento. Esta posibilidad quedó teóricamente cercenada con los decretos de 1974 que prohibían la venta y difusión de anticonceptivos.

Una y otra vez las feministas clamaron contra esa esclavización del cuerpo femenino. Finalmente, junto con la Multisectorial de la Mujer, en 1985 demandaron formalmente su derogación al Poder Ejecutivo. Un año después se promulga el decreto N° 2274 donde se lee en su art. 2°:

“El Ministerio de Salud y Acción Social de la Nación, a través de las secretarías de Salud y de Desarrollo Humano y Familia, según sus respectivas competencias, promoverá acciones tendientes a mejorar la salud de la madre y el niño, fortalecer y desarrollar la familia en su carácter de célula básica de la sociedad. Para ello realizará tareas de difusión y asesoramiento necesarias, para que el derecho a decidir acerca de su reproducción pueda ser ejercido por la población con creciente libertad y responsabilidad.”

En estos momentos, las feministas piden medidas adecuadas y la libre discusión sobre los abortos clandestinos.

Las mujeres dan la vida y la sociedad reconoce y enaltece la maternidad. Sin embargo, para la ley, alguno de esos hijos merecían un tratamiento distinto a otros. Haber nacido dentro del marco matrimonial otorgaba mayores derechos que nacer como fruto de un amor no legalizado. La falta de los padres —si es que puede hablarse de falta— recaía sobre un ser inocente. La injusticia era flagrante y violatoria de nuestra Constitución.

El 12 de diciembre de 1983, el primer día en democracia después de siete años de gobierno militar, Lugar de Mujer presenta en la Cámara de Diputados un proyecto de equiparación de hijos matrimoniales y extra-matrimoniales, elaborado en el taller "Propuestas al Parlamento", coordinado por Haydée Birgin. Dicho proyecto, junto con otro del mismo taller, pidiendo la ratificación de la Convención de Naciones Unidas sobre Eliminación de toda Forma de Discriminación contra la Mujer, se encuentra entre los primeros proyectos elevados a las Cámaras.

Por presión de las organizaciones de mujeres, se sanciona en 1985 la ley 23.264 que concede a todos los hijos la igualdad ante la ley.

Una de las prácticas que ha sido mayormente influenciada por el feminismo es la psicoterapia. El androcen-trismo ideológico en que se basaba ha dado un giro de ciento ochenta grados. Los componentes de ese giro pueden resumirse en los siguientes puntos:

- Reconocer la importancia de la situación social de la mujer en la formación de su subjetividad.
- Comprender cuánto influyen las diferencias de socialización en las experiencias vitales para ambos sexos.

- Tratar de sacar a las mujeres del horizonte limitado de deseos generado por el encierro en el rol materno y sus concomitancias.
- Evaluar en qué medida la carencia de poder social de la mujer genera problemas personales derivados de la pasividad, la dependencia, la sumisión y la apatía.
- Seleccionar estrategias para una reconstrucción del yo femenino que las impulse a la acción personal y pública.
- Tratar en su especificidad la sexualidad de la mujer.

Asimismo, las técnicas de concienciación feminista han servido de modelo útil para el desarrollo de sistemas de autoayuda en el campo de la salud mental. Y también en otros campos donde se necesite autoafirmación y capacidad decisoria.

La prueba de este fuerte acento en las posibilidades voluntaristas se encuentra en la importante masa de obras de autoayuda, autoconocimiento y autodesarrollo que se publican mensualmente.

A partir de las psicólogas y las sociólogas, en poco más de una década la mujer se ha convertido en el gran tema de estudios por excelencia. Las mujeres analizan, investigan, recobran el pasado de otras mujeres, interpretan las acciones de las actuales. Como ya lo hizo Elvira López, quizá el antecedente más remoto en la Argentina, cuando en 1901 presentó su tesis titulada "El movimiento feminista" para optar al grado de doctor en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Como estudiosas de su género, las mujeres se convierten en sujetos de acción social al producir conocimientos. Conocimientos e informaciones que, manejados

correctamente, pueden servir como base para el trazado de estrategias o cambios futuros.

Sin embargo, como dice el proverbio chino, "un método correcto utilizado por una persona incorrectamente, hace al método incorrecto". ¿Qué significa esto? Que los estudios académicos deben ser seguidos con conciencia vigilante por el feminismo.

Tanto los provenientes del Estado —estudios de postgrado en la Universidad de Buenos Aires y próximamente en la del Comahue, becas y subvenciones del CONICET, etcétera— como el rosario derivado de la iniciativa privada, pueden presentar ciertas debilidades, a saber:

- el usufructo por parte de una o varias mujeres del esfuerzo de todo un movimiento;
- el aislar a las mujeres de su género mediante su captación superestructural por el sistema patriarcalista;
- el convertir en tópico lo que es dolor, angustia, sufrimiento;
- el no ejercer una crítica frontal a las condiciones de desigualdad;
- el disolver la fuerza conjunta transformándola en beneficios económicos privados o lucimientos personales;
- el dirigir la capacidad transformadora del género mediante programas, curricula o proyectos que deben ser previamente aprobados por el androcen-trismo;
- el remplazar la transformación general por el cambio de pequeños grupos o de individualidades;
- el imprimir un carácter elitista a la problemática.

Si logran sortearse estas dificultades, los estudios de la mujer a nivel académico son intrínsecamente meritorios y de avanzada.

El feminismo marcó una impronta indeleble en las letras. Por un lado, porque la nueva conciencia adquirida por la mujer, las nuevas perspectivas desde las que observaba la realidad, se canalizaron naturalmente hacia su expresión escrita.

En busca de entenderse mejor, en procura de retratar un mundo que había quedado desvalorizado por el discurso masculino, en el afán de dejar testimonio de las etapas del descubrimiento de sí, la mujer hubo de volcarse a las manifestaciones literarias. Su cuerpo, su mente colonizada, objetos de la expropiación androcéntrica, podían ser recuperados a través de la magia verbal.

Por otra parte, la ficción no fuerza a un cambio de la realidad. Cuando se produce es un cambio de segundo grado, no un efecto inmediato de la voluntad. La literatura —el arte en general— es un paño ancho que también puede recibir las confesiones de impotencia, inseguridad, miedo.

La relación de la creadora con el texto, la codificación de ese mismo texto, las transformaciones del lenguaje y los contenidos literarios se convirtieron en un eje de reflexión constante. Las propuestas son diversas: desde crear un universo de contra-valores a tratar de introducir lo femenino en la corriente tradicional. De todos modos, quizá como nunca antes, las creadoras se encuentran para reflexionar juntas —y esto es bueno en sí mismo. Dos iniciativas se destacan por su envergadura, de las múltiples reuniones, charlas, talleres y seminarios: el Encuentro Nacional de Escritores y las Primeras Jornadas sobre Mujeres y Escritura.

El Encuentro Nacional, como su nombre lo indica, abarca a representantes de todo el territorio argentino —de ese interior fértil y tan poco conocido en Buenos Aires. Se realizó por primera vez en 1988, por inspiración de Libertad Demitropoulos y la idea es continuarlo en cuanto se pueda.

Las Primeras Jornadas de Mujer y Escritura fueron convocadas en 1989 por la revista *Puro Cuento* en la ciudad de Buenos Aires. Afortunadamente, las cincuenta y seis ponencias leídas durante su transcurso fueron publicadas en libro bajo la denominación *Mujeres y escritura*.

Quizá lo que falta todavía a este movimiento literario para alcanzar su verdadero peso sea que los resultados que se van generando aparezcan reflejados en las críticas de los diarios y revistas de tiraje masivo.

En su sentido original, política es el arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados. Esto es, no se trata de una ciencia de validez universal sino de una tarea subjetiva, hecha por hombres, sujeta a errores y a modificaciones según las épocas. Por ello, el primer suelo de significación de la política aparece abonado, regado por el tiempo y las costumbres, que recogieron la cosecha de sucesivas capas culturales.

En la actualidad, la palabra política se halla densamente cargada de connotaciones partidistas de cultivo casi exclusivamente monosexual masculino. El enfoque que adopta se relaciona sobre todo con pujas por el poder, dentro de un marco de problemas acotados según sistemas establecidos. Sin embargo, las ideologías que los sustentan han entrado en crisis.

Fuera del ámbito de los partidos hay instituciones, personas, grupos que pretenden devolverle a la palabra política su gravitación inicial. Esto es precisamente el ángulo que ha incorporado el feminismo: lo privado como político, demostrando que no existe un civismo público imparcial. En sus análisis, denuncia que los principios sobre los que se basa reproducen la posición del género en el poder, puesto que las mujeres han sido excluidas del pacto social democrático. Ese pacto preexistente devalúa la vida personal y los sentimientos confinándolos al hogar y, simultáneamente, equipara esos intereses con los propios.

El feminismo quiebra esa ilusión de universalidad, articulando un discurso en contrario. Proclama que la posibilidad de consenso sólo puede darse con la inclusión de las diferencias: de la mujer, de los negros, de los desheredados. En consecuencia, propone para su legitimación política los temas —respecto a la inserción femenina— de la violencia familiar, los asaltos sexuales, la prostitución, la división sexual del trabajo. Esto significa que ninguna práctica, ningún asunto, ninguna institución, ningún sujeto, deberán estar excluidos *a priori* de su manifestación y debate público y de su representación ante los gobernantes. Va de suyo que tampoco será obligado a permanecer en el territorio de lo privado invisible ningún otro aspecto o acción de las personas.

La sensibilización a la experiencia individual, al testimonio —producto de la concienciación feminista— está en vías de sentar las bases de un civismo distinto donde se reconozca la palabra de la diferencia. También, de una nueva moral, que acorte la distancia entre las definiciones y la práctica política. En este sentido, los ciudadanos como tales están comenzando a organizarse en consejos para hacer valer su poder e impedir o debilitar los dobles mensajes y las incongruencias de los partidos tradicionales.

Respecto a lo anterior, el feminismo critica toda hipocresía y corrupción tendientes a crear un mundo de ficción político. Por el contrario, insiste en la necesidad de actuar en consonancia con las ideas.

En la ética de la participación, la amistad, el amor y el cuidado, que dibuja el feminismo a partir de la especificidad del género mujer, el trato al prójimo en esos términos lo confirma no sólo en su carácter humano sino en su individualidad³.

Esta confirmación del prójimo, no en tanto otro cualquiera sino en cuanto ser único e irrepetible, es una

³ Tal como lo sostiene Seyla Benhabib en "The generalized and the concrete one", en *Feminism as critique*. Minnesota, 1987.

de las dimensiones políticas del derecho a la vida —a una vida digna, libre y autogobernada.

“Pero no nos engañemos —afirma Elizabeth Jelin—. La existencia de fuerzas éticas y democráticas no son parte «natural» del ser mujer. Son construcciones históricas y proyectos, que pueden ser incorporados —a partir de la identificación de la mujer con la procreación y la gestación de la vida— a una sociedad futura deseable”⁴.

El feminismo sabe bien que no existe el milagro liberador, lo sabe al precio de sangre y muerte. Pero las luchas de las sufragistas del siglo pasado, la de nuestras abuelas de este siglo, la metodología de las Madres de Plaza de Mayo, la de las organizaciones de mujeres en general, van creando las condiciones de factibilidad para una nueva política, con nuevas metodologías, para nuevas costumbres y modos de pensamiento, para una nueva ética. Como lo advertía el poeta, ni siquiera hay camino, se hace camino al andar.

Los obstáculos

El camino que va labrando el feminismo hacia una sociedad más armónica y plena está erizado de dificultades. No es la menor la estrategia que emplea el androcentrismo para mantener los privilegios que usurpó hasta ahora. Ese androcentrismo cuyas concepciones se distribuyen con beneficios diversos entre varones y mujeres pero cuya óptica comparten unos y otras por igual.

En la convicción de que la mejor defensa es el ataque, el patriarcado responde a los avances feministas con una batería de tácticas. Algunas, aunque antiguas y repe-

⁴ Elizabeth Jelin: “Ciudadanía e identidad, una reflexión final”, en *Participación*. Ginebra, 1987.

tidas, no son por ello menos eficaces. Otras, tienen una acuñación reciente.

Entre aquéllas, la primera táctica es la indiferencia: nada de lo que hacen las mujeres es verdaderamente importante. Luego viene la representatividad: una mujer responde por todas; si una se equivoca, el error no es personal, es del género. Por el contrario, si alguna acierta no demuestra la capacidad de su género sino la personal. La tercera es hablar de las mujeres: los varones les dicen cómo son y cómo van a seguir siendo dada su naturaleza intrínseca.

Cuando la acción, la protesta o los reclamos de la mujer son muy fuertes y no se los puede ignorar, se apoderan de sus contenidos y los retransmiten en forma alterada, confusa, rara. Esto da pie a afirmar que, si no consiguen algo, es porque no saben lo que quieren.

También menudean las acusaciones para disuadir a las mujeres de sostener sus legítimas aspiraciones. El desdén, el ridículo, la burla, las frases hechas, los conceptos prejuiciosos, circulan para alejar a las mujeres de sus reivindicaciones —y surten efecto, ya que caen sobre una educación que nos prepara para que nuestra imagen sea agradable a los demás, no autoafirmativa.

Existen asimismo incontables modos para desalentar a quienes se lanzaron a alguna forma de feminismo. De inmediato se las acusa de sexismo al revés, de que están contra el hombre —¡cuando el feminismo, estando a favor de la igualdad en la diferencia, busca una perspectiva menos asfixiante también para el varón!—, de que las feministas pugnan por generalizar el lesbianismo —¡cuando justamente luchan porque no se defina a la mujer desde la sexualidad!—, de que quieren destruir la familia —¡cuando el feminismo busca extender la fuerza familiar a la sociedad entera!—, de que son elitistas —¡cuando precisamente el feminismo procura la inclusión de todo lo genérico humano olvidado!

Indudablemente el patriarcado sabe bien cuáles son los puntos flojos, el talón de Aquiles de la mujer, y los

utiliza para que rehuyan la calificación de feministas. Pero como el feminismo parte de una realidad dolorosa que, en diversos grados y tonos, padece todo el género, las mujeres salen igual a la lucha. Se dan entonces situaciones paradójales. Trabajan para lograr puestos de relieve, pero no son feministas. Organizan una campaña para la representación proporcional de las políticas en las cámaras, pero no son feministas. Hablan del gobierno del propio cuerpo, pero no son feministas. No quieren ser "confundidas" con las feministas, cuando la única confusión es la que el patriarcado las ha llevado a tener consigo mismas.

En este punto la brega es ardua: cuanto más se las invita a escuchar, menos oyen; cuanto más fuerte es la luz que las ilumina, más se enneguecen. ¿O será porque no tienen esa alma "lo suficientemente audaz" que pretendía Rimbaud, ya que ser feminista es poner al descubierto, des-velar, quitar el disfraz a lo que el miedo, la complicidad, la pereza y la ignorancia prefieren mantener oculto?

En pos de la vieja pauta de separar entre sí a las mujeres, el patriarcado tiene mil formas de dividir al movimiento feminista desde adentro. Este se atomizaría entonces en pequeños reductos irreconciliables. Un "feminismo liberal" se opondría a un "feminismo de base popular"; un feminismo "filosófico" a otro "político". Habría un hipotético enfrentamiento entre un feminismo teórico y otro de acción, entre uno que pugna por la igualdad y otro por la diferencia. Incluso se quiere mostrar a las feministas amas de casa opuestas a las profesionales —y la lista puede seguir engrosándose con estas oposiciones bizantinas.

Algunos artificios de presión son novísimos. Unos van en el sentido de dar a entender que, en algunos puntos, las feministas tienen razón, que su lucha es válida, pero que exageran, que se pasan de la raya —esa raya invisible que constituye el umbral de tolerancia de los poderes. Otras de las presiones es el intento de suplantarse

a las mujeres: el género varón comprende cuánto han sufrido hasta ahora, que las cosas no han estado bien, pero, desde aquí en más, las van a ayudar a mejorar su situación. Superponen su palabra de varón —por articulada y bienintencionada que sea— a lo que las mujeres deben decir y hacer —por balbuceante e incompleto que resulte.

En conexión con lo anterior, la palabra masculina indudablemente puede parecer más ponderada y razonable que la feminista, cargada como se halla ésta de rabia, dolor y silencio. Se escamotea entonces la presencia del feminismo en los medios de comunicación porque se enojan y contradicen: no se sabe lo que quieren. Lo cual lleva a aumentar el equívoco: el feminismo aparece explicado desde quienes no son sus protagonistas, desde una segunda mano —quizá adversaria— que supone lo que el feminismo es, según se lo permiten entender sus prejuicios.

No faltan quienes minimizan su poder transformador ubicándolo en un ayer superado. Aseguran que el feminismo era bueno en el contexto en que surgió, pero que han cambiado las condiciones y está pasado de moda. Estaríamos entonces en el postfeminismo porque ahora la situación histórica ha variado todo lo que tenía que variar respecto a la mujer —¡cuando en verdad recién comienza la transformación a partir del género!—, o que el feminismo no responde al medio latinoamericano, sino que es un producto de otros países —¡cuando el feminismo atraviesa todos los tiempos y latitudes y todas las capas sociales!

Entre las tácticas más corrosivas se encuentran las económicas: las negativas y las positivas. Las negativas serían aquellas tales como no apoyar económicamente, o quitarle el apoyo, a los proyectos feministas⁵, no tomar

⁵ Tal como acaba de ocurrirle a la prestigiosa revista norteamericana *Ms*, después de 17 años de trayectoria feminista, según confiesa su directora, Gloria Steinem, en una carta abierta dirigida a las lectoras.

en las empresas personal feminista o despedirlo —encubiertamente— por serlo, sabotear la compra o la difusión de cualquier producido feminista —sea una obra artística, una revista, un objeto de consumo o una conferencia, no hacer negocios con feministas, no requerir su opinión.

Las presiones económicas positivas pueden ser tan mortales como las negativas. Estimulan los intereses espurios mediante subvenciones a proyectos dirigidos a personas sin poder multiplicador o sostienen puestos rentados en empresas sobre la problemática de la mujer carentes de capacidad transformadora. Alientan el oportunismo al conceder becas para el tratamiento de temas o estadísticas inocuas. Debilitan al movimiento adueñándose parcialmente de sus propuestas y convirtiéndolas en objeto de consumo. Dividen a las feministas entre las que aceptan y las que rechazan este gatopardismo del sistema, que limpia su conciencia cambiando algo para que, en verdad, nada cambie. Cuando la mujer se convierte sólo en tema de estudio es porque se ha matado el cuerpo vivo y transformador en que yacía.

El androcentrismo ha sido altamente efectivo en mantener con vida los preconceptos que lavan el cerebro. De este modo, se consigue que la fidelidad de la mujer a su propio género quede abortada antes de nacer.

El vigía del prejuicio que el sistema sexista ha internalizado en cada mujer colabora para convertirlas en extranjeras de su propio género. Las des-solidariza de las otras mujeres y las confina al aislamiento, por dorado que sea. El prejuicio obra para que las mujeres no quieran mezclarse en el descubrimiento de esa mujer autónoma que quiere el feminismo y odia el patriarcado. El prejuicio obra para que acepten sin escándalo que le sean amputadas las alas de su independencia y las de la libertad ajena. Las feministas, que no ignoran estas trampas, están siempre atentas para descubrirlas y hacerlas conocer públicamente.

CAPÍTULO IX

FEMINISTAS Y FEMINISMO

1990. Las antiguas integrantes de UFA seguimos alternando entre las opciones que presentaba Camus: soledad - solidaridad. Por épocas compartimos las acciones colectivas y nos encontramos en el seno de un grupo, en medio de una celebración, en una mesa redonda o un taller. Y por épocas nos alejamos para tomarnos un respiro o buscar un espacio de reflexión propio, una tarea que se adecue a nuestros ritmos internos, que no siempre coinciden con los grupales.

Esa aventura individual puede adentrarse en los vericuetos de la construcción de la propia vida o la propia alma o concretarse en algo visible: un libro, una película, un artículo periodístico, una exposición fotográfica, una canción. ¿Qué importancia tienen esas acciones para la difusión del feminismo? Es difícil evaluarlo, como toda vez que se ha presentado la encrucijada entre el valor de lo individual y lo colectivo para torcer el rumbo de la historia. Hay libros que contribuyeron a cambiar la organización de la sociedad más que una nación entera. Hay filmes que transformaron la sensibilidad del hombre actual más que declaraciones grupales. Hay imágenes

fotográficas que son más elocuentes que una manifestación de protesta.

¿Cuánto ha hecho por el feminismo que María Luisa Bemberg haya llevado sus filmes al reconocimiento internacional? ¿Cuánto ha significado que Pinky, Moira Soto, María Moreno, entre muchas otras, introdujeran en los medios de comunicación masiva el enfoque feminista toda vez que pudieron hacerlo? ¿Cuál es la verdadera repercusión de tantas obras sobre diversos aspectos de la realidad, escritas sin olvidar la perspectiva del género? ¿A cuánto llega el poder transformador del taller fotográfico "Creación de la propia imagen" que Alicia D'Amico realiza periódicamente? Más allá de la concreción de imperativos personales y del indubitable valor como ejemplo, sólo el transcurrir del tiempo podrá dar la medida exacta de la trascendencia de cada obra, si el esfuerzo valió la pena.

De todos modos, es seguro el peso fundamental que le cabe a los grupos en la transformación social. El movimiento, como las estrellas, ha proseguido su labor sin prisa y sin pausa. ATEM, DIMA, el Movimiento Feminista Argentino, FEMAR, Mujer e Iglesia, entre otros más reducidos. Viejos nombres que vuelven a aparecer, otros más recientes que se les han unido, aun otros de las últimas horas. Amistades entrelazadas indisolublemente, contactos efímeros. Una militancia obstinada, valiente, vital.

Es real que los grupos no están exentos de la lucha por el poder, la competitividad y la envidia que anidan en cualquier núcleo humano. Es real que la horizontalidad de su estructura suele encubrir una duplicación de lo patriarcal, la presencia de un autoritarismo con apariencia democrática. Es real que su rechazo de líderes no excluye la intransigencia. Es verdad que suelen confundir la solución a lo inmediato con lo deseable, la prioridad de las metas con los fines últimos, lo utópico con lo probable, aun cuando la mayoría puede hacer suya la aspiración cósmica que Eva Giberti delinea así:

"(Lo que) yo planteo es la construcción de un horizonte, en tanto un horizonte sea la conjunción de dos lugares distintos, el cielo y la tierra, el arriba y el abajo, tal como puede encontrarse en casi todas las cosmogonías que reconocen un punto de encuentro entre dos diferencias"¹.

Pero también es cierto que a estos grupos les están dirigidas las invectivas más ácidas, los dardos más violentos, los ataques más duros. Como todas las pioneras, tienen que soportar una cuota adicional de amargura e incompreensión, de pesar y dolor. Si a una mujer se le exige el doble que al varón para estar en los puestos de decisión, a las feministas se les requiere el doble que a una mujer no feminista. Permanentemente se les exige rendir examen, permanentemente tienen que demostrar sus buenas intenciones. Y, cuando se equivocan, no se equivocan por sí mismas sino por el feminismo como ideología.

Y no es difícil que se equivoquen. No solamente las feministas tenemos nuestras propias limitaciones, conflictos y angustias sino que todo el tapiz de las emociones y pensamientos se multiplica hasta llegar al rojo blanco en la fragua de la actuación militante en sociedad.

Desde el altozano de por lo menos un siglo y medio de luchas feministas, desde la altura de este fin de siglo, podemos comenzar a extraer algunas conclusiones válidas para la práctica feminista. En primer lugar, se ha diluido la fantasía androcéntrica con que soñaron repetidamente las feministas: la creación de un frente homogéneo y permanente. A la luz de los distintos momentos de relieve y concienciación feministas, comprobamos que el avance no es rectilíneo, ni que se trata de pasos

¹ Eva Giberti: "Mujer y conflicto social". Publicación mimeografiada de *Lugar de Mujer*. Buenos Aires, noviembre de 1985.

sin retroceso hasta llegar a un glorioso final. Esta concepción romántico-prusiana con que gusta solazarse cierta mentalidad masculina, no corresponde a la dinámica de los grupos de mujeres. Estas organizaciones, por el contrario, siguen un ritmo lunar: aparecen, se consolidan, se disuelven, para luego volver a aparecer en la brega por otras reivindicaciones, con otras aliadas.

Los grupos, que nunca llegan a ser multitudinarios, se hacen y deshacen como las olas en la rompiente o como una alfombra de espuma cuya esencia es que las burbujas que la componen se rompan para que la espuma sea tal. La alternancia de momentos estelares y momentos de invisibilidad, confunde a quienes tienen una mirada miope, pensando cada vez que el movimiento ha muerto o que ha sido superado. Lo que sucede es que la estructura que va creando no aparece de una vez en el presente sino que sus grandes líneas se van viendo en un decurso. Sólo al volverse al pasado y seguir sin preconceptos sus alternancias se puede disipar la idea de extinción, pudiendo, por el contrario, extraerse sus líneas de fuerza.

Esta práctica ha llevado a considerar que la actuación partidaria no es, ni por asomo, la única manera de hacer política. Que estos grupos pequeños, de metas cambiantes y heterogéneas, pueden constituirse en importantes modificadores del pulso social. No hay nada intrínsecamente bueno en la permanencia y homogeneidad de las instituciones monolíticas. Antes bien, esto indicaría que no se mueven con la agilidad que precisa un mundo acelerado y cambiante. Entre la inmovilidad de la política tradicional y la impermanencia de las organizaciones de mujeres media la diferencia que va de la paz de los sepulcros a la vitalidad de una plaza de juegos.

“La verdadera democracia no pueden elaborarla veinte hombres que se sienten en el círculo de los demás.

Tiene que ser elaborada desde abajo por las gentes de las ciudades”, decía el Mahatma Gandhi. La verdadera democracia hay que hacerla desde abajo, entre todos. Una democracia que sea fruto de un equilibrio entre las distintas fuerzas de la sociedad. En consecuencia, no habrá una real democracia ni una paz estable mientras no exista un auténtico respeto por normas de convivencia alejadas del autoritarismo y la dominación. Por ello, las feministas trabajan desde adentro de las estructuras, no como un grupo que se opone a otro. En consecuencia, agente y acción han de examinarse en cada caso por separado para evaluar si constituyen ayudas o rémoras para el feminismo. Una feminista puede en algún momento estar actuando desde una óptica androcéntrica y una mujer de corte patriarcal lanzarse en un instante a una acción transformadora.

La expresión de los grupos feministas suele ser descomulgada y exagerada. Ese pedir todo, esa desproporción entre lo inmediato y lo ideal, son los vehículos necesarios para conmovir opiniones fosilizadas, costumbres cuasi prehistóricas. Es el apuntar al ángel para quedarnos en lo humano.

Las olas se encrespan, se revuelve el mar encalmado. A ese primer período de alteración le sigue luego un reflujo, una bajamar que trae buena pesca. Los frutos no suelen alcanzar más que una fracción de lo que se esperaba, pero se logra avanzar un paso, aunque sea un paso pequeño. O, por lo menos, se logra atraer la atención sobre la conciencia de género.

En esa etapa de reacomodamiento, posterior a las amarguras y el sacrificio, a la pena y las inculpaciones, se insertan los convidados que disfrutaban el festín que no han ayudado a preparar. Es el tiempo también de las óptimas cosechas académicas y económicas. La mujer se convierte en objeto de estudio. Se producen las explica-

ciones sobre el fenómeno vivido, sobre la realidad que no han colaborado en transformar. Se tejen especulaciones y conjeturas sobre los rumbos futuros. Surgen las críticas, a menudo parecidas a las ofensivas disolventes del patriarcado.

Entre éstas, existen algunas especialmente riesgosas: las que parecen tener un enfoque acorde con el feminismo. Generalmente comienzan con una suerte de aceptación para, poco a poco, ir sembrando semillas de disconformidad. En estos exámenes, las teorías y prácticas feministas son analizadas centímetro a centímetro, con un espíritu detallista y minucioso que nunca se aplica a las teorías y praxis masculinas. En tanto éstas, por diversas que sean, son tomadas como un conjunto dominante, las feministas son viviseccionadas hasta su atomización en estas operaciones especulativas. Es indudable que responden a un viejo molde patriarcal: mirar sin conmiseración a la mujer que disiente, no perdonarle ningún desvío, ninguna contradicción.

Sufrir el peso de tantas reflexiones y críticas que convierten los errores personales en falencias teóricas, se traduce en que las feministas vacilan demasiado antes de manifestarse, prefiriendo lucubrar en un silencio protector o un segundo plano velado. Secundariamente, esa masa de estudios sesudamente académicos lleva implícito que si el feminismo no avanza es debido a que las mujeres no saben actuar en público, no a que la realidad ofrece una resistencia mayor que las fuerzas feministas. Por un sendero tortuoso, las mujeres vuelven a ser culpables de cuanto les pasa.

A las feministas como grupo de presión les cabe renacer de su cansancio cuantas veces sea necesario para volver a actuar en esta nueva forma de hacer política. Porque el feminismo y su estrategia particular de aglutinamiento y separación ha ido dando lentamente resulta-

dos más firmes y permanentes que los a veces espectaculares de las políticas ideológico-partidistas. Asimismo, les cabe a las feministas recordar al mundo cuándo los esquemas de conducta o las instituciones repiten esquemas tradicionales que cortan la sociedad en fracciones irreconciliables. Como vigías insomnes, que no responden a un dogma sino a una teoría que se va haciendo, es su deber recuperar constantemente para el feminismo una praxis transformadora. Que debe nacer en su mismo seno, donde ha de ensayarse la maravilla de un mundo igualitario en la armonía de la solidaridad.

El feminismo

Constituye un pensamiento cándido creer que el mundo comienza con cada uno. Si bien esto es cierto en algún sentido, la posibilidad de transmitir conocimientos y adelantar con las experiencias ajenas es lo que ha hecho progresar al hombre. En consecuencia, el feminismo quiere recuperar la memoria de las mujeres. Quiere recobrar los hechos de mujer para reubicarlos en un escorzo diferente, el de su dimensión política visible. Somos lo que fuimos, pero de lo que somos podemos extraer un futuro yo más pleno. En paráfrasis de Terencio, somos mujeres que no queremos que nada de lo femenino nos sea extraño sino que lo recogemos para hacerlo propio e incorporarlo a nuestra reconstrucción presente y futura.

Del mismo modo, aun cuando la participación en los grupos feministas configure una vivencia intransferible por la magia del entendimiento y la solidaridad que suele crear, esto no significa que deba empezar a pensarse todo desde el comienzo. Ni tampoco que deba identificarse al feminismo únicamente con los grupos feministas.

Contrariamente, debemos aprender de las luchas pasadas —luchas que aún sin nombre comenzaron en la Edad Media— y debemos beneficiarnos de los aportes que contribuyeron a ensanchar el horizonte, vengan de donde vinieren. No creerlo así es caer en una de las trampas o callejones sin salida con que se beneficia el patriarcado.

El feminismo es una teoría que, si habría que pensarla bajo una forma geométrica, diríamos que se desarrolla en espiral. Lo cual significa que no parte de cero en cada vuelta sino que, como la ciencia, va incorporando nuevos conocimientos.

Las concepciones predominantemente masculinas nos han enseñado a pensar en términos antitéticos, en dicotomías irreconciliables, cuando la realidad está hecha de matices, de regresos, de superposiciones, de deslizamientos. Por ello, en lugar del dogmatismo que cierra el pensamiento y la acción en una bipolaridad artificial, el feminismo se define como una teoría abierta cuyo eje reconocido es la mutación. Esta teoría tiene una cara que mira al pasado, que recoge la tradición y la reinterpreta constantemente a la luz de nuevos aportes. Tal mirada retrospectiva no se detiene sólo en los aspectos atinentes a la mujer sino que, desde el género, procura captar la totalidad del fenómeno histórico. En su cara actual, reinterpreta esa historia de los hechos, los espacios de poder y las marginaciones —sin dejar de lado lo institucional e incluso las percepciones individuales. La tercera cara, la que mira al futuro, trata de encontrar nuevas definiciones que incorporen ambos géneros a lo neutral desde una base igualitaria.

Esto significa que el feminismo es largamente deudor de una praxis. La praxis retroalimenta la teoría que, de lo contrario, comenzaría a caer en una atmósfera de pura verbalidad. Toda vez que la teoría feminista se aparta de la práctica, inexorablemente se convierte en doctrina, perdiendo su poder transformador. Merced a la praxis

el feminismo evoluciona, se modifica: realmente se convierte en lo que es. Toda otra actitud es profecía al revés o expresión de deseos.

En la medida en que el feminismo no se conjugue con la praxis, la realidad parecerá sólida y permanente, cuando su solidez y permanencia dependen únicamente de la solidez y permanencia del grupo dominante.

La integración cuantitativa de la mujer a todos los planos de la actividad, y su representación proporcional en la toma de decisiones —propugnado por el feminismo— constituye la base de la transformación cualitativa social y de una auténtica vía de modificación de las definiciones del poder, la justicia, la ética, la vida cívica en general.

Al colindar lo femenino en todo su perímetro con lo masculino, cuanto a las mujeres se refiera afectará en uno u otro grado la inserción masculina en el mundo. La situación es estructural: no se puede tocar uno de los términos sin afectar al otro. Si se modifica el androcentrismo desde su reverso, que son las mujeres, esto inevitablemente conllevará una transformación para los varones. Por ejemplo, el ingreso cuantitativo de las mujeres al campo laboral de las fábricas y talleres, conllevó un mejoramiento de las condiciones de trabajo, entre las que estuvieron la ley de la silla y las vacaciones pagas. Del mismo modo, el acceso masivo de las mujeres al poder producirá la redefinición de la categoría de poder —y así por consiguiente.

Los análisis feministas han demostrado que, hasta ahora, el género humano ha descansado sobre el enfoque androcéntrico. El cuerpo masculino fue incorporado de

tal modo a la historia que cada varón en particular actúa, de hecho, con ese cuerpo, pero no se identifica desde él. La mujer, en cambio, al sufrir el menosprecio de su cuerpo distintivo, se vio obligada a reconocerse sólo por él. El feminismo pugna porque ese cuerpo femenino —glorificado y desdeñado— ingrese a la historia como neutralidad, que la mujer pueda definirse desde su ser persona.

El feminismo, entonces, rehuye aceptar como universalmente válido el desequilibrio de la óptica androcéntrica e incorpora la incertidumbre como categoría de conocimiento. Por ello afirma que el rumbo futuro del feminismo sólo lo determinará la participación dinámica y cuantitativa de las mujeres en todos los estratos de la sociedad. El perfil futuro del feminismo —y de la sociedad— será el que vaya indicando la troquelación conjunta del género mujer y el género varón.

La mujer es *diferente*: es la *otra* en relación al *uno*, varón significativo. Sin embargo, en el replanteo ético general que ha comenzado a producirse en razón de la crisis de valores del mundo actual, no podrá soslayarse su diferencia. Sus deseos, aspiraciones y necesidades —como la de cada uno de los seres humanos— deberán ser tenidos en cuenta al cerrarse el nuevo pacto intersubjetivo de la ética.

En esa redefinición general, el modelo de adultez que se proponga deberá contemplar la aprehensión del universo que efectúa la mujer desde su biología particular, desde su particular psicología. El “cambio en la definición de madurez” no sólo habrá de alterar la “descripción de la etapa moral superior sino que habrá de remodelar el entendimiento del desarrollo, cambiando toda su historia”, como afirma Carol Gilligan.

A la obligación y el deber de la etapa actual —provista de medios de poder casi absolutos— quizá le deba

seguir, en el pasaje al tú, la moral de la persuasión. Al irse introduciendo cambios fundamentales en las estructuras de poder y en la concepción misma de poder —cambios que ya comienzan a avizorarse— no podrán sino irse diluyendo las fronteras que marcan rígidas separaciones entre instituciones e individuos, entre el que ordena y aquel a quien manda, entre las personas entre sí. El poder ya comienza a pensarse no como un poder para siempre sino como poder transitorio. Esto es, al poder que funciona para mantener a los individuos en un bajo estadio de desarrollo, ha de sucederle el poder que busca el desenvolvimiento pleno de las potencialidades humanas.

El hombre ha roto los lazos de la mera obediencia. Ahora pide una convicción razonada, aunque íntimamente se halle todavía bajo los efectos de la contradicción con lo que se le sigue imponiendo desde un poder absolutista.

En una ética forjada entre todos y por todos aceptada, en una ética de la integración, el bien y los actos mediante los cuales llegar a él deberán forjarse de la única manera real: desde los datos sensibles a la abstracción. El camino inverso ha impuesto demasiadas obligaciones, demasiadas penas y castigos, demasiadas contradicciones en los juicios morales como para que se intente recorrerlo nuevamente.

Entre los datos de la realidad que servirán para forjar esa ética, deberá tomarse en cuenta la calidad de sujeto de todos y cada uno de los componentes de la especie humana. La ética ya no pueden ser los valores del hombre occidental blanco, varón, de alta clase, sino la de cada uno de los que sufren, de quienes pertenecen a otras regiones, a otros segmentos culturales, al género mujer.

La moral de la autoridad y el poder se está revelando como de escasa utilidad social. Permanentemente naufraga en conflictos bélicos, en enfrentamientos de todo tipo, en un amplio margen de soledad individual. Esa

moral ha puesto al mundo en una profunda crisis que amenaza destruir al planeta —y esto lo saben bien los que reflexionan sobre la realidad tanto como los ecologistas. Los bajos intereses de mercado han sido llevados a su máxima expresión. Proliferan las armas nucleares, se contaminan las aguas, el aire, la tierra, en procura de mejores ganancias. No se respeta al prójimo, se lo utiliza, se lo comercia.

La crisis moral afecta a lo político general tanto como a lo político privado. La corrupción se ha apoderado de muchos corazones.

Sin embargo, no es tanto función de la ética insistir sobre las faltas sino dar una dirección positiva a las conductas humanas. Por ello, más que lamentar que hasta ahora no se hayan incluido las ópticas de los marginados, del sentimiento, de la mujer, en la cultura y la forja de valores, el feminismo ha de velar porque se los incorpore efectivamente en una moral de la reciprocidad y la integración.

El enérgico movimiento hacia lo concreto que caracteriza, según Jean Wahl, la filosofía de nuestro tiempo, ha de flexibilizar los conceptos de deber, autoridad y obligación para ensanchar el área de las libertades. Para ello se precisa una mayor correlación entre lo exterior y la interioridad, entre las propuestas del sistema de poder y las necesidades y aspiraciones individuales. Se precisa más cercanía entre la libertad personal y el respeto ajeno, entre las desigualdades naturales y su percepción valorativa, entre varón y mujer.

La ética de la concordancia entre sentimiento, palabra, pensamiento y acto, es la médula estructurante del feminismo. El feminismo aspira a la elaboración de un sistema donde el tú esencial sea desvelado, descubierto, para integrarlo al yo en un fértil nosotros. Un sistema de vida donde las instituciones sean más confiables, en que haya pluralidad y consenso en las decisiones, en que la libertad y el pleno desarrollo humano sean una reali-

dad para todos. Sólo entonces la ética pisará, firmemente, una tierra sólida y autodeterminante.

El feminismo es un hito insoslayable en el pensar humano, una ventana o puerta abierta hacia la comprensión de la realidad y de las relaciones entre los hombres: una cosmovisión. Cosmovisión que busca crear las condiciones para abolirse a sí misma.

INDICE

Introducción	7
<i>Capítulo I</i>	
¿Cómo surgió el feminismo?	9
<i>Capítulo II</i>	
UFA	31
<i>Capítulo III</i>	
El género mujer	53
<i>Capítulo IV</i>	
Acciones y reacciones	69
<i>Capítulo V</i>	
El rescate de la tradición	87

Capítulo VI

Las Madres de Plaza de Mayo y otros movimientos
de mujeres 101

Capítulo VII

La constelación del feminismo 109

Capítulo VIII

Influjos del feminismo y obstáculos en el camino 121

Capítulo IX

Feministas y feminismo 139

Este libro se terminó de imprimir,
en setiembre de 1990, en Del Carril Impresores,
Av. Salvador María del Carril 2639/41,
Buenos Aires

